
Harlequin
Jazmín™
Rebecca Winters
El regreso del soldado

Créditos

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL REGRESO DEL SOLDADO, n.º 2447 – febrero 2012
Título original: Her Italian Soldier
Publicada originalmente por Mills & Boon ® , Ltd., Londres
Publicada en espanol en 2012

I.S.B.N.: 978-84-9010-492-7
Editor responsable: Luis Pugni
Epub: Publidisa

Argumento

Juntos aprenderían a confiar de nuevo.

Anabelle Marsh estaba deseando partir hacia la costa de Amalfi para trabajar como modelo durante un mes en una excitante campaña publicitaria. En un entorno tan bello, podría olvidarse de sus pesares y superarlos. Pero ella había planeado curarse las heridas en privado, no compartir la estancia con un turbulento piloto herido en combate. Como antigua enfermera, Annabelle se sintió en la obligación de ayudar a Lucca, aunque era evidente que él no quería que nadie se le acercara. Sin embargo, cuando la chispa prendió entre ellos, fue imposible detenerla.

Capítulo 1

Annabelle Marsh se miró en el espejo del cuarto de baño mientras se quitaba el maquillaje, pero no reconoció la imagen de la mujer que vio reflejada en él. Era rubia y con los ojos de color violeta como ella, pero se la veía más bella y radiante.

Había tenido un buen número de hadas madrinas a su servicio para conseguir que estuviera tan hermosa. Marcella, diseñadora de una famosa tienda de alta costura en Roma, había elegido todos los modelos que llevaría en las sesiones fotográficas que tendría que hacer por media Italia. Contaba también, como complemento imprescindible, un selecto juego de joyas. Hacía cuatro días que habían realizado el primer reportaje en una base militar cerca de Roma, frente al avión de combate MB-Viper, el más moderno de la fuerza área italiana.

Aún no podía creérselo mientras recordaba cómo había empezado todo.

—Serán sólo tres semanas siendo la chica Amalfi —había dicho Guilio—. Mi esposa y yo estaremos encantados de tenerla entre nosotros. Y después, si usted quiere, volverá a ser la señorita Marsh.

Ella estaba tratando de superar uno de los peores momentos de su vida. Hacía dos años se había divorciado de su marido. Había recuperado su nombre y su vida de soltera, pero había una cosa que no había conseguido recuperar: la confianza en sí misma.

—Aún no sé lo que ha podido ver en mí —había replicado ella con cara de incredulidad.

—Usted tiene justo el perfil que andaba buscando. Mis hermanos y yo, y toda la familia Cavezzali, llevamos en el mundo de los coches de diseño desde la Segunda Guerra Mundial, pero yo era el único que soñaba con lanzar al mercado una línea de coches deportivos. Ha sido siempre la ilusión de mi vida. Los veía, en sueños, con su línea elegante y su atractiva carrocería, como si fueran el esqueleto de una mujer hermosa.

—¿Ha visto usted alguna vez mi esqueleto? —dijo ella con una sonrisa burlona.

—En cierta manera, sí, y me di cuenta de que tiene usted un encanto y un glamour indiscutibles que encajan perfectamente con Italia. Es la combinación perfecta para mostrar al mundo una línea elegante pero completamente nueva del coche deportivo italiano.

Annabelle nunca olvidaría aquel día, hacía un par de meses, en

que aquel diseñador de coches llegó al concesionario Amalfi en Los Ángeles, California, para hablar de negocios con su jefe, Mel Jardine, el mayor distribuidor de automóviles Amalfi del país. Guilio dijo que pensaba lanzar al mercado un nuevo y espectacular modelo de coche deportivo.

Ella, como ayudante personal de Mel, se había encargado de atender a Guilio en todos los aspectos tanto logísticos como de trabajo, y él había insistido en que ella estuviese presente en todas las reuniones y se había mostrado en todo momento muy atento con ella. Tanto, que Annabelle había llegado a pensar que quizá el interés que aquel hombre casado demostraba por ella pudiera ir más allá del terreno estrictamente profesional. Pero pronto vio disiparse sus temores al ver que su interés iba por un terreno que ella nunca se hubiera imaginado. Guilio le dijo, delante de su jefe Mel, que quería que ella fuera la modelo de la campaña publicitaria del lanzamiento de su nuevo coche.

Ella se rio al principio por lo absurdo de la idea, pero no se atrevió a decir nada al ver la mirada seria de Mel que parecía indicarle que no se precipitase en tomar ninguna decisión sin escuchar antes lo que dijera aquel italiano.

—Estoy hablando completamente en serio. Llevo todo el año buscando a la mujer idónea y sabía que la reconocería nada más verla. Usted es la chica Amalfi. Usted es única, igual que mi coche. Mel podrá decirle que nunca he utilizado hasta ahora una mujer para anunciar uno de mis modelos de automóvil.

Annabelle sabía que decía la verdad. Estaba familiarizada con los catálogos de la tienda, en los que sólo aparecían hombres italianos ricos y elegantes, como hombres de negocios de Milán, aristócratas de Roma o miembros de la alta sociedad de Florencia.

—Me siento tan halagada que no sé qué decir, señor Cavezzali.

—Llámame Guilio, por favor.

—Está bien, Guilio. ¿Pero por qué quieres presentar ahora una mujer en tu campaña publicitaria? Tus anuncios son, desde hace tiempo, los más atractivos e impactantes de toda la industria del automóvil —le dijo ella con toda sinceridad.

—Me agrada mucho oír eso, pero quiero que esta campaña sea algo especial. Es en honor de mi querido hijo del que me siento muy orgulloso. Lucca fue a la escuela militar a los dieciocho años y desde entonces no ha hecho más que recibir condecoraciones en premio a su valor y heroísmo como piloto de combate —dijo Cavezzali muy emocionado—. En honor a él, he bautizado mi último diseño de deportivo con el nombre de Amalfi MB-Viper. Es el

nombre del avión de combate que él pilota, ¿sabes? Quiero que tu imagen aparezca en todos los folletos, en los anuncios de todos los medios de comunicación, en el vídeo promocional y hasta en el calendario que estoy preparando para el lanzamiento. Enviaremos pósters y calendarios a todos nuestros concesionarios Amalfi para suscitar entre el público el deseo de tener un producto único en el mercado. Puedes estar segura de que todo el material gráfico se hará con las máximas garantías de calidad y siempre contando con tu aprobación previa.

—Será un gran honor para mí participar en ese lanzamiento —replicó finalmente Annabelle.

Su propio exmarido, Ryan, se habría quedado también boquiabierto de haberlo sabido. Él también había soñado con tener un día un deportivo llamativo cuando terminara su período como médico residente en el hospital y se habría quedado hipnotizado viendo aquel lujoso y elegante modelo Amalfi MB-Viper. Pero su impresión habría sido aún mayor si hubiera visto a su exesposa, a la que él consideraba una mujer sosa y aburrida, ataviada de seda y diamantes y apoyada en el capó de aquella maravilla de coche.

Durante su matrimonio, Annabelle se había enterado de que él estaba manteniendo una relación paralela con una enfermera en el mismo hospital donde ella había hecho sus cursos de enfermera diplomada. Eso le había partido el corazón.

Pero no todo habían sido malas experiencias en aquel hospital. Allí había conocido a Mel, ingresado por una grave patología cardiovascular en una habitación de la planta en la que ella estaba de servicio. Mel le había hecho una buena oferta de trabajo y ella la había aceptado, deseando dejar atrás aquel hospital de tan infaustos recuerdos y empezar una nueva vida.

La confianza que Guilio había depositado ahora en ella le brindaba una nueva oportunidad de reafirmar su personalidad, tan deteriorada en los últimos meses.

—Te quedarás en mi casa con mi esposa, María, y conmigo. Estoy deseando presentarte a mis hermanos y a mis dos hijastros casados, que trabajan para mí. Viven muy cerca de mi casa.

—Me encantaría, pero no puedo aceptar. Sería mucha molestia para tu esposa y para ti, Guilio.

—Veo que eres tan terca como mi hijo Lucca. Está bien. Te llevaremos a uno de los mejores hoteles de Ravello.

—No, no. Nada de hoteles. Si voy a estar en Italia, prefiero estar en uno de esos pintorescos hostales donde una puede estar tranquila, lejos de la gente, y disfrutando de un ambiente plácido y

sereno. Ya tengo bastante ajetreo aquí en Los Ángeles.

—¿Te importará prestármela por unas semanas? —dijo Guilio volviéndose hacia su jefe.

—Está bien —respondió Mel con una sonrisa—. Pero tienes que prometerme devolvérmela cuanto antes. Para mí es indispensable. Gracias a ella no he vuelto a tener otro ataque al corazón.

Annabelle sonrió recordando aquella conversación de hacía ocho semanas en la que había aceptado trabajar de modelo para la campaña de lanzamiento del nuevo deportivo Amalfi.

Había completado sus primeros cuatro días de trabajo en Roma, y se hallaba ahora en Ravello, el pequeño pueblo de la provincia de Salerno, cuna de la familia Cavezzali y del Amalfi MB-Viper, un deportivo tan espectacular como la propia costa de Amalfi.

Colgado milagrosamente de unos abruptos acantilados sobre el mar, Ravello parecía más bien un jardín gigante que una ciudad. Guilio tenía allí su villa, a la que consideraba la joya de la corona de la península sorrentina. Príncipes, jeques y estrellas del mundo del cine, entre otros personajes, se sentían atraídos por el pintoresco colorido de aquel racimo de pueblos colgados de los acantilados y de aquellos puertos llenos de luz que salpicaban la costa.

Para Annabelle, era su primer viaje de vacaciones después de su luna de miel en México de hacía cuatro años. Guilio le había buscado una de esas rústicas casas de campo tan encantadoras que ella había visto en el cine. Era una casa que llevaba quince sin habitar y que su primera esposa había dejado en herencia a Lucca, el hijo que ambos habían tenido durante su matrimonio.

Era una casa de color naranja, que contrastaba con el verde de las contraventanas y tenía una única puerta en un lateral que daba a la cocina. Era un sitio encantador.

Desde la terraza tenía una vista esplendorosa de las luminosas aguas azules del mar Tirreno y podía contemplar una explosión de margaritas blancas recortando el cielo. Era como si la casa hubiera sido construida en el interior de un cesto de flores.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha. Se sintió reconfortada al contacto con el agua, después de haber estado todo el día de acá para allá. Se puso un vestido azul marino ya muy gastado, y por tanto muy cómodo, y enchufó el secador de pelo. Se había llevado muy previsoramente un adaptador, pues conocía la diferencia entre los enchufes americanos y los europeos. Después de secarse el pelo, se lo recogió con un moño.

Echó una nueva mirada al espejo y comprobó que la chica Amalfi había desaparecido.

Tenía veintiséis años. ¿Era aún lo bastante joven como para poder seguir pasando por una chica? ¿Habría conseguido el maquillaje borrar todas las huellas que la traición de su exmarido le había dejado? La cámara nunca mentiría, pero Guilio tenía fe en ella y estaba decidida a poner todo de su parte para conseguir que aquella campaña fuera un éxito.

Cuando Lucca se enterara de lo que su padre estaba preparando en su honor, se sentiría muy emocionado. El propio Guilio estaba tan ilusionado como un padre que hubiera puesto el juguete favorito de su hijo en el árbol de Navidad y estuviera deseando verle abriéndolo.

Por desgracia, estaban aún en el mes de junio. Annabelle se preguntó cómo Guilio iba a ser capaz de esperar hasta agosto, fecha en la que tendría lugar la presentación oficial del coche en Milán y en la que Lucca iría de permiso para ver a su padre.

Annabelle trató de imaginarse a Lucca. Seguramente sería tan atractivo y optimista como Guilio. Comenzó a sentirse interesada por él. Guilio le había dicho que la villa estaba llena de fotos de Lucca. Algunas antiguas, de cuando era niño, y otras más recientes.

Estiró los brazos y sonrió. Aún no podía creer que estuviera en aquel lugar tan maravilloso, disfrutando de unas vacaciones pagadas, sólo por acceder a hacer de modelo en aquella campaña. Tenía que disfrutar del momento. En pocas semanas volvería a la rutina de siempre.

Se lavó los dientes, apagó la luz del cuarto de baño y se dirigió por el pasillo hacia el dormitorio principal que le habían preparado. Caminó despacio dejándose envolver por el ambiente acogedor de aquella vieja casa. ¡Cuántas historias podrían contar aquellas paredes, si pudieran hablar!

Entró en el dormitorio y se dejó caer en la gran cama de matrimonio. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Estaba más cansada de lo que creía. Hacía una noche muy hermosa aquel día de junio.

Ella no sabría decir por qué, pero cuando se acurrucó entre las sábanas, tuvo la sensación de que el amor y la felicidad habían reinado en aquella casa en otro tiempo.

Al llegar al límite de la propiedad que daba a aquella carretera llena de curvas, Lucca Cavezzali sintió deseos de hacer el resto del camino a pie. Pagó el importe del viaje al chófer que había contratado para que le llevara hasta allí, salió del coche y se echó a la espalda la bolsa de lona donde llevaba sus objetos personales.

Había luna llena. Era una noche clara y luminosa. Cualquiera que le hubiera visto a las dos de la noche se habría preguntado qué hacía por allí, traspasando los límites de una propiedad privada. El perfume de la brisa de la noche le trajo viejos recuerdos del pasado. El aroma de azahar le hizo recordar su infancia feliz junto a su madre. Después, cuando ella murió, nada volvió a ser ya igual. Había visto a su padre convertirse en un hombre diferente, un hombre que había acabado casándose de nuevo con una viuda que tenía dos hijos. Con sólo catorce años, Lucca no había sabido comprender aquella decisión de su padre y desde entonces había mantenido ciertas diferencias con él.

Aunque tanto sus hermanastros como sus primos se pusieron a trabajar enseguida en el negocio familiar de coches, a él nunca le interesó aquello y decidió alistarse en el ejército el mismo día que cumplió los dieciocho años. Su abuelo Lorenzo había combatido en la Segunda Guerra Mundial. Había hecho del viejo hacendado un héroe y había idealizado todo lo referente al mundo de la guerra.

Esa decisión había causado un nuevo distanciamiento entre su padre y él. Guilio había intentado hacerle ver que quizá él no tuviese tanta suerte como había tenido su abuelo. Sin embargo, él no atendió a ninguna de sus razones y se marchó al ejército.

Poco a poco, se fue dando cuenta, con los años, de lo que la guerra era de verdad y de las consecuencias tan funestas y negativas que toda contienda bélica llevaba consigo.

Había dejado atrás sus fantasías de adolescente y había aprendido también a comprender a su madrastra. Había sido una buena compañera para su padre. Gracias a ella había conseguido la confianza necesaria para levantar aquella industria de automóviles Amalfi.

Si algo negativo le quedaba aún del pasado, era su sentido de culpabilidad por no haber estado junto a su padre aquellos últimos quince años. Sin embargo, el psicólogo del hospital había estado tratándole para quitarle aquella obsesión. Y había tenido que trabajar también muy duro con él para curarle el complejo o síndrome del superviviente, típico del soldado que vuelve de la guerra después de haber visto caer en ella a muchos de sus compañeros.

Pero aún quedaba el conflicto que había surgido con su padre la última vez que se habían visto. Guilio estaba pensando en poner a la venta las propiedades que había dejado su esposa al morir, unas tierras que habían estado abandonadas desde entonces y por las que Lucca se había mostrado muy interesado.

Su padre lo había mirado como si estuviera viendo a un loco y le había dicho que si quería invertir en propiedades sería mucho más productivo hacerlo en inmuebles de la ciudad, no en el campo. Guilio se consideraba un hombre muy avezado en el mundo de los negocios y pensaba que tenía siempre la última palabra en la materia.

Lucca había preferido no enzarzarse con su padre en discusiones inútiles como tantas otras veces y dejar el asunto para mejor ocasión. Pero le había hecho prometer que no vendería esas propiedades hasta que él volviese a casa de permiso en agosto y pudiesen tratar el caso con más calma.

Pero desde aquella última visita, habían pasado muchas cosas en su vida que habían trastocado todos sus planes. Hacía cuatro meses, su avión de combate había sido derribado y él había sufrido importantes lesiones que habían terminado con su carrera militar. Pero se había encargado de que su padre no se enterase de nada, ni del accidente, ni de sus lesiones, ni de que había estado ingresado en el hospital durante todo ese tiempo.

Era una época de su vida que quería olvidar cuanto antes. Al día siguiente, cuando estuviese recuperado del viaje, iría a ver a su padre y se lo contaría todo. Quería estar descansado y tranquilo cuando le dijese que pensaba hacerse agricultor y trabajar la tierra. Lo más probable era que recibiese la misma respuesta negativa de años atrás, pero tenía que intentarlo.

Recordó la conversación que había tenido con su padre el mismo día que cumplió los dieciocho años, y le comunicó por primera vez su deseo de hacerse agricultor. Se había llevado las manos a la cabeza y le había dicho que no era digno de un Cavezzali ponerse a trabajar la tierra de sol a sol como un labrador para sacar una miseria.

Pero a pesar de todo, él persistió en su idea y se alistó en el ejército. No quería llevar la contraria a su padre, pero tampoco quería renunciar al sueño de su vida. Sabía que para llevarlo a cabo tendría que invertir algún dinero al principio, por eso había decidido ponerse a trabajar en algo que le proporcionase los ingresos que necesitaba. Así era como se había hecho piloto de combate.

Ahora que estaba licenciado, tenía previsto trabajar la tierra y vivir de ella. Aquella vieja casa de campo, junto con las dos tierras que le había dejado su madre, podría ser un buen punto de partida.

Había tenido mucho tiempo para pensar en el hospital y esperaba que la opinión de su padre hubiera cambiado en esos años.

Pero estaba preparado para todo. Si su padre seguía en sus trece y se negaba a venderle aquellas tierras, compraría otras. Después de su larga inactividad durante los últimos cuatro meses, tenía ganas de ponerse a trabajar con sus propias manos.

Miró el reloj. Tenía que llegar a casa antes de que le entraran aquellos dolores tan terribles en la pierna. Subió la empinada colina, poblada de naranjos y limoneros.

Contempló desolado el estado de la finca. Todo estaba abandonado y las malas hierbas crecían a sus anchas por todas partes. Aquello iba necesitar muchos cuidados.

Si su madre viviera, se echaría a llorar al ver la finca. Y quizá también lloraría si viera a su hijo de treinta y tres años llegar a casa, después de tanto tiempo, en aquel estado tan lamentable. Pero él estaba dispuesto a cambiarlo todo. Se sentía con fuerzas para hacerlo, aunque fuera con la oposición de su padre.

Llegó finalmente a la casa y se dirigió a la única puerta que había. Metió la llave y pasó adentro. Nada más entrar, se dio cuenta de que todo estaba limpio y ordenado. Había estado pagando a una mujer del pueblo para que fuese a limpiar una vez por semana y veía con satisfacción que había cumplido su deber fielmente. Dejó la bolsa en el suelo de la cocina y suspiró aliviado al desprenderse de aquel peso.

Se desplazó algo renqueante por entre la mesa y las sillas, para salir al pasillo, en dirección a la habitación que había al fondo. Conocía muy bien la casa y no necesitaba encender ninguna luz para encontrar su antiguo dormitorio. Vio que todo seguía en su sitio, como si el tiempo se hubiese detenido en aquella casa.

Abrió la ventana del cuarto para escuchar el sonido de los grillos y las cigarras. La luz de la luna entró a raudales iluminando la cama que estaba sin hacer. Se asomó a la ventana para embriagarse del perfume de la brisa nocturna, saturada de aromas del campo. No había un aire como aquél. Él había estado en medio mundo y sabía lo que decía.

Mientras estaba allí disfrutando de la fragancia de los árboles frutales y de las flores, comenzó a sentir el dolor en la pierna. La placa metálica que el cirujano le había puesto en el muslo para sujetar el fémur que se le había fracturado al caer el avión, solía producirle un dolor muy agudo después de haber caminado mucho o haber realizado algún ejercicio. Necesitaría tomar un analgésico para poder dormir.

Diavolo! Tendría que volver a la cocina por él, pero en el estado en que estaba no sabía si podría hacerlo sin ayuda. La caminata

desde el coche hasta la casa le había dejado exhausto.

Se acordó entonces de que en el armario donde tenía guardados todos sus recuerdos personales estaba el bastón de su abuelo. El padre de su madre había perdido media pierna en la guerra y le habían puesto una prótesis, pero necesitaba ayudarse del bastón para caminar.

Rebuscó por todos los rincones del armario hasta encontrarlo. Nunca pudo imaginarse que él mismo pudiera llegar a necesitarlo algún día.

Apoyado en la valiosa reliquia de su abuelo, salió de la habitación y se dirigió a la cocina, donde había dejado la bolsa de lona. Había puesto, a propósito, el frasco de las pastillas, con las cosas de afeitar, en la parte de arriba. Se tomó una pastilla, abrió el grifo y echó un buen trago de agua para tragarla.

Cerró el grifo y se pasó un momento por el cuarto de baño, sabiendo que en unos minutos, en cuanto empezase a hacerle efecto el calmante, se quedaría profundamente dormido.

Volvió luego al dormitorio apoyado en el bastón. Cada vez le costaba más dar un paso. La subida por aquella cuesta le había dejado muy fatigado. Sólo le quedaban unos metros…

«¡Vamos, Lucca! ¡Tú puedes hacerlo!», le dijo una voz interior. Pero a pesar de los ánimos que se daba, el bastón parecía no poder soportar su peso. Al dar un paso más, el bastón se deslizó por el suelo de baldosas y él cayó al suelo en medio de un gran estrépito.

Se oyó un golpe sordo resonando a todo lo largo del pasillo, seguido de un gemido de dolor y de una serie de maldiciones en italiano.

Annabelle se despertó sobresaltada y se incorporó en la cama. Alguien, un hombre seguramente, había entrado en la casa, y se había tropezado con algo. No podía ser Guilio. Le habría telefoneado antes si hubiese tenido intención de ir a decirle alguna cosa importante. Tal vez hubiera algún vigilante en la casa y a Guilio se le hubiera olvidado decírselo.

Con el corazón en un puño, se bajó de la cama, se puso la bata y se dirigió a la puerta del dormitorio. Nada más abrirla, vio la luz de la luna saliendo por la puerta de la habitación de al lado y recortando la silueta de un hombre que se arrastraba penosamente por el suelo con las manos y las rodillas.

Se armó de valor al darse cuenta enseguida de que aquel individuo estaba herido y encendió la luz del pasillo. Vio entonces una cabeza oscura echándose hacia atrás con gesto de sorpresa, a la

vez que de dolor. Ella agarró instintivamente el bastón que se había quedado, tras la caída, a un par de metros de él y lo levantó con gesto amenazador.

—No sé quién es usted —dijo ella con los dientes apretados—, ni sé si sabe hablar inglés, pero le advierto que no dudaré en usar esto si se atreve a acercarse a mí —añadió, sujetando con fuerza el bastón y avanzando un paso hacia él en actitud desafiante.

—Estoy indefenso, *signorina.*

El hombre sabía hablar inglés. Un inglés que sonaba muy hermoso en aquella voz tan profunda y bien timbrada, aunque con un marcado acento italiano. Debía tener treinta y tantos años. Se le veía un hombre muy apuesto y seguro de sí, a pesar del estado en que estaba. Desde luego no tenía aspecto de ser ningún vigilante ni servidor de la casa.

—¿Sabe usted, *signore,* que ha violado una propiedad privada?

—Me acaba de quitar las palabras de la boca, *signorina.*

Pensé que un hombre tenía derecho a llegar a su casa y poder descansar tranquilamente.

—Mire por dónde, resulta que hace muchos años que no vive nadie aquí —dijo ella muy altiva.

—A pesar de eso, la casa sigue siendo mía. ¿Se puede saber qué es lo que hace usted aquí?

—Usted es el intruso —replicó ella muy digna—. Yo soy quien hace aquí las preguntas, si no le importa. Y antes de nada, quiero ver su DNI.

—No lo tengo aquí. Lo he dejado en la cocina con mis cosas.

—Claro, claro —replicó ella en tono de burla—. Usted no dice más que mentiras. Creo que será mejor que llame a la policía para que se encargue de todo.

Lucca abrió los ojos todo lo que pudo y la miró fijamente.

—Nunca pensé que pudiera cruzarme en la vida con una mujer tan cínica como usted.

—¿Cómo se atreve? —exclamó ella con las mejillas encendidas.

—¿Por qué no admite que es una turista que no tiene donde caerse muerta y que se ha colado en esta casa, que creía deshabitada, para pasar la noche gratis?

—¿Y qué si lo hubiera hecho? —replicó ella muy dolida—. Usted ha hecho lo mismo, esperando a que cayese la noche para encontrar un lugar vacío en el que lamerse las heridas.

—Igual que un perro callejero, ¿verdad?

Tras aquella pregunta que no esperaba respuesta, ella escuchó un gemido desolador saliendo de sus labios cada vez más pálidos y

sudorosos por el dolor. Pensó que ya se habían cruzado bastantes insultos mutuamente y que era hora de mostrarse más sensata y comprensiva.

—Soy Annabelle Marsh y estoy aquí de invitada por unas semanas. ¿Quién es usted?

Lucca apoyó la cabeza contra la pared.

—Eso a usted no le importa —respondió él de forma grosera.

Cerró los ojos casi sin fuerzas, momento que ella aprovechó para ir corriendo a su habitación por el móvil que había dejado en la mesita de noche. Cuando regresó unos segundos después, vio que tenía los párpados entreabiertos.

—¿Qué se supone que va a hacer? —le preguntó él secamente.

—Voy a llamar a mi jefe, Guilio Cavezzali. Él sabrá lo que hacer con usted.

—No, no lo haga —dijo él abalanzándose sobre ella hasta hacerla caer al suelo y haciendo que el bastón que aún llevaba en la otra mano saliese volando por los aires—. No puedo permitir que lo llame a estas horas —añadió, sujetándola con las piernas para que no se marchara y quitándole de un manotazo el móvil que salió disparado aún más lejos que el bastón.

Ella sintió el calor de su aliento en la nuca. ¿Conocía a Guilio? Ese nombre parecía significar algo para él. Había sido una estúpida apiadándose de él. Ahora estaba a su merced.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella tratando de aparentar serenidad.

—Quiero descansar lo que queda de noche y necesito que se comporte como si yo no estuviera en esta casa. Una palabra suya podría echarlo todo a perder. Yo no soy lo que usted se cree. Pero dígame, ¿cuánto tiempo lleva aquí?

—He llegado a Ravello esta misma tarde —replicó ella.

—¿Cuándo volverá a ver a Guilio de nuevo?

—Mandará un coche a recogerme a las once de la mañana.

Supongo que tendré ocasión de verlo a lo largo del día.

—¿Qué ha venido a hacer aquí exactamente?

Ese desconocido que había irrumpido de aquella forma en la casa parecía saber más de lo que ella suponía, pero no estaba dispuesta a darle ninguna información sobre Guilio. Sin embargo, viendo cómo la tenía sujeta comprendió que no le quedaba otra opción.

—Estoy trabajando para él temporalmente.

—¿Por qué no está viviendo en una *pensione* o en un apartamento?

—Le pedí que me buscase una casa en el campo y me propuso alojarme aquí. Bueno, ahora que he respondido a todas sus preguntas —dijo ella armándose de valor—, creo que es justo que me responda una a mí, ¿no le parece? Dígame, ¿quién es usted?

—Lucca Cavezzali.

—¡Oh, no! —exclamó ella. ¡El hijo adorado de Guilio! ¡El que se había enrolado en el ejército a los dieciocho años, y se había adiestrado como piloto de combate en la fuerza aérea italiana!

¡El hijo que era la alegría y el orgullo de su padre!

Pero no podía contarle la verdadera naturaleza del trabajo por el que estaba allí. Eso supondría estropear la sorpresa que su padre le había estado preparando con tanta ilusión desde hacía más de un año.

Ahora que pensaba en ello, los dos hombres tenían muchos rasgos en común, aunque Guilio era más bajo que su hijo. Ambos tenían el mismo corte de cara, si bien Lucca tenía el pelo negro. Debía haberlo heredado de su madre. Lo que le extrañaba era que Guilio no le hubiera dicho nada acerca de que su hijo tuviera un problema de salud.

Trató de soltarse de él, pero la tenía agarrada muy fuerte entre las piernas.

—Gracias a usted, *signorina*, todos mis planes se han ido al infierno por esta noche.

—Permítame decirle también a usted, *signore*, que su inesperada irrupción nocturna en esta casa ha trastocado también mis planes. Si no le importa, recuperaré mi teléfono y llamaré a un taxi para que venga a recogerme. Me iré de aquí en menos de media hora.

—Ahora, ¿quién se está lamiendo las heridas? —dijo él, muy perspicaz.

—Eso no es asunto suyo.

—Me temo que sí. En todo caso, no veo necesario que tenga que marcharse así a estas horas tan intempestivas, siempre que esté dispuesta a colaborar conmigo hasta mañana.

¿Colaborar? Sintió un escalofrío al escuchar esa palabra.

—Usted exige mucho a sus prisioneros.

—No me encuentro bien.

—Ya, ya me había dado cuenta. Pero, ¿por qué no quiere que su padre sepa que ha regresado? Guilio me contó que estaba en el ejército —dijo ella algo nerviosa pasándose la punta de la lengua por los labios resecos—. ¿Ha venido de permiso o en alguna misión especial?

—Eso no es asunto suyo, tampoco.

—Tiene razón, pero a juzgar por su aspecto creo que debería estar ahora en la cama.

—Es a donde me disponía a ir cuando la vi aparecer amenazándome con el bastón.

—Veo que su cama no está hecha. Tendrá que dormir en mi cuarto.

—Sí, será la mejor forma de no perderla de vista durante el resto de la noche. Así estaré seguro de que no irá a contarle a nadie que estoy aquí.

—Está bien. Si me lo permite, creo que será mejor que lo ayude a levantarse. Apóyese en mi brazo para ir al dormitorio.

Él la soltó y trató de incorporarse, apoyándose con una mano en la pared y con la otra en el brazo de ella. Sintió al hacerlo un dolor tan agudo que hubiera lanzado un grito desgarrador de no haber estado ella delante. Al llegar al dormitorio, cayó desplomado en la cama, arrastrándola a ella en la caída.

Annabelle, tumbada de espaldas, sintió en la muñeca la presión de su mano. Estaba claro que seguía sin fiarse de ella. Pero debía estar muy cansado por el viaje, y entre la fatiga y la medicación que había tomado para el dolor, caería dormido en poco tiempo.

Ella, en cambio, sabía que no podría dormir en toda la noche, teniendo a un hombre así en su misma cama. Desde que se había divorciado de Ryan, no había vuelto a tener una relación con ningún hombre. Se sentía confusa y desconcertada con el hijo de Guilio a sólo unos centímetros de ella. La situación era tan surrealista que se preguntó si no lo estaría soñando.

—No tenga miedo de mí —susurró Lucca, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. En el estado en que estoy, aunque quisiera aprovecharme de usted, creo que no podría hacerlo.

—Entonces los dos estamos de enhorabuena porque le puedo asegurar que un tipo grosero y sin afeitar, que se mete en una casa tranquila amparándose en la oscuridad, no es precisamente la idea que yo tengo del hombre ideal.

Lucca trató de esbozar una sonrisa, pero sólo le salió un gemido de dolor.

—Su almohada huele a fresas del bosque.

Se quedó sorprendida al escucharle. No era la primera vez a lo largo de la noche.

—Probablemente esté también algo húmeda. Iré a buscarle otra.

Pero notó en seguida su mano cerrándose como una mordaza alrededor de la muñeca, impidiéndole moverse del sitio.

—Después de los lugares en los que he estado, me gusta así —

dijo él en un tono que ella no supo interpretar si era un halago o todo lo contrario.

—Puede soltarme. Le prometo que no voy a revelar a nadie su secreto.

—¿Por qué iba a fiarme de usted? —dijo él de forma inesperada —. Me parece que pertenece a ese tipo de mujeres de las que uno puede esperar cualquier cosa.

—Creo que esa teoría suya es porque quizá haya conocido a muchas mujeres, pero sólo de forma muy superficial.

—Por lo que veo, también es una autoridad en mi vida amorosa —replicó él con ironía.

—Los italianos tienen fama entre las mujeres americanas de ser aprendices de todo pero maestros de nada. Y creo que eso es también aplicable a usted, *signore*.

—Todavía no ha contestado a mi pregunta —dijo él evitando caer en la provocación.

Ella tenía sus razones para no hacerlo. Su padre le esperaba para el mes de agosto en Milán. Le tenía reservada una gran sorpresa en la mayor sala de exposiciones que tenía la cadena Amalfi en toda Italia.

Annabelle recordó la expresión de los ojos de Guilio cuando manifestó su deseo de homenajear a su hijo al final del verano con aquel lanzamiento de su nuevo modelo de coche. No estaba dispuesta a traicionarle revelando la sorpresa que le tenía reservada.

Lucca sintió que se le cerraban los párpados. Estaba agotado.

—Si no le he respondido, es porque entiendo que alguien que ha entrado de forma subrepticia en una casa a altas horas de la noche debe tener algo que ocultar —dijo ella, y añadió luego al ver la cara somnolienta de Lucca—. ¿Qué le parece si tratamos ahora de dormir un poco? Yo no sé usted, *signore*, pero yo tengo mañana un día muy ajetreado.

—Me tiene intrigado el tipo de trabajo que una mujer como usted puede hacer para mi padre. Debe tenerla en mucha estima, de otro modo no la hubiera tratado con tanta deferencia, como a una princesa. Ni la hubiera alojado en una casa que sabe que es sagrada para mí.

—¿Sagrada? —repitió ella sintiendo la sangre resonando en los oídos.

—¿No le dijo acaso mi padre que yo nací en esta casa y que aquí fue donde murió mi madre?

«¡Oh, no!», exclamó ella para sí.

Capítulo 2

Lucca despertó al sentir un dolor sordo y punzante, irradiando desde el muslo a la ingle. Se le había pasado el efecto del analgésico y necesitaba otro urgentemente antes de que pudiera volver a sentirse tan mal como la noche anterior.

Se pasó la mano por la cara. Llevaba sin afeitar muchas horas. Abrió los ojos, pero la luz del sol inundó la habitación, obligándole a entrecerrarlos. Miró al reloj. Las once menos veinte. Vio que estaba solo y vestido con la misma ropa con la que había llegado a casa, excepto que ahora estaba sin zapatos. La cama estaba muy desordenada, prueba inequívoca de que había vuelto a tener una de sus pesadillas. La colcha y las almohadas estaban por el suelo.

Ella debía haberse ido hacía tiempo. Ahora estaría seguramente contándole a su padre todo lo que había pasado anoche. En pocos minutos recibiría con toda probabilidad alguna visita.

Una serie de palabras malsonantes en italiano salieron de su boca.

Se dio la vuelta en la cama y vio el frasco de los calmantes casi vacío en la mesita. No estaba allí anoche. Ella debía haberlo dejado. Había también un vaso de agua. Y, apoyado en un lado de la mesita, estaba el bastón. Aquella mujer era mejor enfermera que todas las que había tenido en el hospital. A su padre le gustaban las personas eficientes y ella parecía serlo con creces. Le había dejado todo al alcance de la mano.

Se tomó tres pastillas. Sintió enseguida un cosquilleo en el estómago que le recordó que llevaba sin comer nada desde el día anterior por la tarde, antes de aterrizar en Nápoles. Recordó también lo eterna que se le había hecho la espera del tren con destino a Salerno. No había conseguido dormir en todo el viaje y la falta de sueño le agudizaba el dolor. En Salerno, al borde de desfallecer, había alquilado un coche con conductor para que le llevara a Ravello.

Echó una ojeada a la habitación, pero no vio ninguna de sus pertenencias. Tampoco se oía ningún ruido afuera. El coche del que ella le había hablado habría ido ya a recogerla.

Al fin solo, se dijo. Se bajó de la cama y se apoyó en el bastón. El accidente de la noche anterior había sido culpa suya. Ese bastón le sería de mucha ayuda hasta que se recuperase.

Llegó sin dificultad al cuarto de baño y luego a la cocina. Su

bolsa estaba en el suelo, en el mismo sitio donde la había dejado. Abrió el frigorífico. Estaba lleno de bebida y comida.

Aquella casa había pertenecido a la familia de su madre. Ella y su padre habían vivido siempre en ella. Cuando su madre murió, le dejó a él toda la propiedad en el testamento, la casa y las tierras. Desde entonces nadie había vuelto a vivir en aquella casa, pero él sabía que su padre había cuidado de ella por el apego sentimental que le tenía.

Por eso le resultaba extraño que hubiera decidido alojar allí a la americana que había contratado. No podía entender cómo su padre había podido abrir a una desconocida las puertas de aquella casa en la que había pasado los mejores años de su matrimonio. Esa mujer tenía que ocupar algún lugar muy especial en la vida de su padre. Por eso se había mostrado tan reservada con él la noche anterior.

Naturalmente, Guilio habría enviado a una de las sirvientas de la villa para asegurarse que todo estuviese en orden cuando ella llegase. Tomó un racimo de uvas de un plato que había en la mesa de la cocina y se puso a comérselas lentamente, saboreándolas.

El microondas era nuevo. Su padre había cuidado todos los detalles. Había también una cafetera con café instantáneo recién hecho. A él le gustaba más el *cappuccino chiaro*, pero se había acostumbrado en el ejército a tomar el café solo y se sirvió una taza.

A través de la barandilla de la terraza, vio que las ramas de uno de los limoneros habían crecido tanto que habían llegado a formar un voladizo a modo de emparrado. Se apoyó en la encimera para tomarse el café y vio entonces que algo se movía debajo del limonero. A través de las puertas francesas de la terraza, contempló a una mujer de mediana estatura que estaba de espaldas a él, recogiendo margaritas. Llevaba la cabeza tapada con un sombrero ancho de paja. Vestía una camiseta blanca sin mangas con un adorno bordado y unos pantalones igualmente blancos e inmaculados muy ajustados a las caderas. Calzaba unas sandalias de color hueso que dejaban ver las uñas de sus pies pintadas de rosa.

Esperó hasta que ella se giró lo suficiente para verle la cara.

Era la *signorina* Marsh.

Así que no se había ido antes de tiempo… Tenía una figura espléndida. La noche anterior no había podido percatarse de ello con aquella bata que llevaba.

Podía ver, medio oculto bajo el ala del sombrero, su rostro de porcelana recortándose bajo el cielo azul cobalto de la mañana. Era como contemplar una de esas postales de la campiña italiana o uno de esos cuadros tan bellos de los impresionistas franceses.

Cuando ella entró por la terraza, trayendo consigo la luz del sol, él percibió el brillo de sus ojos al mirarlo. Pero ella siguió su camino, sin decirle nada y se dirigió a la cocina a poner las flores en un jarrón de cerámica que había sobre la encimera. Luego lo llenó de agua y lo colocó en el centro de la mesa rectangular que tenía unas incrustaciones de azulejos con motivos de limones pintados a mano.

Lucca recordó que su madre solía salir también a cortar flores a primera hora de la mañana. Experimentó un sabor agridulce al recordar aquellos tiempos felices que ya nunca volverían.

—Siempre he querido tener una casa que pudiera decorar con las flores de mi propio jardín. Éstas son preciosas —dijo ella frotándose las manos para quitarse el polvo y recogiendo luego la cesta de mimbre que había dejado en una de las sillas de la cocina —. En fin, tengo que irme. El coche llegará de un momento a otro. Estaré fuera casi todo el día, así que no le molestaré. Y por favor, borre de su cara esa expresión de mal humor. Supongo que habrá comprendido que no era mi intención decirle todas las cosas que le dije anoche.

—Todas no, pero sí buena parte de ellas —replicó él con ironía, después de apurar el café.

—Mmm… bueno, si le apetece otra taza de café, hay azúcar en el armario. Yo diría que necesita endulzarse un poco la vida.

¿Puedo preguntarle una cosa, antes de irme? Pero dígame la verdad. ¿Cuánto hace que le dieron de alta en el hospital?

—¿De qué hospital está usted hablando? —replicó él con un gesto de amargura, abriendo el frigorífico y dando un mordisco a una ciruela.

—Del hospital en que le operaron del muslo derecho. Tiende a cargar el peso del cuerpo en la otra pierna y por eso muestra cierta cojera al andar.

Lucca masticó el último trozo de la ciruela y tiró el hueso al cubo de la basura.

—Se equivoca, *signorina*.

—No —replicó Annabelle muy segura de sí—. Los medicamentos que está tomando no mienten. Aún estará unas semanas más con esos dolores, hasta que se recupere del todo.

—¿Es acaso usted una autoridad en la materia? —exclamó él arqueando las cejas.

—Soy una enfermera con experiencia que ha estado a cargo de la recuperación de pacientes operados del corazón, de heridas por armas de fuego y de fracturas de huesos.

Lucca puso al principio cara de escepticismo pero, un instante después, se dibujó en su rostro una expresión de alarma.

—¿Qué le pasa a mi padre?

Ella se quedó también sorprendida, al principio, de su repentino cambio de conversación, pero enseguida comprendió su inquietud.

—No, no se preocupe, no estoy trabajando para su padre en calidad de enfermera, sólo le estoy ayudando en un asunto de publicidad. Que yo sepa, goza de muy buena salud. Usted es quien me preocupa, *signore*. Tengo la sensación de que abandonó el hospital antes de tiempo. Eso, unido a la caída de anoche, hace que tengamos que prestar mucha atención a esa pierna.

—*Grazie* por su preocupación.

—*Prego* —dijo ella, usando una de las pocas palabras en italiano que conocía y que sabía que se utilizaba para responder a «*grazie*»—. Una cosa más, *signore*. Le dije a Guilio que no quería ver a ninguna criada ni ama de llaves por la casa mientras estuviera aquí, así que no debe preocuparse por eso. Después del trabajo, volveré por mis cosas y me iré a un hotel. No sé cuándo llegaré, pero puede estar tranquilo, vendré sola —le prometió ella con una sonrisa.

Lucca se quedó mirándola mientras ella desaparecía por la puerta. Si era verdad lo que le había dicho, podría estar tranquilo allí en casa el resto del día. Pero, ¿por qué iba a confiar en que esa mujer le guardase el secreto?

¿Qué interés podría tener ella en hacerlo? Sin duda, quería algo a cambio, pensó él. Tal vez que su padre le proporcionara un puesto mejor en la empresa o algún otro tipo de privilegio.

¿Qué juego se traía su padre con ella para permitir que una empleada recién contratada hiciese su santa voluntad y la alojase en su propia casa? ¿Qué clase de publicidad estaba haciendo para su padre?

Ya era bastante mayorcito para pensar en aventuras amorosas. Sin duda, María, su segunda esposa, era más que suficiente para él. Había conseguido llevarle al altar sólo seis meses después del entierro de su primera esposa. Durante años, Lucca le había echado la culpa de que hubiera olvidado tan pronto a su madre, pero con los años había llegado a comprender que nada en el mundo hubiera podido obligar a su padre a casarse con aquella atractiva viuda de dos hijos, si él no lo hubiera querido.

Ahora esa mujer americana, y enfermera por si fuera poco, había entrado en la vida de su padre de una forma tan extraña que estaba realmente desconcertado.

La última vez que había visto a su padre, hacía nueve meses en Milán, la *signorina* Marsh no trabajaba en la empresa. Eso significaba que hacía poco que la había contratado. Pero lo que estaba claro era que gozaba de la confianza de su padre.

Después de cerrar la puerta, se dirigió al frigorífico. Mientras se preparaba un sándwich, oyó un coche pararse en el camino de gravilla que bordeaba la casa. Escuchó unas voces, pero no logró entender lo que hablaban. En menos de un minuto, el coche arrancó y se fue.

Se arrellanó en una de las sillas de madera tallada a mano y estiró las piernas, tratando de encontrar una posición cómoda. Dio un bocado al sándwich mixto que se había preparado a base de jamón de la zona y de su queso favorito, un *provolone dolce*, y luego contempló el viejo jarrón donde ella había dejado las margaritas.

Frunció el ceño al recordarla. Lo único que quería era estar solo y poder dormir tranquilamente una noche entera. Quería tener buen aspecto cuando fuese a ver a su padre. Podría darle un infarto si le viera aparecer por la puerta cojeando y con la cara descompuesta.

Ya tendría tiempo de contarle después todas las cosas que le habían pasado en esos años.

Comenzó a sentir el efecto sedante de las pastillas y se dirigió al dormitorio. Pensó que debería llamar ahora por teléfono a su padre. Pero sentía un dolor cada vez más insoportable. Cuando las pastillas le hiciesen efecto, se quedaría dormido por unas horas. Cuando se despertase, si se sentía mejor, podría llamarlo.

Annabelle se bajó de la camioneta donde la habían peinado y maquillado.

—*Perfetto, signorina*. Ése es el look que buscábamos. ¡Igual que una *margheritina*!

A Annabelle no le importaba nada que la compararan con las margaritas. Esas flores tan hermosas que ella misma había cortado esa mañana. Recordó lo alegre que se había sentido paseando a primera hora de la mañana por entre los limoneros que daban a la terraza, hasta que volvió a entrar en la cocina y vio en ella a aquel italiano mirándola con aquellos ojos sombríos que parecían reflejar toda la amargura que llevaba dentro.

Sintió un cierto desasosiego al pensar en ello.

Verle en mitad de la noche en aquel estado había trastocado la imagen de hombre fuerte y atlético que le había transmitido su padre. Quizá ella hubiera contribuido también a idealizarlo o tal vez él tuviera en realidad todas aquellas virtudes que su padre le

atribuía, pero estuvieran enmascaradas por el dolor y las experiencias vividas en la guerra. Ese extraño lugar del que ningún hombre regresaba igual que cuando se había ido.

—¿Annabelle?

—¿Sí? —respondió ella volviendo la cabeza.

Era Basilio, uno de los ayudantes de Guilio. Un hombre grueso y de baja estatura, que iba a darle las indicaciones para el posado del reportaje fotográfico.

—Queremos que te pongas en el asiento del conductor y te inclines un poco hacia el lado del acompañante, apoyando el brazo derecho así… Recuerda que hace una mañana espléndida de verano y que estás disfrutando del coche. Luego mira hacia abajo, al mar. Muévete con naturalidad, como si no estuviese la cámara delante.

Para él, era fácil decirlo. Pero aquélla era una aventura totalmente nueva para ella.

Sin pensárselo dos veces, Annabelle se montó en el Amalfi negro descapotable que parecía unos de esos coches de James Bond. Su lujoso tapizado en cuero negro contrastaba perfectamente con el vestido blanco que se había puesto antes de salir de casa.

Una vez metida en su papel, Giovanni le puso un sombrero de paja en la cabeza, se echó un par de pasos hacia atrás para analizar mejor el ángulo y las sombras, y luego se volvió a acercar a ella para retocarle un poco el pelo y el sombrero antes de comenzar a disparar una auténtica lluvia de fotos desde todos los ángulos y posturas.

El coche estaba aparcado en el arcén de la autopista de Positano que tenía una pendiente muy pronunciada. Cuando miró hacia abajo, se quedó casi sin aliento al ver la caída en picado que había hacia la bahía. Era una vista impresionante. Con razón tenía fama de ser una de las más hermosas de Italia y probablemente de todo el mundo. Era imposible describirla con palabras.

Bajo el control de la policía local, los cientos de coches que circulaban en ambos sentidos se vieron obligados a pasar despacio por un solo carril junto al lugar donde estaban filmando. Aunque hubo algunas quejas por parte de los conductores más impacientes, la mayoría de los turistas la silbaron y tocaron el claxon al pasar, profiriendo piropos para todos los gustos.

Pero ella, la verdad sea dicha, no se dio cuenta apenas ni de los piropos ni de la vista tan fascinante que se le ofrecía ante sus ojos. Tenía el pensamiento puesto en la imagen del apuesto piloto italiano herido que se había quedado finalmente dormido la noche anterior y le había soltado la mano para que ella pudiera irse a

dormir al cuarto de al lado.

Cuando Giovanni anunció que había terminado el reportaje, ella corrió hacia la camioneta para quitarse el maquillaje. Se había llevado la ropa en una bolsa para cambiarse. Se puso unos pantalones vaqueros y una blusa. Una vez vestida, dejó todo lo demás en la camioneta y salió con el bolso de mano.

Además del coche deportivo y de la camioneta, había un tercer coche estacionado en el arcén de la autopista. Era en el que Basilio le había ido a recoger a casa de Lucca. Era un antiguo sedán Amalfi de color azul eléctrico. Basilio le entregó las llaves y le dijo que podía usarlo mientras estuviese en Italia.

La policía les indicó que debían dejar la carretera libre lo antes posible para poder restablecer el tráfico. Annabelle quedó con Basilio y Giovanni en continuar el reportaje en Amalfi el día siguiente a las doce. Luego montó en el coche y siguió a la moto del policía que fue abriéndole paso por entre la caravana de vehículos que se dirigían hacia el sur.

Vio por el espejo retrovisor a un hombre que le enviaba un beso desde el coche. ¡Los italianos! ¡Siempre tan efusivos con las mujeres! Le hacían gracia. Todos menos uno: Lucca Cavezzali. Necesitaría armarse de valor para enfrentarse a él cuando regresase a casa.

Había observado que tenía el frasco de las pastillas casi vacío. Eran los analgésicos más fuertes que le podían haber suministrado en un hospital sin riesgo para su salud. Había tenido mala suerte la noche anterior, cayéndose en el pasillo de aquella manera. Después de todo, volvía a su casa tras un largo viaje y tenía todo el derecho a pensar que la encontraría vacía.

Antes de llegar a la casa, hizo dos paradas en las afueras de Ravello. Una en una pizzería y la otra en una *gelateria* que estaba a escasos metros de un pequeño hotel. Era un hostal con un aspecto muy acogedor y estaba muy bien situado. No sería fácil encontrar otro mejor. Entró decidida y reservó una habitación para dos semanas con su tarjeta de crédito.

Ahora que Lucca había vuelto a casa, no podía quedarse allí. Recogería sus cosas y se trasladaría al hostal. Mientras saboreaba el helado de limón que se había comprado, decidió llamar por teléfono a sus padres para informarles de que había salido ya de Roma y se encontraba en Ravello.

Teniendo en cuenta la diferencia horaria entre Italia y California, supuso que estarían trabajando, por lo que les dejó un mensaje en el buzón de voz. Ella era la menor de tres hermanos y

sabía que sus padres estarían preocupados por ella. Sólo querían que fuera feliz. Como todos los padres.

Sintió entonces angustia al pensar que ella no había disfrutado de la dicha de tener un bebé. Pero decidió apartar aquellos tristes pensamientos de su mente y decirle a sus padres lo bien que se lo estaba pasando en aquel lugar tan maravilloso con un sol tan espléndido.

No les dijo nada del susto que se había llevado al ver entrar por la noche al propietario de la casa donde estaba alojada. Guilio adoraba a su hijo, pero estaba claro que había alguna vieja rencilla entre ellos, que le impulsaba a Lucca a mantener ciertas reservas.

Annabelle no pretendía conocer todos los entresijos de la familia, sino sólo la relación que existía entre el padre y el hijo. Pero respetando, en todo caso, su intimidad.

Independientemente de lo que Lucca le dijese, ella hablaría con Guilio al día siguiente y le diría que había encontrado la casa un tanto aislada del pueblo y que había decidido trasladarse a otro lugar mejor comunicado, donde tuviera los restaurantes y las tiendas más a mano.

Unos instantes después entró en la finca y paró el coche frente a la casa.

Los últimos rayos de luz de la tarde iban dejando paso al crepúsculo previo a la puesta del sol. Soplaba una brisa fresca y se respiraba la fragancia del campo. Era un momento mágico del día. Pero cuando abrió la puerta de la cocina, se encontró con otra realidad muy diferente. Había un hombre tratando de sostenerse en la encimera, con una expresión desencajada.

—Hay que llevarle inmediatamente a un hospital.

—No, lo único que necesito son más pastillas —replicó él con aspereza.

—¡Por Dios santo! ¿Por qué no llamó por teléfono a su padre?

—Tenía pensado ir a verle esta mañana, pero después de la caída de anoche no me encuentro muy bien y no quiero que me vea con este aspecto.

—Me han facilitado un coche para mi uso personal. Puedo hacerle una receta y traerle los analgésicos si me dice dónde está la farmacia más cercana.

—Tengo que ir yo mismo en persona.

—No está en condiciones de ponerse al volante de un coche, lo llevaré yo —dijo ella con mucha firmeza, dándole en la mano el bastón que estaba sobre la mesa.

Dejó que él saliera primero y cerró la puerta tras de sí. Luego se

dirigió corriendo hacia el coche y le abrió la puerta de atrás. Allí iría más cómodo, pensó ella. Lucca consiguió entrar con alguna dificultad y se acomodó en el asiento. Ella cerró entonces la puerta y se puso al volante. Le miró por el espejo retrovisor. Parecía algo encogido en el asiento.

—¿Está tratando de esconderse de alguien o es que va así más cómodo?

—Ambas cosas —respondió él—. Siga la carretera hacia Salerno. Hay una farmacia en la *piazza* del Ayuntamiento, a unos doce kilómetros de aquí, que seguro que estará abierta.

—¿Qué habría hecho si yo hubiera tardado más en llegar? —preguntó ella tras incorporarse a la carretera.

—Estaba a punto de llamar a un taxi cuando oí el motor de su coche —dijo él, ahora ya incorporado en el asiento, sin temor a que alguien pudiera reconocerle.

Annabelle siguió todas las indicaciones que él le fue dando para llegar a la ciudad. Había mucho tráfico a esa hora. Era consciente de lo que estaba sufriendo, pero él lo había querido así, escondiéndose en su propia casa sin querer avisar a su padre.

—Ya hemos llegado —dijo ella al entrar en la plaza y ver la cruz verde de la farmacia.

—No se mueva de aquí. Iré yo. Con un poco de suerte no me cruzaré con ningún conocido.

Quizá no, pensó ella, pero un hombre de su físico y su estatura no pasaría desapercibido. Especialmente con unos pantalones caqui y una camisa polo de color frambuesa.

Lucca se dirigió a la farmacia caminando con el bastón con mucha soltura. Tal vez fuera por el deseo de conseguir cuanto antes las píldoras que pusiesen fin a su dolor.

Mientras ella le esperaba en el coche, sonó el móvil. Miró la pantalla. Era Cavezzali. Dudó qué hacer. Si no respondía tal vez comenzase a preocuparse. Decidió atender la llamada.

—¿Hola? Guilio? ¿Cómo estás?

—*Molto bene*, Annabelle. Basilio me dijo que Giovanni está entusiasmado con las fotos que te sacó esta mañana.

—No sabes cuánto me alegro.

—Me pasaré por Amalfi mañana. Tengo algunas ideas nuevas para el reportaje. ¿Cómo estás? ¿Te sientes cómoda en la casa? ¿Necesitas algo?

Ahora era el momento de decírselo.

—La casa es un encanto, pero este trabajo de modelo es agotador y no me apetece cocinar cuando llego cansada por la

noche. Así que he decidido alojarme en Casa Claudia. Hay unos restaurantes fabulosos muy cerca de allí. Y tiendas para ir de compras.

—Es un establecimiento familiar, pequeño pero muy acogedor. Ya me imaginé que podrías llegar a sentirte sola en esa casa.

—Tenías razón. Siento que te hayas tomando tantas molestias por mí. No hace falta que envíes a ninguna criada. Ya lo he limpiado yo todo. Mañana te devolveré las llaves.

—Me alegra que hayas cambiado de opinión.

Ella hubiera estado muy feliz y tranquila en aquella casa, pero la llegada inesperada de Lucca había cambiado por completo la situación.

—Sí, la verdad es que me encanta comer en esos pequeños restaurantes. La cocina italiana es la mejor del mundo. Me comería todos los platos, pero sé que tengo que cuidarme. Si no, no voy a entrar en esos vestidos tan preciosos que Marcella ha elegido para mí.

Escuchó las risas de Guilio, justo en el momento en que Lucca entraba en el coche. Decidió conectar el altavoz para que Lucca pudiera escuchar la conversación con su padre. Lo último que quería era que él pudiese pensar que estaba hablando con él a sus espaldas. Tal vez, oyendo la voz de Guilio, se animase incluso a hablar con él.

—No te preocupes por nada, Annabelle. Y no te olvides de la fiesta que voy a dar el sábado de la semana que viene. Tendrás oportunidad de conocer a nuestros distribuidores más importantes. He decidido presentarles un pequeño anticipo de lo que será nuestra gran campaña de lanzamiento —dijo Guilio con un tono de voz que dejaba palpable su entusiasmo.

—Sé lo mucho que eso significa para ti. Haré todo lo que pueda para estar a la altura.

—Sé que lo harás muy bien, como siempre. ¿Te he dicho que Mel Jardine vendrá la próxima semana? Te echa mucho en falta.

—Yo también a él, pero tengo que reconocer que me encuentro muy a gusto aquí.

—No sabes cuánto me agrada oírlo. ¿Significa eso que estás reconsiderando mi oferta?

—No. Sólo que me siento una mujer muy afortunada y que tengo más de lo que me merezco.

—Después de todo por lo que has pasado, nadie se lo merece más que tú. Ahora vete a descansar. Hasta mañana.

—Gracias por todo, Guilio. *Ciao.*

Cuando Annabelle colgó el teléfono, se volvió hacia Lucca y vio su mirada sombría e inescrutable. La luz de la farmacia iluminó sus ojos, reflejando unas tonalidades grises y verdes. Era la primera vez que se fijaba en el color de aquellos ojos tan bellos y profundos.

Se hizo un silencio tenso y prolongado que le hizo sentirse incómoda.

—¿Está esperando a que le despachen las pastillas? — preguntó ella para romper el hielo.

—No. Ya me las han dado, podemos volver a casa cuando quiera.

La idea de que pronto se sentiría más aliviado con aquellas pastillas parecía haberle vuelto más amable. A pesar de que siguiera viéndola como una intrusa, necesitaba la ayuda de alguien. ¿Quién sabe si estaría dispuesto incluso a darle las gracias en algún momento?

Puso en marcha el coche y se dirigió a Ravello sin decir una palabra.

—Hacía mucho que no veía a mi padre tan entusiasmado.

—Desde que le conozco, siempre me ha parecido un hombre muy alegre y optimista.

—¿Sabe lo que es una persona de ideas fijas, incapaz de escuchar a los demás? Pues así es mi padre —dijo él con tono exasperado.

Annabelle no podía dar crédito a lo que oía. Guilio le había parecido siempre un hombre muy compresivo, pero su hijo tendría lógicamente más elementos de juicio que ella. Después de todo, estaba ante un hombre que había servido a su patria en la guerra y que estaba acostumbrado a tomar decisiones en décimas de segundo para poder sobrevivir.

Había vuelto herido de la guerra y querría estar solo para enfrentarse con los demonios del pasado y las experiencias amargas que seguramente habría vivido durante aquellos años. Y ella había tenido la desgracia de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Sintió un escalofrío al recordar los insultos que le había dicho la noche anterior. En su fuero interno, sabía que los había dicho movida más por el rencor que seguía sintiendo hacia su exmarido que por él. Ryan también solía volver a casa a altas horas de la noche, después de haber hecho «sus rondas» en el hospital. O al menos, eso era lo que ella creía entonces. Porque donde había realmente estado había sido con la mujer que ahora era su esposa. Tenían un bebé. Un bebé que debería haber sido suyo. Un bebé que

Ryan le había dicho que no podrían tener hasta que él consiguiese la plaza de médico titular en el hospital.

No, aquella sarta de improperios que le había lanzado la noche anterior no iban dirigidos a él. Si Lucca le diese la oportunidad, le pediría disculpas.

Cuando llegaron a casa, pensó que se habría quedado dormido. Le abrió la puerta de atrás y lo llamó por su nombre varias veces sin obtener respuesta. Estaba echado de costado en una posición bastante incómoda, por lo que pensó que no podía dejarle pasar allí toda la noche.

Tomó el bastón, lo dejó apoyado a un lado del coche y volvió a llamarlo.

—¿Lucca? ¡Despierte! —dijo tocándolo en el hombro suavemente—. Estamos en casa. Deje que lo ayude a entrar. Vamos. No puede quedarse ahí.

Algo de lo que había dicho, tal vez quizá sólo el sonido de su voz, pareció hacerle reaccionar. De repente, se incorporó bruscamente y se puso a decir una serie de palabras extrañas. A pesar del poco italiano que ella sabía, comprendió que estaba dando algún tipo de órdenes o instrucciones a alguien.

Vio una expresión de horror dibujada en su rostro y sintió cómo la agarraba del brazo con una fuerza descomunal hasta hacerla casi daño. Seguramente no era consciente de su fuerza. Luego dio un grito, parecido al de un animal salvaje, que resonó en el silencio de la noche. Creyó oír que pronunciaba después un nombre, antes de sumirse en una serie de sollozos angustiosos y estremecedores que, a ella, le llegaron al alma.

Sin duda estaba reviviendo algún suceso terrible. A su juicio, padecía un trastorno de estrés postraumático importante. Ella había atendido en el hospital varios casos parecidos. Veteranos de guerra cuyo instinto natural era esconderse de sus familias hasta que fueran capaces de superar las secuelas que les había dejado la guerra.

Se inclinó hacia el interior del coche. Le pasó el otro brazo por los hombros y le meció como a un niño contra su pecho, tratando de consolarlo y tranquilizarlo.

—No se preocupe, Lucca. Ha sido sólo un sueño. Está en casa, a salvo —susurró ella a su oído una y otra vez con voz dulce y acariciadora, acercando su mejilla a la suya, húmeda por las lágrimas—. Vamos, ya ha pasado todo. Estamos en casa. Despierte.

Después de varios segundos, él aflojó la mano y ella aprovechó entonces para abrazarle con los dos brazos. Poco a poco, notó cómo

se iba tranquilizando, como si volviera lentamente de aquel infausto recuerdo que tanto le había angustiado.

Notó cómo sus manos le recorrían la cintura y la espalda y le acariciaban los brazos y las mejillas. Vio luego cómo la miraba con aire confuso y desorientado.

—Hola —dijo ella tratando de aparentar serenidad, después de sus caricias—. ¿Me recuerda?

—*Signorina* Marsh —replicó él después de unos instantes.

—Sí. Tuvo una pesadilla de camino a casa, pero ya pasó.

Sus labios estaban tan próximos que ella sentía el calor de su aliento.

—¿Tuve también una pesadilla anoche?

—Si le soy sincera, no lo sé. Tan pronto como se durmió, me fui a la otra habitación. Cuénteme lo que le sucedió en la guerra, Lucca. Le oí decir que su avión se estrelló.

—¿Qué más dije? —preguntó él con la angustia reflejada en su mirada.

—Lo suficiente como para comprender que lleva dentro algo terrible que no quiere que nadie sepa.

—¿De verdad quiere usted saberlo?

—Sí. Por terrible que sea.

Ella sintió cómo le agarraba los brazos sin ser consciente de su fuerza.

—Nuestro escuadrón se hallaba bajo el fuego enemigo. Era un verdadero infierno. De pronto vi estallar en el aire el avión que pilotaba mi mejor amigo. ¿Por qué tenía que ser él y no yo? Tenía una esposa y un bebé que venía de camino. No podía comprender por qué yo seguía vivo y él no.

—Después de cualquier tipo de desastre donde ha habido muertos, las personas que sobreviven siempre se sienten culpables —dijo ella pasándole la mano suavemente por la mejilla—. Es una reacción normal. Con el tiempo, se le pasará. Se lo prometo. Dígame lo que pasó después.

—Mi avión resultó alcanzado y yo salté de la cabina antes de que la siguiente ráfaga de metralla acabara con mi vida. Cuando recuperé el conocimiento, me di cuenta de que había caído en un estercolero en medio de unas rocas. Estuve allí escondido tres días hasta que un helicóptero me localizó y consiguió rescatarme.

—Debieron haberle parecido tres años.

—Había momentos en que recuperaba el conocimiento para luego volver a perderlo. Cuando me recogieron, me llevaron a un hospital de campaña para un reconocimiento previo y de allí me

trasladaron por avión a Alemania.

—¿Cuánto tiempo estuvo en el hospital?

—Cuatro meses. Tenía el fémur fracturado y me tuvieron que poner una placa metálica.

—Una fractura grave, ciertamente, pero, después de todo, tuvo suerte de no perder la pierna. La placa y los tornillos lo ayudarán a conseguir una recuperación más rápida. Siempre, claro, que no intente subir otra vez por una cuesta ni se caiga al suelo andando a oscuras de noche por la casa —dijo ella apoyando la frente contra la suya en un gesto de amistad.

Lucca dejó escapar un sonido extraño de la garganta y le acarició suavemente la piel con las yemas de los dedos.

—A pesar de mis malos modales, ha tenido la amabilidad de escucharme. Ése ha sido su primer error. Ahora tendrá que seguir conmigo algún tiempo más.

Lucca retiró las manos de sus mejillas y ella se apartó de él para que pudiera salir del coche.

—Creo que esto es suyo —dijo Annabelle dándole el bastón.

Cuando él salió, ella cerró el coche y, aún con el cuerpo tembloroso por el contacto de sus manos, se dirigió corriendo hacia la casa y abrió la puerta. Volvió a cerrarla tras entrar él y luego encendió la luz de la cocina. Él abrió el grifo y echó un buen trago de agua.

La última dosis de analgésicos que se había tomado en la farmacia había eliminado de su rostro algunas huellas del dolor. Sus ojos parecían más verdes que grises en ese momento.

Annabelle se fijó en su tez morena mediterránea, su pelo negro brillante y sus cejas oscuras y bien delineadas. Ahora, libre del dolor de horas antes, sus labios, ésos mismos que ella había tenido tan cerca de los suyos, parecían más carnosos y sensuales.

—Llámeme cuando esté listo para irse a la cama.

—Pensé que tenía intención de recoger sus cosas y marcharse.

—Lo haré mañana, después del trabajo. Un veterano de guerra recién salido del hospital con un trastorno de estrés postraumático debe tener a alguien cerca. Al menos por esta noche.

—¿Así que está dispuesta a correr el riesgo por segunda vez?

—Anoche me dijo que no estaba en su ánimo aprovecharse de mí, pero que en las condiciones en que estaba no podría hacerlo aunque quisiera. ¿Lo entendí bien?

—*Perfetto*.

¿Serían imaginaciones suyas o de verdad salían unas chispas brillantes de color verde de sus ojos?, se dijo ella.

—Bueno. Veo que empezamos a entendernos. Cuando encuentre una posición cómoda en la cama, le colocaré unas almohadas entre las piernas para aliviar la tensión. Mañana se sentirá mejor. Tal vez entonces pueda decirme cuándo piensa ir a decirle a su padre que ha vuelto.

—Se lo diré ahora —replicó él—. Si no me hubiera caído anoche, lo habría llamado esta mañana para que viniera aquí a hablar conmigo. Pero aún me dolía mucho la pierna. Quiero estar bien cuando le cuente mis planes para el futuro, sé que no le van a gustar mucho.

—¿Por qué? ¿Cuáles son esos planes? —preguntó ella llena de curiosidad.

—Me gustaría ser agricultor, pero cuando le hablé de ello por primera vez a mi padre a los dieciocho años, no quiso escucharme. Me dijo que no era propio de un Cavezzali trabajar la tierra como un simple campesino —Annabelle se sorprendió de que su padre hubiera podido decirle esas cosas—. La familia de mi madre se ganó siempre la vida de esa manera y fueron muy felices. De pequeño, me gustaba ver cómo crecían las plantas y cómo los árboles frutales cambiaban de aspecto con las estaciones. Aprendí muchas cosas de mi madre y de mis abuelos. Cuando mi padre se iba a trabajar, yo salía a la huerta con mi madre muy temprano por la mañana, antes de ir al colegio, y podábamos los árboles o recogíamos fruta.

Lucca parecía muy contento hablando de ello. Contagiaba entusiasmo.

—No me cabe duda de que sería una vida maravillosa — afirmó ella.

—No creo que mi padre haya cambiado de opinión en estos años, pero es la vida que quiero y tendrá que acostumbrarse a ello. Lo llamaré a lo largo de la mañana, si me siento bien.

—Está bien. Vuelvo en un minuto con las almohadas.

Capítulo 3

Lucca se sentía muy a gusto conversando con Annabelle, pero se dio cuenta de que estaba agotado. Ella tenía razón en lo de su trastorno de estrés postraumático y en muchas otras cosas. Aunque había estado tumbado la mayor parte del día, tratando de superar el dolor, la cama era para él en ese momento una verdadera bendición.

Se lavó los dientes y se puso un pijama gris y una camiseta blanca. De haber estado solo, se habría acostado desnudo. Estaba pensando en ello, cuando vio entrar de nuevo a Annabelle en la habitación. Se había recogido el pelo y llevaba la misma bata que la noche anterior. Venía con dos almohadas y un vaso de agua. Había algo en ella que olía a limones frescos.

—¿Cómo sabía que podía entrar?

—No lo sabía —respondió ella—. Pero como no me llamaba, decidí pasar.

—Entonces…

—Sí, entonces podría haberle pillado como Dios le trajo al mundo —replicó ella, acercándose a la cama y dejando el vaso de agua en la mesita, junto al frasco de las píldoras—. Debo recordarle que éste es mi trabajo desde hace años. No sabe a cuántos hombres, delgados y gordos, jóvenes y viejos, y de todos los tipos y condiciones, he tenido que ayudar a vestirse y a desnudarse, por no hablar de las veces que he tenido que lavarlos. No creo que hubiera visto nada nuevo —él no pudo evitar soltar una carcajada al oírlo —. ¡Milagro, señoras y señores! Se ríe y no se le agrieta la cara —exclamó ella en broma—. Está bien. Busque la postura más cómoda para dormir, coloque la pierna mala encima de la buena y le pondré las almohadas entre los muslos. Así se distribuirá mejor el peso de la pierna de arriba de modo que no se cargue tanto la zona del hueso lesionado.

Tras colocarle las almohadas, le tapó con la colcha y apagó la luz.

Cuando Annabelle salió de la habitación, él sintió una extraña sensación. A pesar de lo servicial y eficiente que era, nunca había conocido una mujer tan discreta como ella.

Pensó entonces en su padre. Si no la había contratado como enfermera, ¿qué tipo de trabajo estaba haciendo entonces para él? ¿Qué clase de publicidad era ésa de la que le había hablado? Tenía

que admitir que, después de haberles oído hablar amistosamente por teléfono unas horas antes, no parecía que hubiera ninguna aventura amorosa entre su padre y ella.

Aunque, ¿cuál podría ser esa oferta tan tentadora a la que su padre se había referido durante la conversación y que ella había rechazado alegremente?

Lucca se preguntó por qué no le había delatado aún a su padre. Desde luego no era porque se sintiese atraída por él. Por la forma en que le había abrazado en el coche, sólo demostraba sentir compasión. Y la compasión era un sentimiento diametralmente opuesto a la pasión. Había estado con varias mujeres en los últimos años y conocía la diferencia. Sin duda, ella se movía por otro tipo de motivaciones. La *signorina* Marsh guardaba muchas cosas ocultas. Se sumergió en un estado de duermevela tratando de desentrañar aquellos imaginarios secretos, hasta que cayó vencido por el sueño y los analgésicos.

La luz del sol entrando por la ventana le despertó a la mañana siguiente. Por el ángulo de los rayos, calculó que debían ser entre las ocho y media y las nueve.

Se frotó los ojos con las manos. Durante la noche, se había dado la vuelta y se había quedado recostado sobre el lado izquierdo. La colcha estaba ahora a los pies de la cama y una de las almohadas tirada por el suelo, pero la otra seguía entre sus muslos, donde ella la había dejado.

Se sorprendió de que su primera reacción al despertarse no hubiera sido buscar las pastillas. El truco de la almohada parecía haber funcionado, no sentía ningún dolor. De hecho, había dormido toda la noche de un tirón sin tener que tomar ninguna de sus pastillas acostumbradas. Las pastillas que había tomado la noche anterior parecían seguir haciéndole efecto. Se incorporó por su propio pie. Se sentía descansado por primera vez, después de muchos días. Se prepararía un café con leche y azúcar. Después del *cappuccino*, era lo que le gustaba.

Se lavó en el cuarto de baño y luego entró en la cocina. Se dio cuenta entonces de que había estado andando todo el rato sin la ayuda del bastón.

Miró hacia la terraza y vio a la *signorina* Marsh, aún con la bata puesta, sentada junto a la barandilla. Estaba disfrutando de la vista mientras tomaba una taza de café.

Se calentó un poco de leche, la echó en el café y se fue con la taza a la terraza.

Ella alzó la vista al verle. Aquella mañana, sus ojos parecían más azules que violetas. ¿Qué mujer podía estar tan guapa sin maquillar? Tenía el pelo recogido y estaba descalza.

—Creo que no necesito preguntarle cómo ha dormido —dijo ella, a modo de saludo—. Se le ve en la cara que ha descansado esta noche.

—Gracias a usted y a su experiencia —respondió él bebiendo un sorbo de la humeante taza.

—Me alegra ver que se encuentra mejor, *signore.*

—Me llamó Lucca la otra noche, cuando me despertó de la pesadilla. Ya que hemos dormido juntos, creo que podemos dejarnos de formalidades, ¿no te parece?

Él vio un leve rubor en sus mejillas, tal como se había imaginado.

Su primera noche juntos había sido realmente sorprendente. Él se había quedado dormido casi de inmediato. Mirándola ahora, le costaba creerlo. ¿Qué problemas podía haber tenido en el matrimonio para que su marido hubiera roto con ella?

—Estaba esperando que me lo dijeras. ¿Por qué no tomas una silla, te sientas a mi lado y me cuentas tus problemas?

—¡Vaya! ¿Eres ahora también psicóloga?

—Tal vez sea eso lo que más necesites en este momento.

—¡Y un cuerno! —exclamó él, bastante enfadado. Ella no se inmutó.

—Durante la pesadilla que tuviste, mencionaste un nombre mientras creías estar en el fragor del combate. Anoche me contaste algunas cosas, pero sólo de forma superficial. Ahora que te encuentras mejor, creo que sería bueno para ti que me hablases de ello.

—No, gracias —dijo él.

Ella se levantó de la silla de forma inesperada.

—Uno de los médicos del hospital de excombatientes, en donde hice mis cursos de enfermería, me explicó que un hombre que ha vivido una escena dura en la guerra necesita contársela a alguien para poder superar su trauma psicológico. Yo puedo ser tu paño de lágrimas pero, si no confías en mí, búscate a otra persona. Lo necesitas, Lucca. Busca una persona que esté dispuesta a escucharte, aunque sea un psicólogo o por qué no tu propio padre.

Él la miró fijamente con sus ojos penetrantes.

—¿Estarías dispuesta a meterte en un terreno que ni los más valientes se atreverían a pisar?

—¿Tú no querrías ayudarme, si yo estuviese en tu lugar?

Lucca comprendió que ella tenía razón. Durante su terapia en el hospital, un psiquiatra le había dicho que la guerra trataba de forma muy diferente a cada persona. Unos resultaban muertos, algunos vivían y otros sólo sobrevivían. Sin embargo, la humanidad apenas prestaba a nadie la menor atención. Lo peor que él podía hacer era encerrarse en sí mismo.

—¿Por dónde puedo empezar? Tal vez por el principio. Mi padre me prohibió ir a la academia militar de Bari, pero yo me matriculé allí de todos modos a pesar de su oposición, porque quería ser como mi abuelo, que había combatido en la guerra anterior.

—No lo sabía. Guilio nunca me habló de ello.

—No. Él nunca te lo diría. Mi abuelo volvió de la guerra sin una pierna. Es algo que mi padre nunca quiere recordar.

—El bastón… —exclamó ella en voz baja—. ¿Era suyo?

—Sí. Mi padre no está dispuesto a revivir aquel horror por nada del mundo. Pero soy consciente de que tendré que contárselo antes o después. Tú no eres un hombre y no puedes comprender que deseo presentarme ante mi padre como un héroe, no como un pobre hombre herido y derrotado. Creo que estoy siendo bastante sincero contigo.

—Lo siento mucho —dijo ella muy emocionada—. Me siento muy honrada de que hayas querido compartir conmigo esas experiencias tan amargas. Tal vez después quieras contarme el resto.

Antes de que él pudiera responderle, ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Luego apartó la silla y se fue discretamente a la cocina con la taza vacía en la mano.

Lucca se quedó de pie junto a la barandilla, recordando que tenía concertada una cita con un médico de Salerno para que le hiciese una revisión y le recetase más medicamentos.

Al cabo de unos quince minutos oyó el motor de un coche. Ella se disponía a marcharse. Una nueva sensación de vacío se apoderó de él y le disgustó saber que ella era la causa.

«Ten cuidado con esa mujer», le dijo una voz interior. «Se te está metiendo muy dentro, Cavezzali».

Diavolo!

Como Lucca le había dicho, esa mañana ella había tenido que adentrarse con él en un terreno donde ni los más valientes se atreverían. Él le había abierto su corazón y le había contado sus traumas de guerra. Pero sabía que no le había contado todo. Se había reservado muchas cosas. Lo intuía por lo que le había oído

durante su pesadilla. Debía haber vivido cosas horribles.

Sentía una profunda simpatía y afecto por los dos hombres: padre e hijo. Quería ayudarlos, pero ella no era nadie en aquella familia, después de todo.

Se sentía culpable por no haberle dicho a Lucca el tipo de trabajo por el que su padre la había contratado. Él, a diferencia de ella, no había tratado de presionarla para conseguir arrancarle una respuesta. Aunque quizá no tardase en hacerlo.

Por suerte, tenía un nuevo sitio donde alojarse. Se trasladaría allí después del trabajo. Si conseguía llegar… El tráfico estaba imposible.

Gracias al mapa y a las instrucciones que Guilio le había dado, encontró el hotel Europa sin dificultad en la *piazza* Sant'Andrea. Guilio lo tenía todo previsto y nada más llegar un empleado se hizo cargo del coche y lo llevó al aparcamiento del hotel. Salió a recibirla al vestíbulo, llevándola de la mano por las escaleras hasta la suite del primer piso.

—No he llegado tarde, ¿verdad? —dijo ella.

—No, pero creo Marcella va a necesitar más tiempo del previsto.

—¿Cómo es eso?

—Cuando vi las pruebas de Roma, me parecieron tan buenas que decidí sustituir el traje sastre de ejecutiva que teníamos previsto para hoy por un vestido de novia. Marcella ha traído varios modelos de su creación. Necesitamos verte con todos antes de tomar una decisión.

A Annabelle no le importaba probarse todos aquellos trajes de novia que algún día vestirían otras mujeres. Ella ya había tenido su propia boda. Ya había pasado por esa experiencia. Sólo que su vestido de novia no se podía comparar con aquellos modelos de cincuenta mil euros.

Todo el equipo se puso alrededor de ella para expresar su opinión, conforme se iba probando los trajes. Todos eran comentarios de admiración, ponderando tal o cual detalle.

—¡Ah! —exclamaron todos a coro, cuando ella se puso el último vestido de seda y encaje.

—¡Sí! —afirmó Guilio, dejando claro que era el que más le gustaba de toda la colección.

Giovanni la miró embobado mientras se dirigía a la peluquería.

—Creo que le sentará mejor llevar el pelo suelto. Quedará mejor con la mantilla.

Todos se pusieron a trabajar con ella. Marcella dijo a una de sus ayudantes que llevase los zapatos blancos de tacón a la plaza, para

que Annabelle se los pusiese allí. Como toque final le pusieron una deslumbrante gargantilla de brillantes y unos pendientes a juego. Cuando estuvo completamente vestida y maquillada, salió de la habitación con sus sandalias y bajó las escaleras con los ayudantes que iban sujetándole la larga cola de encaje.

La gente que había en el vestíbulo del hotel se puso a aplaudir. Los aplausos y vítores se fueron haciendo mayores al acercarse a *la piazza*, en donde fue recibida entre efusivas muestras de sorpresa y admiración. La policía había acordonado la zona donde un deportivo Amalfi descapotable de color rojo fuego estaba estacionado al pie de la antigua escalinata. La célebre catedral de Sant'Andrea del siglo XIV parecía presenciarlo todo desde lo alto.

—No temas, no te vamos a pedir que subas los sesenta y dos escalones con ese traje y esos zapatos —le dijo Guilio al ver la cara que ponía Annabelle mirando la escalinata.

Ella sonrió para salir del paso. Giovanni le retocó un poco la mantilla de encaje y luego ella se puso los zapatos blancos de aguja. Todo estaba listo para el reportaje fotográfico.

—Cuando el hijo de Guilio vea estas fotos, se quedará prendado de la *bellezza* de la chica Amalfi y todas las mujeres de la región llorarán la pérdida del codiciado soltero de oro —le dijo Giovanni al oído con una sonrisa.

—¡Qué cosas dices! —respondió ella muy turbada sin saber qué decir.

El hombre no sabía que Lucca ya la había visto en carne y hueso. Pero lo último que él querría sería enamorarse de ella, la mujer que había invadido su casa como una intrusa. El cumplido del fotógrafo, lejos de halagarla, sólo consiguió reavivar su sentimiento de culpabilidad por no informarle a Guilio allí mismo que Lucca había vuelto y estaba en su casa con ella. Sintió un rubor subiéndole por las mejillas. Marcella vino a salvarla del trance entregándole el ramo de novia. Se lo llevó a los labios y aspiró la fragancia de los jazmines mezclados con unas pequeñas rosas de té de color rojo pasión.

—Queremos fotos en distintas poses —apuntó Basilio, abriendo la puerta del coche, dejando ver el lujoso tapizado de cuero y la rosa roja de tallo largo que había cruzada sobre el asiento del acompañante—. Sube unos cuantos peldaños hasta que quede desplegada toda la cola del vestido y luego gira la cabeza hacia el coche como si estuvieras esperando a tu novio.

Annabelle siguió las indicaciones de Giovanni, pero no pudo evitar al volver la cabeza imaginar, no a Ryan, sino a Lucca al pie

de la escalera. Allí, vestido de esmoquin, con su altura, mirándola a los ojos, estaría impresionante. Cuando se dio cuenta de a dónde le estaban llevando sus fantasías, respiró hondo y trató de concentrarse en su trabajo.

Un par de retoques más, por aquí y por allá, y las cámaras de fotos se pusieron a disparar de forma desenfrenada. Tanto Basilio como Guilio querían sacarla en diferentes posturas. Los dos hombres se pusieron a gesticular y a intercambiar frases entre ellos para sacar una toma desde tal o cual ángulo, con la luz de frente o de lado…

Creyó que aquello no terminaría nunca, pero al fin el fotógrafo dio por concluida la sesión.

Suspiró aliviada y se dirigió al hotel a toda prisa. Entró en el dormitorio de su habitación y se quitó las joyas, el vestido y los zapatos. Luego pasó al cuarto de baño y se quitó el maquillaje y se refrescó un poco. Se puso una blusa sin mangas de color rosa y se calzó las sandalias.

Guilio estaba esperándola en el hall para invitarla a cenar en la villa con su esposa.

Ella no quiso ser descortés y trató de posponer la invitación para otro día, alegando que le dolía la cabeza. Cosa que no era del todo falsa.

—Este trabajo de modelo es más duro de lo que me imaginaba —dijo ella muy diplomática.

—Ha sido un día de mucho calor —dijo Guilio dándole unas palmaditas afectuosas en el brazo—. Vete al hotel y acuéstate temprano.

Primero iría a ver si Lucca estaba bien, se dijo ella.

—Sí, eso y un poco de té frío me sentará bien. Gracias, Guilio, por ser tan comprensivo. ¿Estarás en Furore en la sesión de mañana?

—No. Tengo que ir a Milán a una reunión muy importante, pero volveré pasado mañana. No dudes en llamarme si necesitas algo. Le he dicho a Marcella que te regale el vestido de novia. Con mis mejores deseos.

—Eres muy generoso, pero no tengo ninguna boda en proyecto. Ya he pasado esa página.

Él sabía que estaba divorciada, aunque nunca le había contado los detalles.

—Sólo los jóvenes dicen eso. No saben que la ocasión se presenta a la vuelta de la esquina.

—Creo que me estás confundiendo con la chica Amalfi que tiene

aún estrellas en los ojos. Ella no ha pasado por lo que yo y no sabe que las estrellas tienen al principio mucho calor, pero luego van perdiendo hidrógeno poco a poco hasta que se apagan y pierden su fulgor.

Desde la puerta del hotel le lanzó un beso con la mano y luego corrió hacia el aparcamiento.

La carretera estaba imposible. Había aún más tráfico que por la mañana.

Cuando por fin llegó a casa de Lucca, estaba realmente agotada. Aparcó el coche y entró en la cocina. Vio a Lucca preparando algo para la cena. La bolsa de lona no estaba a la vista. Un delicioso aroma llenaba toda la casa.

Entró en el cuarto de baño y sacó del armario la caja con las pastillas de ibuprofeno. Con dos serían suficientes, pensó ella. Se las metió en la boca y luego abrió el grifo del lavabo. Hizo una especie de cuenco con las manos, agachó la cabeza y bebió un buen trago de agua hasta que consiguió pasar las pastillas. Pero se le vino el pelo hacia delante y se le mojó un poco. Sacó un prendedor de carey que llevaba en el bolso y se sujetó el pelo por detrás de la nuca.

Cuando volvió a la cocina, se fijó en Lucca. Estaba muy atractivo. Llevaba una camisa polo negra y unos pantalones vaqueros. Tenía una elegancia natural.

—Umm… aquí hay algo que huele delicioso.

Lucca estaba echando una bechamel en unos rollos de pasta con tomate que había preparado en una fuente ovalada.

—A mí también me lo parece —dijo él—. Es mi comida favorita. Canelones de ternera.

—¿Te enseñó tu madre a hacerlos?

—Me enseñó muchas cosas —respondió él sin poder ocultar el cariño que aún sentía por su madre—. ¿Tienes hambre?

—Sí —respondió Annabelle.

—Entonces, acompáñame a la terraza y ayúdame a comerme esto.

Él se sentía mejor y quería demostrárselo. Ella no podía hacerle un desaire.

—¿Quieres que te…?

—No —la interrumpió él—. Me las he arreglado bastante bien yo solo todo el día.

—Ya me he dado cuenta.

Estaba físicamente mejor, sin duda. Pero también parecía más optimista y seguro de sí.

Ella le siguió a la terraza y se sentó a su lado. Lucca había preparado una mesa para dos, con una vela encendida en el centro. Encima del mantel, con motivos florales, había puesto el pan con los cubiertos y una fuente de ensalada. Entre el aroma de las flores del campo y el olor maravilloso de los canelones, era una verdadera delicia estar cenando allí en aquella terraza.

—He hecho té con limón, pero si prefieres tomar vino, creo que tengo una botella en el armario. No me gusta beber alcohol mientras estoy tomando alguna medicación.

—Sí, yo también prefiero el té. Me alegra ver que eres un buen paciente.

—En realidad era el peor del hospital —dijo él, después de probar los canalones—. En cuanto los médicos me dijeron que la herida estaba curada, salté de la cama para irme de allí en seguida, pero mi psiquiatra me dijo que aún no estaba preparado. Y tenía razón. Igual que tú.

Annabelle casi se atragantó con un trozo de pan al oír esas palabras.

—Sobre lo de esta mañana…

—Los dos sabemos que tengo un trastorno de estrés postraumático —afirmó él, antes de que ella pudiera terminar lo que pensaba decir—. Sé que he estado viviendo de espaldas a la realidad tratando de negar el problema que tenía. Tú me has abierto los ojos y me has quitado la venda. Es justo lo que necesitaba, así que no tienes por qué disculparte de nada.

—Si esta comida es tu forma de agradecérmelo, entonces me siento muy honrada —dijo ella limpiándose los labios con la servilleta—. Gracias por no haberte enfadado conmigo.

—Pensé que debíamos celebrar juntos esta sociedad de pequeños delincuentes que hemos formado.

—Lucca… no bromees con algo tan serio. Me iré al hotel después de cenar. Tengo reservada una habitación en Casa Claudia.

—¿Por qué has hecho eso? —exclamó él con los músculos en tensión—. Esta mañana prometiste ayudarme, me ofreciste tus servicios. ¿O quizá te entendí mal?

—No. Mi oferta sigue en pie, pero no aquí en tu casa. No sé si te das cuenta, pero yo me debo a tu padre y no puedo soportar seguir fingiendo ante él como si no supiera nada —dijo ella mordiéndose el labio inferior—. No quiero perder la amistad y la confianza que ha depositado en mí, porque me temo que acabará enterándose. Tu padre te quiere, Lucca. Sería un trauma para él tener que enterarse por otra persona de que estás en esta casa.

—Lo llamaré mañana y se lo explicaré todo. Te lo prometo. Él lo comprenderá, ya verás. Se hará cargo de la situación. Olvídalo y no le des más vueltas —dijo él con una sonrisa—. Y ahora que estamos confesando nuestros pecados por omisión, ¿por qué no me cuentas de una vez en qué consiste tu trabajo con mi padre?

Ella suspiró resignada. Sabía que tarde o temprano tendría que acabar por decirle la verdad.

—Conocí a tu padre en California mientras él estaba allí tratado un negocio con mi jefe. Se acercó en seguida a mí y me preguntó si me gustaría trabajar de modelo en Italia durante tres semanas para su nueva campaña publicitaria.

—¿Eres modelo profesional? —exclamó Lucca.

—Me halaga que te lo parezca —replicó ella con una sonrisa.

—Vamos, no seas humilde. Eres una mujer muy atractiva.

La conversación parecía ir derivando por un camino muy distinto del que había empezado.

—Ya te dije que soy enfermera, pero tu padre me dijo que yo tenía la imagen que buscaba.

—Él nunca había utilizado hasta ahora una modelo en sus campañas de lanzamiento.

—Sí, lo sé. El otro día, durante la sesión, le pregunté otra vez por qué me había elegido a mí y él me respondió que yo tenía la sonrisa y el aspecto americanos que atraían a los hombres que compraban sus coches. Había hecho, según me dijo, un estudio de mercado o algo parecido.

Lucca soltó una carcajada. Ella lo miró sorprendida, tanto por lo poco habituada que estaba a verle tan alegre como por lo atractivo que estaba cuando se reía.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Mi padre. Es un fenómeno. Es muy bueno en todo lo que hace. Tanto que, a veces, me siento acomplejado a su lado. Pero lo que realmente quería decirte con toda esa retórica es que todos los hombres al verte se quedarían embobados por tu belleza.

—Nadie me había dicho nunca antes una cosa así. Has conseguido ponerme colorada.

Annabelle se asombró de ver que estaba realmente flirteando con él. No podía creérselo, después de todo lo que había pasado tras su divorcio.

—¿Dónde estabas mientras yo me recuperaba en el hospital?

—Probablemente en otro hospital, cambiando a algún anciano. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a estar ahora en una terraza tan maravillosa como ésta, disfrutando de la compañía de un héroe de

guerra y saboreando los exquisitos canelones que su madre le enseñó a hacer?

—¿Te gustan? —preguntó él mirándola fijamente.

—Créeme, podrías abrir tu propio restaurante en esta finca. Tendrías mucho éxito.

—No es mala idea. Mañana por la noche te prepararé otra de mis especialidades.

¡Mañana por la noche!, se repitió ella, sintiendo un extraño hormigueo por dentro.

—¿Piensas pagarme en especies el servicio de terapia psicológica que te presto al escucharte?

—No andas desencaminada. Por cierto, ¿te importaría llevarme a Salerno, si no estás muy cansada? Necesito comprar en la farmacia crema de afeitar y algunas cuchillas.

—Por supuesto.

El dolor de cabeza que había sentido al llegar a casa parecía haberse evaporado. El ver a Lucca con tan buen estado de ánimo le había hecho olvidarlo todo.

—Será mejor que nos demos prisa si queremos llegar antes que de que cierren. Voy por mi bolso. Recogeré los platos cuando volvamos.

—Hay una regla de oro en esta casa —dijo él, poniéndose de pie muy serio—: el que cocina, friega los platos.

Apagó la vela de la mesa y siguió a Annabelle al coche.

Él se colocó en el asiento de atrás para poder estirar la pierna y ella se puso al volante. Media hora después, estaban en la *piazza* de Salerno. Ella se bajó del coche y compró los útiles de afeitado con el dinero que él le había dado.

—¿Ves esa *trattoria* de ahí enfrente? Es de las más antiguas de la región. Hacen postres para llevar. Su especialidad es la *torta caprese*.

—¿Qué te parece si voy por una? —dijo ella, imitando su acento.

—*Bene* —respondió él con una sonrisa que le dejó a ella casi sin respiración—. Cómprala con lo que te ha sobrado. Creo que tenías razón, necesito endulzarme un poco la vida.

—Claro que sí. Volveré en seguida.

Annabelle se fue en dirección a la *trattoria* pensando en la mejoría que Lucca había experimentado. Se sentía feliz de haber colaborado a ello. No tardaron mucho en despacharla. Cuando volvió al coche con la torta, Lucca le indicó a dónde debía dirigirse. Cinco minutos después, llegaron a un paraje apartado y discreto, asentado en un alto, desde el que se contemplaba una panorámica

espléndida de toda la costa.

—Es una vista de ensueño —susurró ella emocionada.

—Ven aquí atrás. Estaremos más cómodos y disfrutaremos de la vista mientras nos comemos la *torta*.

Ella no pudo evitar la sensación de sentirse como una adolescente al que le invita un chico con cualquier pretexto a pasar a la parte de atrás de su coche. Por eso, se lo pensó mucho antes de hacerlo. Cuando finalmente se sentó junto a Lucca en el asiento de atrás, él se inclinó hacia ella y la miró con una sonrisa burlona.

—Creo que, aunque quisiera, aún no podría, *Annabellissima.*

Capítulo 4

Annabelle recordó entonces la conversación que había tenido con Marcella en la que la diseñadora le había hablado de los italianos. Eran todos unos donjuanes. Lo llevan en los genes. Les gustan todas las mujeres, sin distinción. Y cuando dicen un piropo a una mujer, aunque lo digan con el corazón, no hay que tomarles en serio. Aman la vida y el placer, y tienen una forma de ser que sólo la mujer italiana comprende.

—*Annabellissima*. Me gusta cómo suena. Es la primera vez que alguien me llama así —dijo ella sacando dos paquetes de la bolsa y pasándole uno—. Aquí tienes, Lucca. Y toma esta cuchara.

—Es una especialidad de la región. Llevaba años deseando volver a probarlo.

—¿Cuánto tiempo hacía que no venías por aquí?

—Alrededor de ocho años. Mmm… —susurró él tras saborear un buen trozo de la torta—. Es como un *brownie* de chocolate, pero mucho mejor. Con ese sabor a almendra… Teníamos que haber comprado más —se reclinó en el asiento con cara de satisfacción tras dar el último bocado a su torta—. Cuando subía por la colina la otra noche, no estaba muy seguro de despertar con vida a la mañana siguiente. Y sin embargo, ahora me veo aquí, atiborrándome de dulces en el asiento trasero de un coche, con mi enfermera favorita.

Sin duda, habría camelado a un montón de enfermeras italianas, pero aún no sabía con quién estaba tratando, se dijo ella. Metió los envases en la bolsa. Era hora de que la enfermera americana entrara en acción. Era la ocasión de hacerle ver que se había hecho una idea muy equivocada de ella si pensaba que, por ser tan atractivo, estaba loca por él.

—Yo también recuerdo una noche, hace algún tiempo, en la que pensé que no podría seguir viviendo. Una de las enfermeras de mi turno me dijo que mi marido había estado manteniendo una aventura amorosa con otra enfermera, a quien yo creía mi amiga.

—¿Cuando pasó eso?

—Hace dos años. Evidentemente, sobreviví a aquella decepción, y ahora estoy aquí, tomando un delicioso postre mientras contemplo la bahía de Salerno con un héroe de guerra italiano.

Antes de que las cosas pudieran ir más lejos, ella abrió su puerta y se bajó del coche.

—Tu exmarido no te merecía. Pero quizá aún no te hayas dado cuenta y sigas enamorada de él. En ese caso, te vendría bien hablar de ello.

—Mi amor por Ryan murió el mismo día en que me enteré de que su relación con esa mujer había empezado al poco de casarnos —dijo ella con un suspiro de resignación.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Un año y medio.

Lucca no necesitó oír más. Podía imaginárselo.

Ella cerró la puerta de atrás, abrió la del conductor y se puso al volante.

—Una enfermera muy sabia que conocí la otra noche, me explicó que un hombre que ha luchado en la guerra necesita reafirmar su personalidad contándole su experiencia a otra persona —dijo Lucca mirando al asiento de al lado, como si ella siguiera aún allí—. Tú también, Annabelle, has estado en una guerra aunque de otra clase. ¿No es eso lo que mi padre quería decirte cuando te dijo que te merecías un descanso?

—Sí —dijo ella escuetamente, poniendo el coche en marcha.

—¿Por qué no buscaste ayuda?

Touché.

Ella esperó a incorporarse a la carretera principal para responderle.

—Lo hice. Me divorcié de él y solicité el traslado a otro hospital de Los Ángeles.

—Y ahora estás con ese Mel Jardine, ¿no? Lucca no se andaba con rodeos.

—Lo conocí después de irme a vivir a Los Ángeles —dijo ella poniéndose prudentemente en el carril de la derecha a la vista de los adelantamientos tan temerarios que estaba viendo.

—¿Dónde vivías antes?

—En Fullerton, en casa de mis padres, muy cerca de Los Ángeles. Mi esposo estaba terminando su período de médico residente en el mismo hospital donde yo estudiaba para sacarme el título de enfermera —Annabelle oyó cómo Lucca profería una palabra malsonante en italiano que no necesitaba traducción—. Ya sabes, un cambio de aires es a veces la mejor medicina para el mal que uno tiene. Atravesaba un mal momento y Mel me ofreció un puesto en su empresa. Lo acepté sin pensármelo dos veces y sin volver la cabeza atrás. Y hablando de mirar hacia atrás —prosiguió ella—. Agacha la cabeza, que estamos entrando en Ravello y podría verte algún familiar o algún amigo que pasase por aquí.

—Gracias por preocuparte por mí. Oye, y ¿dónde haces esos reportajes fotográficos?

Lucca era un pozo sin fondo de preguntas.

—Hemos estado en Roma y ahora estamos recorriendo los lugares más pintorescos de la costa de Amalfi. Basilio, el fotógrafo, es el que trabaja más estrechamente conmigo, pero tu padre es el que lo coordina todo.

—¿Cómo conociste a mi padre exactamente?

—En el concesionario de Mel Jardine en Los Ángeles. Mel es el que vende más Amalfis de todo el país. Hace dos meses, Guilio fue allí a hablar de negocios con él.

—¡Trabajas en un concesionario, siendo enfermera! — exclamó él con tono de incredulidad.

Habían llegado en ese momento a casa. Sanos y salvos. Y sin que nadie les hubiera visto. Ella paró el motor y él se bajó del coche con la bolsa de las cajas de las tortas en la mano. Ella se le quedó mirando. En la oscuridad tenía una figura impresionante.

—¿Y qué es lo que haces? ¡No me digas que vendes coches!

—No. Soy la secretaria personal de Mel.

—No sabía que existiera esa figura en los concesionarios Cavezzali.

—Es cierto. La verdad es que Mel creó ese puesto para mí después del infarto que sufrió —dijo ella mientras entraban en casa.

Annabelle se dirigió en seguida a la terraza para recoger la mesa, pero él la detuvo agarrándola por la mano.

—Espera un poco. Aún me falta el resto de la historia, cuando mi padre entra en acción.

—Lucca, mañana tengo que levantarme temprano para ir al trabajo. Te propongo un trato. Te lo contaré si me dejas que te ayude con los platos. Entre los dos tardaremos menos y podrás irte a descansar antes. Tu pierna te lo agradecerá.

Lucca le soltó la mano, a regañadientes, pero ella sintió el calor que le había dejado subiéndole por el brazo y extendiéndose luego por todo el cuerpo.

—No hay lavavajillas en esta casa —dijo él.

—Ahora sí —dijo ella con una sonrisa—. Recogeré la mesa mientras tú preparas el fregadero.

Él le devolvió la sonrisa. ¡Y qué sonrisa! *Mamma mia*, como decían los napolitanos.

—¡Bueno lo has dejado todo! —exclamó Annabelle cuando entró a los pocos minutos y vio el estado en que estaba la cocina—. Pero está bien. Has cumplido con tu parte.

Lucca tenía los brazos llenos de espuma de detergente. Los levantó un poco, se acercó a ella y sopló suavemente para echarle unas cuantas burbujas en la cara.

—Digas lo que digas, no te vas a escapar de contarme todo lo que quiero saber.

Ella se secó la cara y comenzó a lavar las sartenes y los platos.

—Está bien, trataré de resumirlo. Mel fue paciente mío. Había sufrido un infarto y necesitaba cuidados especiales al salir del hospital. Es un hombre hiperactivo y muy persuasivo. Llegó a un acuerdo con el jefe de planta de mi hospital para que le atendiera en su casa durante unas semanas. Mel es un hombre muy amable y me trató con toda cordialidad, como a una hija.

Está viudo y sus hijos son ya mayores y viven su vida. Aunque tiene un ama de llaves, necesitaba una enfermera. Hicimos una buena amistad. Cuando estuvo en condiciones de volver al trabajo, el cardiólogo le recomendó que se buscara un ayudante para que le descargara de algunas tareas. Mel, agradecido por los cuidados que le había dispensado durante su convalecencia, me ofreció pagarme el triple de lo que ganaba en el hospital si accedía a trabajar con él. Y yo acepté.

—De la enfermería al concesionario. Un cambio realmente sorprendente, ¿no?

—Sí, lo sé. Mi trabajo consistía principalmente en llevarle la agenda de trabajo, sus viajes, sus reuniones… No sé nada sobre coches, pero sí me gusta trabajar en equipo con la gente.

—Tienes un talento innato y sé que puedes hacer bien cualquier cosa que te propongas, pero ¿cuál fue el factor determinante para que aceptaras su oferta?

—Cuando hablé con mi ex, me dio a entender que nuestro matrimonio había sido un verdadero aburrimiento y que estaba deseando romper con aquella rutina. Me dijo que una vez casados, nuestra relación había perdido para él todo el interés.

—¿Habías mantenido relaciones íntimas con él antes de la boda?

—No. Me educaron para no tener relaciones con un hombre hasta estar casada con él.

—Así que para conseguir el premio, tenía que casarse antes contigo, ¿verdad?

—Nunca lo pensé de esa manera, pero ahora que lo dices, quizá tengas razón.

—Algunos hombres son así, Annabelle. Siempre necesitan una nueva conquista para reafirmar su personalidad. He conocido tipos desarraigados como él.

—¿Desarraigados?

—Sí —replicó él con su inimitable timbre italiano—. Tengo la teoría de que hay hombres que no tienen una meta clara en la vida y sólo les atrae la novedad, la primera mujer que encuentren a su paso, aunque con ello desprecien a otra que valga mucho más. Ya se sabe, no está hecha la miel para la boca del…

—Te agradezco mucho tus palabras, Lucca —replicó ella realmente emocionada—. Pero, siendo justos, tengo que reconocer que en aquella época los dos trabajábamos mucho. Hacíamos guardias de veinticuatro horas y apenas nos veíamos. Eso hizo más difícil nuestra convivencia. Muchos divorcios se producen por esa causa.

—Es cierto. Pero, en cualquier caso, tu ex demostró no estar a la altura.

Lucca tenía el don de decir la palabra justa en el momento adecuado, pensó ella. Le hacía sentirse más segura de sí. Ni siquiera su marido le había dicho cosas tan bonitas, de novios.

—Eres muy amable, pero cuando me casé no podía pensar que nuestro matrimonio fuera a resultar un fracaso. El divorcio supuso un gran golpe para mí. Sentí que todo se me venía abajo y pensé que lo mejor que podía hacer para superar aquello sería apartarme por algún tiempo del mundo de la medicina. Necesitaba un cambio de aires para olvidarme de todo. Mel y yo congeniamos enseguida. No me costó ningún trabajo adaptarme a mi nuevo puesto. Me llevaba bien con mis compañeros. Pero lo que de verdad me decidió a aceptar el empleo fue la necesidad de alejarme del hospital que tan malos recuerdos me traía.

—Lo comprendo —dijo él—. Pero vayamos ahora a cuando mi padre entra en escena.

—Sí. Pasamos los tres varios días juntos. Tu padre estaba recogiendo ideas para su nueva campaña publicitaria y pensó de pronto en mí para el lanzamiento. Me dijo que reunía todas las características del perfil que andaba buscando. Yo me quedé muy sorprendida de que se hubiera fijado en mí, habiendo docenas de modelos profesionales mucho más bellas que yo, pero me sentí también muy halagada. Fue algo muy reconfortante para mi maltrecho ego. Mel me dejó marchar con la condición de que le prometiera volver a finales de junio.

—¿Cuánto tiempo te queda de estar aquí entonces?

—Dos semanas —menos un día, pensó añadir ella, que llevaba muy bien la cuenta de lo que le quedaba para dejar aquel sitio tan maravilloso y a aquel hombre por el que iba sintiendo algo cada vez

más profundo—. Por si te interesa saberlo, Guilio me ofreció un cantidad increíble de dinero. Supongo que sería el caché habitual de una *top model.*

—Me parece lógico —le dijo él.

—Me sentí una farsante. ¿Y si no daba ante las cámaras la imagen que tu padre andaba buscando? Para sentirme mejor conmigo misma, le dije que sólo aceptaría el trabajo si me pagaba lo mismo que ganaba con Mel. Después de todo, ese trabajo suponía para mí además unas vacaciones de tres semanas en Italia con todos los gastos pagados, incluido el viaje de ida y vuelta. Era como un sueño que se hubiese hecho realidad. Y al final, acepté.

—Mi padre siempre acaba saliéndose con la suya en los negocios. Habría hecho cualquier cosa para convencerte. Pero dime, ¿hasta qué punto tu sueño se ha hecho realidad?

—Hasta ahora todo ha sido muy emocionante —respondió ella muy sincera—. Pero pregúntamelo otra vez dentro de dos semanas. Buenas noches —dijo ella dirigiéndose al dormitorio.

—No te vayas —exclamó él siguiéndola por el pasillo—. No me gusta que me dejes solo.

Ella se volvió hacia él, sorprendida del tono quejumbroso de su voz.

—¿Necesitas hablar conmigo?

—No. Estoy demasiado cansado para eso y supongo que tú también. Me he acostumbrado a tu compañía en estos pocos días. Me gusta verte a mi lado y hacerme a la idea de que estás por el pasillo o por la cocina, y que te tengo cerca de mí. Me siento muy a gusto a tu lado, ¿sabes? Es una sensación nueva para mí, que no había sentido antes con ninguna mujer.

—Es gracioso que digas eso. Ryan me dijo todo lo contrario, durante el proceso del divorcio. Al parecer le producía angustia y malestar verme andando por casa.

—En mi país, hay una expresión para designar a los hombres como él. Pero olvídalo. Como te iba diciendo, tienes una especie de efecto balsámico que hace que la gente se sienta a gusto contigo. No me extraña que Mel Jardine no quisiera perderte cuando salió del hospital.

—Dices unas cosas muy bonitas, Lucca. Gracias y *buona notte*.

Annabelle se retiró a su habitación, algo asustada por lo que estaba empezando a sentir por él.

Lucca se la quedó mirando. Se había acostumbrado a ella, a tenerla cerca de él. En pocos días, ya no podría vivir sin ella. Y le

debía además, en gran parte, la mejoría física y anímica que había experimentado desde su llegada.

Annabelle era *bellissima*, por dentro y por fuera. No podía dejar que se marchara.

Era ya hora de que hablase con su padre. Tenía que cumplir además la promesa que le había hecho a ella. Probablemente, estuviera ya acostado, pero estaría enfrascado leyendo una de esas biografías que tanto le gustaban.

Se metió en la cama, buscó la posición más cómoda para la pierna y tomó el móvil.

—¿Lucca? —contestó Guilio enseguida—. ¡Qué alegría oírte! ¿Cómo estás*, figlio mio*?

—*Molto bene, papa*. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mejor que nunca, después de oír tu voz. Espero que no sigas enfadado aún conmigo por no haberte vendido, la última vez, esas tierras que querías.

—Aún sigo queriéndolas, estén como estén —replicó Lucca apretando el móvil con más fuerza—. Pero no es eso por lo que te he llamado, papa. Aunque ahora es quizá ya un poco tarde para hablar. ¿Quieres que te llame mañana por la mañana?

—¿Estás demente? ¿Me llamas después de tanto tiempo para decirme que me vas a telefonear mañana?

—No, sólo quería asegurarme de que no estás demasiado cansado.

—Aunque estuviera en el último suspiro, sacaría fuerzas de flaqueza para hablar contigo.

Lucca se sintió emocionado por el amor que le demostraba su padre. Y con un sentimiento de culpabilidad por no haberle llamado antes.

—Tengo algo que confesarte.

—Dime hijo, ¿qué pecado has cometido ahora? —dijo su padre bromeando.

—No te rías, papá, éste es muy gordo.

—¿No me digas que te has casado y has venido a casa con tu esposa? —exclamó Guilio sin poder ocultar su entusiasmo.

El optimismo de su padre nunca dejaba de sorprenderle. Para Guilio, el matrimonio lo era todo. Ciertamente, a él le había dado la estabilidad y la plenitud que necesitaba.

—No exactamente. He dejado el ejército para siempre.

—No me lo puedo creer —dijo Guilio después de un instante con la voz temblando de alegría—. ¿Y qué vas a hacer ahora cuando vuelvas a casa?

—Seré agricultor como siempre he querido.

Por una vez, en vez de un exabrupto, Lucca sólo escuchó un silencio prolongado en el otro extremo de la línea. Era consciente de que ésa no era la respuesta que su padre esperaba escuchar, pero tenía que decirle la verdad.

—¿*Papa*? ¿Sigues ahí?

—¿Dónde quieres que esté, hijo? Supongo que habrá habido alguna razón de peso para que hayas dejado el ejército de forma tan repentina, ¿no?

Estaba claro que su cerebro de hombre de negocios nunca descansaba.

—Sufrí una herida en la pierna que me ha dejado inhabilitado para pilotar un avión de combate.

—¿Es muy grave? —preguntó Guilio con tono de preocupación.

—Bueno, muy mal no puedo estar cuando llegué a casa, subiendo la cuesta de la colina por mi propio pie.

—¿Quieres decir que estás en Ravello? —exclamó él, sorprendido.

—Sí, conseguí tomar un vuelo militar con otros compañeros del escuadrón y llegué aquí a medianoche. Pensé que era ya demasiado tarde para molestarlos, a María y a ti. Tuve la desgracia de caerme cuando me dirigía, a oscuras, a la cocina y ahora tengo que atiborrarme de pastillas contra el dolor para poder descansar por la noche. ¿Me creerías si te dijera que me encontré a una chica americana, llamada Annabelle, durmiendo en mi cama?

—Le darías un susto de muerte, ¿no?

—No sabría decirte quién se asustó más de los dos. Me tomó por un delincuente y estuvo a punto de llamar a la policía. Tengo entendido que está trabajando como modelo para tu nueva campaña publicitaria. Después de haberla visto, comprendo que te fijases en ella.

—Vaya, veo que no es tan tímida como parece —dijo Guilio sin perder su buen humor.

—Es enfermera, y lo lleva en la sangre. Cuando se enteró de que yo era tu hijo, se desvivió por atenderme para que me encontrara a gusto en casa. La verdad es que me siento muy bien con ella. Te aprecia mucho y te tiene un gran respeto. Me ha estado presionando todo el día para que te llamara. Te es tan leal que yo me siento en un segundo plano.

—No sabes cómo me agrada escuchar eso, pero tienes que tener en cuenta un cosa, hijo. Ella no es como las otras mujeres que has conocido. Annabelle es diferente.

—Lo sé. En cuanto vio que pensaba quedarme, reservó una habitación en Casa Claudia.

—¿Quiere decir que ya se ha ido allí?

—Aún no. Piensa irse mañana por la mañana, pero yo he tratado de convencerla para que no se vaya. Me gusta tenerla cerca. Pero puedes confiar en mí. La trataré como a una princesa.

—Eso es exactamente lo que es —dijo su padre—. Annabelle es una dama, igual que tu madre.

—Lo sé, *papa.* Creo que su divorcio supuso un golpe muy fuerte para ella.

—Ha sufrido mucho.

—Es hora ya de que lo supere y pase página. Su ex no se la merecía.

—Amén.

—Después del reparto de dormitorios que hemos hecho, le he pedido que se quede en casa. Pero será ella la que decida.

—Si aún sigue contigo, es señal de que se siente a gusto allí.

—Mañana lo sabremos. Aunque, con estas pastillas que me estoy tomando, seguro que me pasaré dormido la mayor parte del día. Ella está siempre pendiente de mí para que no se me olvide tomarlas.

—Creo que una enfermera es justo lo que necesitas en este momento. Por desgracia, me veo obligado a volar mañana a Milán por un asunto de negocios, pero cuando vuelva el lunes, te prometo que pasaremos juntos todo el día.

—Muy bien. Estoy deseando comprar esas propiedades y ponerme a trabajar cuanto antes —dijo Lucca esperando luego una reacción airada que no se produjo—. *Papa*, recuerda que he venido para quedarme. No pienso ir a ningún sitio.

—No sabes, hijo, cuántos años he estado esperando oír esas palabras.

—¿Podrás perdonarme que haya estado tanto tiempo sin llamarte?

—¿Tú qué crees? —exclamó Guilio, con un nudo en la garganta.

—*Ti voglio bene, papa* —le dijo Lucca, con lágrimas en los ojos.

—Yo también te quiero, hijo. *Grazie a Dio* que has vuelto a casa, sano y salvo.

—Ven a casa en cuanto vuelvas a Ravello después del viaje. Te tendré preparado un verdadero desayuno Cavezzali.

—Allí estaré, Lucca. Sólo de pensarlo, se me hace ya la boca agua.

—*Ciao, papa.*

Colgó el teléfono y se acomodó en la cama para encontrar la mejor postura para dormir. Pero no podía dejar de pensar en lo que le había dicho su padre sobre ella. Ella quería quedarse. Le gustaba la casa y la huerta. No había más que ver la ilusión con la que cortaba las flores por la mañana o la cara de felicidad que ponía cuando se sentaba en la terraza a disfrutar de la vista y a respirar la fragancia que los árboles frutales dejaban en el aire.

Su último pensamiento, antes de caer dormido, fue que la fragancia de ella era aún más embriagadora.

Annabelle dejó la casa antes de que Lucca se despertara. Le habría costado más trabajo si hubiera tenido que despedirse de él. Algo estaba ocurriendo dentro de ella que le hacía verlo todo de forma diferente. Era como esos filtros que se ponen en las cámaras para dar más colorido a las imágenes. Veía el mundo con más brillo, como de color de rosa.

En pocos minutos llegó a su destino. Vio en seguida el lujoso Amalfi descapotable aparcado al pie de las colinas de viñedos de Furore. Era un coche de ensueño. Su color sólo podía compararse con el de una piedra de jade de color verde mar, luminosa y rutilante. Y la tapicería interior de cuero color crema le dejaba a uno sin habla.

Todos los miembros del equipo la saludaron al llegar. Basilio la guió para que dejase el coche junto a la camioneta. Estaban a una gran altura sobre el nivel del mar, al borde de un abrupto precipicio. Mirando hacia abajo, se veían las profundas aguas azules del mar Tirreno.

Era sábado y todos estaban deseando acabar el trabajo lo antes posible para poder disfrutar del fin de semana. Annabelle subió a la camioneta, se sentó, y en pocos minutos, el estilista le hizo un elegante moño. Una vez maquillada, Marcella la ayudó a ponerse un vestido plisado de crepé en color crema mate.

Basilio sonrió complacido al verla. Annabelle sintió ganas de poder volver así vestida a casa de Lucca. Quería sentirse hermosa delante de él.

—Lo que queremos que hagas es que te apoyes en el lateral del coche y trates de alcanzar el racimo de uvas moradas. Acabas de verlas y no puedes resistir la tentación de probarlas. Giovanni te tomará desde distintos ángulos, de forma que quede siempre dentro de campo el coche y la vista que hay detrás.

—Procura que no se te caiga el zumo en el vestido, si muerdas una —le advirtió Marcella.

—¿Tengo que comérmelas? —preguntó Annabelle a Giovanni.

—No lo sé aún.

Al final, Giovanni sacó una buena colección de fotos y quedó muy satisfecho, sin necesidad de que ella hubiera tenido que probar las uvas. Tanto Annabelle como Marcella respiraron aliviadas al ver que el vestido no se había manchado.

—¡Atención todos! —dijo Basilio, dando unas palmadas—. Quedamos el lunes por la mañana en Sorrento. A las ocho en punto.

Annabelle sonrió feliz. Tenía todo el fin de semana libre por delante. Subió corriendo a la camioneta, se quitó el vestido y se puso la camiseta y los pantalones vaqueros. Tras quitarse el maquillaje, se fue derecha hacia el coche con rumbo a casa. Miró el reloj. Aún faltaban unos minutos para la una. Se sintió tan libre como una colegiala haciendo novillos.

Lucca se sorprendería al verla llegar tan pronto. ¿Habría hablado ya con su padre?

Hasta que Guilio no supiese la verdad, no quería dar ningún paso en falso con Lucca. Cuando llegase a casa, se arreglaría un poco y se iría con el coche a recorrer aquella costa tan maravillosa, única en el mundo, para olvidarse de todas sus preocupaciones. Pero cuando detuvo el coche frente a la entrada de la casa de Lucca, vio otro coche aparcado en la puerta y sintió, sin saber por qué, un sobresalto en el corazón.

Al principio pensó que podría ser de Guilio o tal vez de algún miembro de la familia que hubiera ido a llevarle algún recado. Pero el coche no era un Amalfi, ni tampoco un coche de lujo. Podía ser cualquier persona. Pero de lo que no cabía duda era que Lucca no estaba solo.

Capítulo 5

Annabelle se bajó del coche y entró en la cocina, sin saber lo que se podría encontrar. Oyó unas voces que venían del cuarto del estar. Una era de mujer. La otra era de Lucca. Ambos hablaban en italiano y en voz baja.

Pensó en lo que debía hacer. No quería molestarles. Si se quedaba en la cocina, Lucca no sabría que estaba allí. Pero no quería que él pudiera pensar que le estaba espiando, en caso de que la descubriese. Así que no le quedaba más remedio que cruzar el pasillo deprisa para entrar en su habitación.

Al pasar por la puerta del cuarto, vislumbró con el rabillo del ojo a una mujer de pelo oscuro que estaba en los brazos de él. Sería aproximadamente de la misma edad que ella y hablaba entre sollozos. ¿Un antigua novia, quizá?

Justo cuando se disponía a cerrar la puerta del dormitorio, oyó la voz de Lucca.

—¿Annabelle?

—¿Sí? —dijo ella dándose la vuelta sorprendida.

—Ven, cuando puedas. Me gustaría presentarte a Stefana, la esposa de mi amigo Leo, el piloto del que te hablé, que murió al caer su avión derribado.

—Estaré… estaré ahí enseguida —dijo ella con voz temblorosa, tratando de recobrar la calma.

Se sintió culpable por haber sacado conclusiones precipitadas, probablemente influida por lo que sus compañeros decían de Lucca, acerca de que era un donjuán.

Tras refrescarse un poco, se dirigió al cuarto de estar. Lucca estaba sentado en una silla frente a Stefana, que estaba en un sofá de color rosa. Debían haber comido juntos. Él se puso de pie nada más verla entrar por la puerta.

—Pase, *signorina* Marsh. Quiero que conozca a Stefana Beraldi. Ya le he dicho que trabaja para mi padre.

Cuando la mujer se levantó del sofá, Annabelle pudo ver que estaba embarazada. Tal vez, de seis meses. Sintió una pena muy grande por aquel niño que iba a nacer ya huérfano de padre.

—¿Cómo está usted, *signorina*? —dijo Stefana en inglés con un fuerte acento italiano.

—Encantada de conocerla, *signora* Beraldi. Siento mucho lo de su marido. Realmente no hay palabras para…

—Tiene razón —la interrumpió ella afectuosamente con los ojos llenos de lágrimas—. Ni yo misma me puedo hacer aún a la idea. He venido a ver a Lucca para preguntarle si le gustaría ser el padrino de nuestra niña cuando nazca.

—Le he dicho a Stefana que será para mí un gran honor —dijo Lucca mirando a Annabelle—. Ha venido desde Nápoles para decírmelo en persona.

—Mi esposo y yo ya habíamos hablado de ello la última vez que estuvo en casa de permiso. Siempre me hablaba de Lucca. Decía que era su mejor amigo.

—Lo comprendo, Lucca sentía lo mismo por su marido —replicó Annabelle.

—Bueno, me tengo que ir —dijo la mujer con una sonrisa bañada en lágrimas—. No se le olvide, me ha prometido ir a visitarme un día a Nápoles.

—No lo olvidaré, descuide. Permítame que la acompañe al coche.

Annabelle puso la mano en el brazo de la mujer al pasar y lo estrechó suavemente.

—Vaya con cuidado. Aunque el viaje no es largo, ahora tiene que cuidar también de su bebé.

—Lo haré —dijo Stefana asintiendo con la cabeza—. Es todo lo que me queda de Leo.

Con las lágrimas en los ojos, salió por la puerta del brazo de Lucca, mientras Annabelle los observaba con el corazón compungido.

Durante mucho tiempo, había deseado tener un bebé de Ryan, incluso aunque su matrimonio no hubiera funcionado. Pero ahora ya no estaba tan segura. Stefana tendría que criar y educar a su hija sola. Sería una tarea difícil. Y no sólo por lo que tendría que trabajar para sacar adelante a su hija, sino por las carencias afectivas que tendría que cubrir para que su hija no se sintiese diferente, sin tener un padre como las demás niñas.

Absorta en sus pensamientos, apenas se dio cuenta de cuando Lucca volvió a entrar en casa. Tenía la cara demacrada. El recuerdo de su amigo Leo le había afectado mucho.

—Deberíais ser muy amigos para que ella haya venido a pedirte que seas el padrino de su hija.

—Ser compañeros de vuelo crea unos lazos muy especiales —dijo él con la tristeza dibujada en su rostro—. Éramos como hermanos, llevábamos juntos más de cinco años y teníamos intención de abrir un pequeño negocio entre los dos cuando nos

retirásemos del servicio. Pero el destino tenía otros planes reservados para nosotros.

—¿Tiene familiares que le puedan echar una mano?

—Sí, muchos —respondió él—. Me telefoneó ayer y me dejó un mensaje. Cuando la llamé y le dije que había vuelto de Oriente Medio, me dijo que vendría a verme.

—Es encantadora. No me cabe ninguna duda de que serás un padrino maravilloso.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Necesitas de verdad que te lo diga? Eras el mejor amigo de Leo. Estoy segura de que, allá donde esté, se sentirá orgulloso y feliz de que le hagas ese honor a su hija.

Cuando menos se lo esperaba, vio encenderse un rayo de luz en la mirada sombría de Lucca.

—Eres justo lo que el médico me ha recomendado. ¿Cómo has vuelto hoy a casa tan pronto?

—Todos querían terminar pronto para poder disfrutar del fin de semana.

—Mi padre está en Milán, así que vas a estar libre todo este tiempo, ¿no?

—¿Cómo sabes lo del viaje de tu padre? —preguntó ella sorprendida.

—Lo llamé anoche y se lo conté todo.

Ella dejó escapar un suspiro de satisfacción y estuvo a punto de arrojarse sobre él para darle un abrazo, pero se contuvo finalmente.

—¿Cuando dices que se lo contaste todo, quieres decir todo, todo?

—Sì.

—Gracias a Dios —exclamó ella muy emocionada.

Pero eso significaba que Guilio tendría que adelantar la fecha del lanzamiento de su nuevo coche si quería darle una sorpresa a Lucca. Probablemente hubiera ido a Milán por esa razón.

—Comprendo la preocupación que tenías y admiro tu lealtad hacia mi padre.

—Es un hombre excepcional para trabajar con él.

Lucca sonrió, pareciendo indicar que tenía su propia opinión sobre el asunto.

—Tuvimos una conversación sobre la hermosa *signorina* Marsh. Le dije que me gustaba tu compañía y que quería que te quedaras en casa.

Ella lo deseaba más que nadie. Era emocionante despertarse por la mañana y saber que Lucca estaría en casa, que podrían hablar y

preparar la comida, y estar juntos.

—Tómate tu tiempo para decidirte —prosiguió él—. Disfruta mientras tanto de tus días libres. Por cierto, ¿qué planes tienes?

—Pensaba tomar el coche y recorrer la costa. Si te apetece puedes venir conmigo.

—Me temo que no puedo nadar todavía.

—No sé por qué lo dices. No entraba en mis planes ir a la playa a bañarme. Prefiero disfrutar del paisaje. Además, Giovanni, el fotógrafo, me advirtió que no tomase el sol —dijo ella con una sonrisa—. Bueno, si te apetece venir conmigo, nos vemos en el coche.

Cuando ella salió minutos más tarde, vio que él estaba ya esperándola, sentado en el asiento del acompañante. Se sentó al volante con una sensación de libertad y felicidad.

Lucca se volvió hacia ella, pero Annabelle no pudo verle los ojos porque se había puesto unas gafas oscuras de sol.

—¿Cuál ha sido el veredicto? ¿Va a dejarme mi enfermera en la estacada, o podré contar con ella cuando la necesite? Normalmente, es por la noche cuando tengo más problemas. No te puedes imaginar lo tranquilo que me siento sabiendo que estás en la habitación de al lado.

—Aún no he tomado ninguna decisión.

—Supongo que, después de tu divorcio, habrás tenido momentos en que habrías querido tener a alguien a tu lado en quien poder confiar. Yo puedo ser tu paño de lágrimas, si me dejas.

Sí, había habido momentos en que le hubiera gustado contar con la ayuda de alguien, Lucca demostraba ser un hombre muy sensible. Durante mucho tiempo, había pensado que nunca más volvería a confiar en ningún hombre y mucho menos a desearlo. Estaba convencida de que la traición de Ryan le había destruido para siempre el corazón, pero ahora se daba cuenta de que sólo había estado adormecido y que Lucca había conseguido despertarlo.

—Eres como tu padre, siempre tienes que salirte con la tuya.

—Me gusta que me compares con él, pero la verdad es que somos diametralmente opuestos.

Ella se echó a reír y puso el coche en marcha.

Lucca conocía muy bien la zona y le fue guiando para que pasara por los sitios con las vistas más espectaculares, a través de montañas, acantilados y laderas plantadas de viñedos.

Cuando cayó la tarde, se pararon en un pintoresco pueblo pesquero, a las afueras de Salerno, que tenía una playa de arena negra. Entraron en una taberna típica, que tenía reputación de tener

buen pescado y marisco. Había gente bailando en una terraza que daba al mar.

Todo parecía perfecto. Quizá demasiado, pensó ella.

—¿No está el pescado a tu gusto? —le dijo él mirándola fijamente.

—Está delicioso.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara de angustia? Supongo que habrás salido a cenar con otros hombres después del divorcio, ¿no?

—Sólo en comidas de negocios.

—¿Ésa es la razón por la que no quieres quedarte a vivir en casa conmigo? No sé por qué tengo la impresión de que te preocupa mucho que mi padre pueda cambiar la opinión que tiene de ti, si decides quedarte.

Annabelle lo miró a los ojos a través de la luz de la vela que había en el centro de la mesa.

—No es sólo por tu padre, es también por ti. Ya ves, he llegado a sentir reverencia por los dos.

Reverencia. Una palabra interesante, se dijo Lucca. Más profunda que admiración o respeto, pero no tanto como amor.

Era difícil decir si sus ojos eran ahora azules o violetas. Lucca había observado ese fenómeno cada vez que ella se alteraba emocionalmente.

Mientras estaban cenando, había tenido la tentación de sacarla a bailar, pero el médico le había prohibido hacer cualquier tipo de actividad. Sin embargo, no podía apartar de su mente aquella cara y aquel cuerpo que había sentido anoche tan cerca. Necesitaba sentirla entre sus brazos. Olía tan bien como las flores que crecían en el jardín de su casa. Mejor aún, porque ella era una mujer con su propia fragancia femenina.

No podía olvidar los momentos que la había tenido cerca. Cuando la abrazó en el asiento de atrás del coche, la tarde que estuvieron fregando juntos los platos, la noche que le colocó las almohadas entre las piernas para que pudiera dormir mejor…

Ella había conseguido despertar en él unos deseos más profundos que ninguna otra mujer.

Se dio cuenta de que estaba navegando por aguas muy profundas. Nunca en la vida había tenido celos de otro hombre, pero sospechaba que su exmarido aún llenaba parte de su corazón. De lo contrario, ya se habría casado otra vez o habría tenido al menos una relación estable con algún hombre.

Annabelle tenía un aire tan frágil y vulnerable que suscitaba el instinto de protección de los hombres que trataban con ella, como

Mel Jardine o su propio padre. Pero él no quería caer embrujado por su hechizo. Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

Ella, sorprendida por su gesto repentino, se levantó también de la mesa.

—¿Sientes algún dolor? —susurró ella, en voz baja.

Sí. Sentía un dolor, pero no del tipo al que se refería. Puso unos billetes sobre la mesa.

—Un poco. Tenía tantas ganas de pasar el día contigo que me dejé en casa las pastillas.

—Entonces tendremos que volver enseguida —dijo ella algo azorada.

Annabelle siguió a Lucca hacia la puerta ante las miradas de admiración de los hombres que había en la taberna, que no paraban de fijarse en sus maravillosas piernas, en sus caderas y en el resto de sus muchos atributos femeninos que brillaban a la luz de las velas.

Cuando llegaron al coche, ella le abrió la puerta muy solícita y esperó a que él acomodase la pierna en el asiento antes de cerrarla. Era la enfermera ideal.

Pero, ¿sería sólo eso para ella, un paciente?, se preguntó él.

No se cruzaron una sola palabra en todo el viaje hasta que llegaron a casa. Lucca entró y se tomó un analgésico. Ella iba ya camino de la habitación cuando le escuchó desde el pasillo.

—He pasado un día muy feliz a tu lado, Annabelle.

—Yo también.

—Sabiendo lo que estimas a mi padre, quiero que sepas que me pidió que te tratara como a una princesa. En otras palabras, me dio su bendición, porque te aprecia mucho y quiere confiar en mí. Dada mi reputación, inmerecida por otra parte, creo que es mi obligación ahora ganarme su confianza. Y la tuya.

—Hasta ahora, te has portado bien —replicó ella con una sonrisa.

—No esperes que eso dure siempre —dijo él muy serio, mirándola fijamente—. Te asustaría si te dijera lo que siento cuando estás cerca de mí. *Buona notte*.

Annabelle entró en su dormitorio y cerró la puerta. Apoyó la espalda en ella y se cubrió la cara con las manos. Lucca, Lucca. Cada vez que la miraba sentía un fuego abrasándole el cuerpo. Esa noche en el restaurante, cuando él la había ayudado a sentarse a la mesa, y le había tocado el hombro, había sentido un escalofrío por la piel.

Acabaría echándose en sus brazos como una tonta. Y una vez que lo hiciese le sería ya imposible separarse de él. Pero cada vez que lo miraba, le encontraba tan frágil con aquel dolor que sentía y con aquellos recuerdos angustiosos que no le dejaban descansar…

Al día siguiente por la mañana, recogería sus cosas y se trasladaría al hotel antes de irse a la sesión fotográfica. A esa hora, él estaría dormido y, cuando se despertase, comprendería que había hecho lo mejor para los dos.

No pudo conciliar el sueño en toda la noche. A las siete, la despertó un ruido. Se incorporó en la cama. Tal vez fuera Lucca que había ido a la cocina a prepararse un té con limón.

Volvió a oírlo otra vez. Era un sonido lúgubre, como el lamento de un animal herido. Se puso la bata y abrió la puerta del dormitorio. Se dio cuenta entonces de que provenía del cuarto de Lucca. Debía estar en medio de una de sus pesadillas. Sin duda, la visita de Stefana habría vuelto a reavivar los amargos recuerdos latentes en su subconsciente.

Se acercó de puntillas a su habitación. Lucca estaba acostado boca abajo y desnudo de cintura para arriba. La colcha de la cama estaba tirada por el suelo. Estaba sudoroso y temblando. Tenía convulsiones que le hacían estremecerse. Escondía la cabeza debajo de la almohada como si quisiera evadirse de algo terrible que estuviera reviviendo. Lo miró con ternura y se sentó a un lado de la cama. Contempló su cuerpo duro y terso como una barra de acero.

Le puso una mano en el hombro y la otra en la cadera.

—Lucca —le dijo en un susurro—. Vamos, despierta. Estás soñando.

Con una increíble habilidad, propia sólo de una enfermera profesional, le dio la vuelta suavemente hasta ponerle boca arriba. Escuchó algunas palabras ininteligibles de su boca.

Vio unas lágrimas en sus ojos que le llegaron al corazón. Se inclinó entonces hacia él y lo besó tiernamente en los ojos y las mejillas.

—Lucca —repitió ella de nuevo—. Tranquilízate, ya no estás en el ejército. Estás en casa, a salvo.

Deslizó los labios muy despacio por cada milímetro de su cara, mientras le daba un masaje en los hombros para que se relajara y alejase de sí todos sus temores.

—¡Shhh! —susurró ella mojando los labios en sus lágrimas—.

No estás solo. Estoy aquí a tu lado.

Justo cuando pensaba que no conseguiría calmarle, escuchó su voz débilmente.

—¿Annabelle?

—Sí —respondió ella, aliviada de que hubiera vuelto a la realidad.

Era un hombre que había sufrido demasiado. Había resultado herido y había perdido a su mejor amigo. Lo acunó en sus brazos. Él trató de estirarse en la cama.

—Ten cuidado con la pierna… —le dijo ella.

—Sí, procuro tenerlo —afirmó él—. Pero deja por un instante tu papel de enfermera y dame un beso para que sepa que no estoy soñando.

Lucca tomó la cara de Annabelle entre las manos y la besó suavemente en la boca. Ella respondió a su beso con pasión, abriendo los labios.

Estuvieron así con las bocas enlazadas hasta que se quedaron sin aliento. Fue un beso largo, lleno de ternura a la vez que de pasión.

El tiempo pareció detenerse. Por eso ninguno escuchó los golpes que alguien estaba dando en la puerta de la casa. Al fin, Lucca se apartó unos centímetros de ella con un gemido amoroso y se sentó en la cama para escuchar. Ella le contempló así, medio desnudo, y le pareció más bello que todos los dioses romanos y griegos juntos.

Los golpes se hicieron más fuertes e insistentes.

—Parece que alguien quiere verte.

—Tal vez sea Basilio, con algún mensaje de tu padre. Debe ser muy importante para venir a esta hora. Lo que no sé es por qué no me ha llamado al móvil. Tiene mi número.

Annabelle se bajó de la cama, totalmente desorientada y con el pelo revuelto. Notaba un pequeño sarpullido en la cara a consecuencia de los besos de Lucca, aún sin afeitar.

—Tú quédate aquí, Lucca. Yo iré a ver quién es.

—Vuelve pronto —respondió él, con los ojos encendidos de pasión.

El tono apagado de su voz la hizo estremecerse. Cerró la puerta de la habitación y se dirigió a la cocina, mientras se abrochaba el cinturón de la bata.

—¿Quién es? —preguntó ella por detrás de la puerta.

—¿*Signorina* Marsh? Soy Fortunato Colombari.

El nieto de Guilio. No lo conocía, pero había oído hablar de él. Se dio un respiro antes de abrir la puerta. Vio a un muchacho de pelo rubio oscuro de unos dieciséis o diecisiete años, mirándola fijamente con sus ojos castaños de arriba abajo, como un hombre mira a una mujer hermosa. ¿Habría advertido la inflamación de sus labios?

—Mi *mamma* me ha enviado para ver si necesita algo —dijo el chico en un perfecto inglés—. Como mi abuelo Guilio está en Milán, estaba preocupada por si…

—Tu madre es muy amable. Encantado de conocerte, Fortunato.

—Lo mismo digo. Le he traído estos melones, de parte de mi *mamma*. Se los pondré encima de la mesa —dijo el chico pasando a la cocina con su cesta, sin pensárselo dos veces.

Cuando ella cerró la puerta, vio al chico mirando muy sorprendido alrededor. La cocina tenía un aspecto deplorable.

Lucca debía haber llegado anoche muy cansado y había dejado la ropa en una silla. Los calcetines y los zapatos estaban tirados por el suelo, cada uno por su lado. Había recogido los platos de la mesa después de la comida con Stefana, pero los había dejado en el fregadero sin lavar.

Ella, por su parte, había estado tan pendiente de él que ni siquiera había entrado anoche en la cocina. Fortunato lo había visto todo y habría llegado a la conclusión obvia de que no estaba viviendo sola en la casa. Tenía un invitado. Y bastante desordenado, por cierto.

—Has sido muy amable trayéndome esas frutas, Fortunato. Por favor, dale a tu madre las gracias en mi nombre.

El muchacho volvió a echar un vistazo a la cocina y sonrió de forma diabólica.

—Le diré que está disfrutando mucho en Italia —Annabelle sintió un intenso rubor subiéndole por las mejillas, como si un inspector de policía le estuviese acusando de ser una delincuente—. Le diré también —añadió el chico ya desde la puerta— que es usted más *squisita* de lo que lo que el abuelo decía. Cuando las mujeres de nuestra familia la conozcan se pondrán celosas y los hombres se arrepentirán de no haberla conocido antes. *Ciao, signorina*.

Fortunato le lanzó un beso con la mano y se fue corriendo a su coche: un fabuloso Amalfi de color champán de cuatro puertas.

—Veo que has hecho una nueva conquista —dijo Lucca llegando por detrás.

Antes de que ella pudiera reaccionar, la agarró de la cintura y la besó en la nuca. Ella se estremeció y emitió un leve gemido, sintiendo que se le ponía la carne de gallina. Sintió un deseo irrefrenable de volver con él a la habitación a terminar lo que habían dejado a medias, pero se contuvo. Sabía que no debía hacerlo.

—Lucca, ese chico sabe que…

—Sabe que hay un hombre en casa —replicó él, besándola de

nuevo en el cuello y en los hombros—. Pero no sabe quién. Cuando le diga a su *mamma* que la *squisita signorina* tiene a un hombre en casa, se pondrá a hacer averiguaciones. Pero, ¿qué importa? Papa está al tanto de todo. Y ahora, princesa, lo siento pero no puedo más.

Lucca se dio la vuelta, para ponerse frente a ella, la estrechó entre sus bazos y la besó apasionadamente en la boca, hasta que ella sintió que su cuerpo empezaba a derretirse.

Podría haber permanecido pegada a su cuerpo toda la eternidad, pero temía que la madre de Fortunato pudiera aparecer en cualquier momento y les sorprendiera. Se apartó unos centímetros de Lucca que la miró fijamente durante unos instantes con gesto comprensivo.

—No te preocupes. Fortunato es inofensivo.

—Pero le contará a todo el mundo lo que ha visto y se irá diciendo por ahí que la signorina Marsh tiene un amante.

—Eso te asusta, ¿verdad? —dijo él poniéndole las manos en los hombros—. Algo me dice que esto tiene mucho que ver con tu exmarido. Algunas mujeres se sienten culpables por disfrutar con otro hombre, incluso después de divorciadas. Muchas veces, eso significa que se imaginan que siguen enamoradas de su ex y que aún esperan que él vuelva con ella.

—Puede que hayas conocido a alguna mujer así, pero esa teoría tuya me parece descabellada y, en todo caso, no tiene nada que ver conmigo —replicó ella muy convencida.

—¿De veras? —exclamó Lucca que no parecía darse por vencido hasta que no consiguiese la respuesta que andaba buscando—. No creo que Ryan dure mucho con su mujer actual, ni aunque tengan un bebé. Puedes darlo por descontado.

—Puede que tengas razón, pero si pudieses verme el corazón, descubrirías que no queda dentro ningún rastro de él. Todo lo que pude sentir por Ryan murió el mismo día en que me enteré de que me había traicionado.

Él no pareció muy convencido y la miró con gesto serio como si pensara que le estaba mintiendo. Ella estuvo a punto de echarse a llorar. Costaba creer viéndolos ahora que hubieran estado, momentos antes, besándose de aquella forma tan apasionada.

—¿Crees sinceramente que me habría cambiado de hospital y que me habría ido a trabajar con Mel, si hubiera albergado la menor esperanza de que Ryan pudiera volver arrepentido a pedirme una segunda oportunidad? Créeme, no siento ya absolutamente nada por él.

—Está bien, me has convencido. Prometo no volver a hablarte más de él.

—Gracias —dijo ella con voz temblorosa.

—Pero si no se trata de tu exmarido, ¿qué te pasa entonces? —dijo él, con el ceño fruncido.

—No sé lo que quieres decir —replicó ella, no muy segura de sí.

—Le prometí a mi padre que me portaría bien contigo. Parece como si lo único que te preocupara fuera cuidar tu imagen ante él. Déjame decirte algo sobre mi padre, Annabelle. Si tú fueras una mujer frívola, él se habría dado cuenta de ello nada más verte y no te habría contratado de modelo para su campaña. Eres alguien muy importante para él. Y tú lo sabes.

—Sí. Y por eso quiero que esa amistad y ese respeto mutuos continúen.

—Bueno, dejemos esto de una vez —dijo Lucca—. ¿Qué te parece si nos ponemos el bañador y bajamos a la playa? Te buscaré una pamela de mi madre para que no te dé el sol. Alquilaremos una barca y pasaremos todo el día en el agua.

—Me parece una idea maravillosa —respondió ella.

Se cambió deprisa, temiendo que alguien pudiera llamar de nuevo a la puerta. Cuando volvió a la cocina unos minutos después, vio a Lucca esperándola con una cesta en la mano.

—He preparado un picnic.

—Eres increíble. ¿Has tomado tus píldoras?

—Sí, enfermera.

Ella se dirigió al coche para abrir el maletero. Él la siguió y metió las cosas. Una vez dentro, él se puso las gafas de sol y la miró muy sonriente.

—No hay nada como tener un chófer y un médico privados. Empieza a gustarme esto.

—Aprovéchate. Cualquier día de éstos, el médico le dirá al piloto de combate que ya se ha recuperado lo suficiente como para ponerse de nuevo al volante de su coche.

Él se echó a reír, mientras ella enfilaba el carril de incorporación a la carretera principal.

—Pareces feliz.

—Lo estoy —respondió ella.

—¿A pesar de que tuviste que consolar esta mañana a un veterano de guerra?

—Mentiría si te dijera que no disfruté con ello. Cuando te desperté con mis besos, fue como si me demostraras que hay vida después de la muerte.

—No sabes cuánto me agrada escuchar eso.

—¿Me odiarías si te dijera que te estoy agradecida por haberme hecho sentir de nuevo mujer?

—Sólo te he besado dos o tres veces.

—Han sido suficientes.

—¿De veras lo crees así? ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Casi veintisiete.

—¿Sabes que eres un chica muy hermosa?

—No soy una chica —dijo ella, a pesar de que Guilio la llamaba la chica Amalfi.

—Eres la mujer con la que cualquier hombre soñaría. No dejes que tu ex te distorsione la verdad. Esta mañana he descubierto la mujer tan tierna, amorosa y comprensiva que eres.

—Eso significa que también hay aún esperanza para ti. Para ser dos supervivientes no lo estamos haciendo tan mal, después de todo —dijo ella con una sonrisa—. Aún nos quedan unos kilómetros para llegar al puerto. Háblame mientras de tus hermanastros. ¿Cómo se llaman…?

—Ruggero y Tomaso.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Al principio, hubo algunas diferencias. Tuvimos que vivir juntos en una casa de la montaña.

—No me figuraba que pudieran tener ya unos hijos tan mayores como Fortunato.

—Me sorprende que mi padre no te haya hablado de ellos.

—Tengo la impresión de que crees que me he pasado horas y horas hablando con tu padre —dijo ella poniéndose las gafas de sol —. Pero estás equivocado. Guilio estuvo en Los Ángeles sólo dos días y estuvimos casi todo el tiempo reunidos con Mel, hablando de cosas del trabajo. Cuando llegué a Roma la semana pasada, vino a recogerme al aeropuerto y desde entonces no hemos hecho otra cosa que trabajar.

—¿No me vas a preguntar por mi madrastra?

—No. Aún no la conozco. Pero sé lo mucho que querías a tu madre.

—Sí, la adoraba, pero he llegado a sentir un gran afecto por María.

—Me agrada oírte decir eso. ¿Y cómo es la madre de Fortunato?

—Estuve saliendo con Cellina, además de con otras chicas, antes de unirme a la fuerza aérea.

—¿Era ella otra razón por la que no querías que nadie supiera que estabas en casa?

—No —respondió él de forma tajante—. Ya conoces mi única razón. No quería que mi padre supiera que estaba en casa hasta que yo pudiera decírselo en persona. Pero, para satisfacer tu curiosidad, te diré que si hubiera estado enamorado de ella no me habría ido de Ravello.

Annabelle se sentía tan fascinada por Lucca que no podía dejar de hacerle preguntas.

—¿Siguen mal las relaciones entre Ruggero y tú?

—No, ya no. Pero al principio creo que mi hermanastro estaba deseando que estudiase alguna carrera que me tuviese alejado de la ciudad el mayor tiempo posible.

—Me pareció algo extraño que me mandase melones.

—No tienes por qué extrañarte. Toda la familia debe estar intrigada por el afecto repentino que mi padre le ha tomado a la joven americana que conoció en California.

La química entre ellos era cada vez más palpable.

—¿Qué te parece un poco de música? —dijo ella conectando la radio y pasando los canales hasta encontrar uno de melodías italianas.

Después de aquella conversación, necesitaba algo que la ayudase a contener los sentimientos que él había despertado en ella. Cuando vio el cartel que anunciaba la salida al puerto deportivo, sintió un sobresalto en el corazón. Iban a pasar toda la tarde juntos en una barca. Pasó junto a una serie de lanchas amarradas en el muelle y se detuvo frente a la oficina.

—Vuelvo enseguida —dijo él.

Pero antes de que ella se diera cuenta de nada, Lucca le pasó una mano por detrás de la cabeza y la besó ardientemente en la boca.

Annabelle se quedó suspirando cuando él apartó la boca de la suya y salió del coche.

Capítulo 6

El lunes por la mañana, Lucca oyó el coche de su padre deteniéndose a la entrada de la casa. Salió corriendo a saludarlo y se abrazaron.

—Por fin estás en casa, hijo. Y para siempre. No me lo puedo creer —dijo Guilio, abrazándole de nuevo.

—Entra en casa, *papa*. Te he preparado un té con limón tal como lo hacía *mamma.*

—Llevo años sin probarlo.

—Tu desayuno favorito nos está esperando en la terraza. Huevos, fruta, yogures y pastelitos.

—Veo que sólo tienes una leve cojera, gracias a Dios —dijo Guilio, siguiéndole los pasos.

—Cuando se me vaya el dolor, no se notará. Ven a sentarte.

Guilio miró la mesa con atención, mientras Lucca le observaba expectante.

—Has puesto margaritas en el centro, como solía hacer tu madre. Como si no hubiera ya suficientes en la finca… —dijo Guilio tratando de ocultar su emoción.

—¿Cómo te va el trabajo últimamente, *papa*?

—Ni tus tíos ni yo podemos quejarnos. Estamos abriendo nuevos mercados y vamos a tener que ampliar el negocio. Necesitaremos más ayuda…

—Me alegra de que te vaya tan bien, papa.

—Por lo que veo, sigues decidido a hacerte agricultor, ¿no es así? —dijo Guilio con una sonrisa.

—Sí. Por eso quería esas dos tierras. Pienso montar un gran negocio agrícola.

—Has salido a tu abuelo.

—Sólo en parte. Creo que también he sacado algo de *mamma*. Ella también ayudaba en las fincas cuando era joven. Y también debo tener algunos genes tuyos. A ti te gustan los coches y a mí los aviones. Creo que tengo un poco de los dos.

Su padre lo miró detenidamente durante un buen rato, sin que Lucca fuera capaz de desentrañar lo que estaba pensando.

—Nunca me perdonaste que me casase con María al poco de morir tu madre —dijo Guilio sin ningún tipo de preámbulos—. Y no te culpo. Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar.

Lucca se quedó sorprendido por aquel comentario inesperado de

su padre.

—Eso pasó hace ya mucho tiempo. Creo que no tiene sentido volver a hablar de ello.

—Tal vez no para ti, pero sí para mí. Como sabes, Donata y yo éramos novios ya desde niños. Amaba tanto a tu madre que cuando murió pensé que no podría soportarlo. Fuimos muy felices. Cuando tú viniste al mundo, después de muchos intentos, tu madre supo que ya no podría tener más hijos. Había sufrido ya antes cuatro abortos involuntarios.

—No lo sabía —exclamó Lucca, estupefacto.

—Queríamos tener una familia muy numerosa. Ella fue la madre más dulce que podías haber tenido. Eras nuestro único hijo y ella volcó en ti todo su afecto. Creo que hubo un tiempo en que llegué a estar incluso un poco celoso —dijo Guilio muy emocionado tratando de contener las lágrimas—. Yo conocía a María desde que íbamos a la escuela. Su marido murió de forma repentina de un ataque al corazón y eso supuso también para ella un golpe muy fuerte. Coincidíamos en la iglesia y en el cementerio. Compartíamos el mismo dolor y hablábamos de vez en cuando tratando de consolarnos mutuamente. Éramos dos personas con el corazón roto y había detrás tres niños que necesitaban un padre y una madre. Comprendí que casándome con ella podríamos ofrecerles una vida mejor. Los hijos fue en lo único que pensamos al principio. María y yo nos teníamos afecto y nos respetábamos. Pero con el tiempo llegué a amarla. De una forma diferente, eso sí, que a tu madre. Es una mujer bondadosa y una buena compañera que me ha apoyado siempre en todo lo que he hecho.

—¿Crees que no lo sé? Por eso la aprecio y la respeto.

—Quizá ahora sí, pero no al principio. Cuando te fuiste a Bari, me dejaste desolado porque no quería perderte a ti también. No me había recuperado aún de la muerte de tu madre y quería tenerte a mi lado. Pero cuanto más lo intentaba, más te alejabas de mí —Guilio se levantó de la mesa y se acercó su hijo—. ¿Podrás perdonarme alguna vez, hijo?

Lucca, con un nudo en la garganta que casi le impedía hablar, se abrazó a su padre.

—Yo soy el que tiene que pedirte a ti perdón.

—María y yo tenemos pensado hacer una fiesta familiar el sábado. Vendrán también algunos amigos y gente del trabajo. Ahora que estás aquí, nos gustaría que se convirtiera en una verdadera fiesta de bienvenida en tu honor. ¿Qué te parece?

—Muy bien, papa, estoy deseando que llegue el día.

Guilio se echó a llorar. Lucca no había visto a su padre así desde aquel triste día en que el médico del hospital reunió a la familia, en la habitación donde estaba su madre, para comunicarles que estaba agonizando. Con la diferencia de que ahora eran lágrimas de alegría.

—Vamos —dijo su padre finalmente, limpiándose de nuevo los ojos con el dorso de la mano—. Iremos con el coche a ver esas tierras. Llevan mucho tiempo abandonadas, por eso quería venderlas. Pero me alegra que tengas ganas de hacer cosas, estoy deseando oír tus proyectos.

—La luz es perfecta. Annabelle, tú te sentarás en el coche, en el asiento del acompañante, con un pie fuera, como si estuvieras enamorada de este campo de girasoles y estuvieras a punto de salir del coche para ir corriendo hacia él. ¿Puedes darme esa imagen?

Pero Annabelle tenía el pensamiento puesto en lo feliz que había sido ese fin de semana con Lucca. El sábado habían alquilado una barca y habían ido bordeando toda la costa disfrutando del paisaje, entre torres medievales y laderas de viñedos, mientras él le había ido contando historias y anécdotas de cada lugar. Le había hablado de su deseo de convertirse en agricultor y trabajar la tierra, pero poco a poco la conversación había ido derivando hacia ella. Lucca quería conocer sus planes para el futuro. Cuando ella le dijo que volvería algún día a ejercer de enfermera, él le dijo que debería especializarse en el cuidado de veteranos de guerra, porque tenía las dos cualidades necesarias para ello: empatía y comprensión.

El domingo habían vuelto a salir con la barca a ver otros lugares. Lucca estaba más tranquilo. Había dormido bien la noche anterior sin sufrir pesadillas. Habían pasado por muchos sitios de interés turístico y por varias islas muy pintorescas. Los dos habían disfrutado mucho. Tuvieron tiempo de comer, beber, leer, charlar y hasta de echar una cabezadita. Había sido un fin de semana feliz y muy beneficioso para la salud de Lucca y quizá también para la suya.

—Annabelle necesita un poco más de color en las mejillas. Quiero que el pelo le caiga suelto por el hombro izquierdo —dijo Giovanni—. Basilio, mira ese reflejo rubio platino que producen los rayos del sol sobre su pelo. Así está perfecto. Es el escenario ideal, con la bahía de Nápoles al fondo. ¡No te muevas! ¡Empezamos!

Annabelle estaba admirada de lo bien que habían conseguido coordinar los colores. El Amalfi descapotable, color yema de huevo, hacía juego con la tapicería de cuero en tono crema mate. Marcella le había puesto una blusa de manga corta color hueso, unos

pantalones plisados y una chaqueta de cuatro bolsillos con ribetes dorados en las solapas.

—*Perfetto! Perfetto!* —exclamó Giovanni—. Ahora quiero que salgas y te apoyes en el coche con la puerta abierta. Pon el pie izquierdo así… Sostén la cesta de girasoles, mientras sacas una de las flores y la contemplas con admiración. Quiero que tu sonrisa tenga, esta vez, un aire misterioso, como si encerrara algún secreto.

Pero Annabelle seguía pensando en Lucca. Sabía que iba a invitar a desayunar a su padre esa mañana y se preguntaba cómo le habría ido. Ojala hubieran conseguido reconciliarse.

—Ésa no es la sonrisa que busco*, signorina*. ¿En dónde tienes la cabeza?

—Estaba pensando en lo duro que se me va a hacer dejar Italia —le respondió a Giovanni.

—¡Entonces no te vayas! Estoy seguro de que Basilio podrá convencer al *signore* Cavezzali para que te quedes. Y, ahora, ponme esa sonrisa enigmática que te he pedido.

Annabelle siguió todas sus instrucciones al pie de la letra y al final, después de un par de horas, dieron por terminada la sesión fotográfica a gusto de todos. Annabelle subió muy satisfecha a la camioneta, se cambió de ropa y se quitó el maquillaje. Una vez vestida con una blusa y una falda, se despidió de todos. Basilio le recordó que tenían una sesión en Ravello al día siguiente. Feliz de saber que tendría el trabajo cerca de casa, montó en el coche y echó una ojeada al móvil para ver si tenía algún mensaje. Sintió un sobresalto al ver que tenía una llamada perdida de Lucca. Le había dejado un mensaje.

Papá y yo hemos pasado el día juntos y hemos salido a ver esas fincas de las que te había hablado. No sé cuándo volveré a casa. Ciao, bellissima.

Sonrió feliz. Aquello sonaba mucho mejor de lo que se había imaginado.

Cuando llegó a casa, trató de hacer algo para no obsesionarse con el recuerdo de Lucca. Se puso a lavar algunas cosas. Nada más acabar, escuchó que alguien estaba llamando en la puerta. Tal vez fuera Fortunato, de nuevo. Acudió a abrir.

—*Buon giorno, signorina*. Permítame que me presente. *Io sono* Cellina Colombari, la *mamma* del muchacho que vino el otro día a verla.

—Sí, claro —dijo ella sonriendo—. Me he comido ya uno de los melones que me trajo. Estaba delicioso. Ha sido usted muy amable.

La exnovia de Lucca debía de tener unos treinta y seis años. Era un ejemplo genuino de la belleza italiana, con el pelo rubio oscuro y los ojos negros como el carbón. Debió haberse quedado embarazada de Fortunato a los diecinueve o veinte años.

—Pero pase. He estado todo el día trabajando y acabo de llegar —dijo Annabelle acompañándola al cuarto de estar—. Siéntese, por favor.

—Gracias —replicó la mujer sentándose en el sofá rosa—. Cuando Guilio me dijo que estaba viviendo aquí, pensé que se sentiría muy sola. Yo no sabría vivir sin mi marido y mi hijo.

—Desde que me divorcié, me he acostumbrado ya a vivir sola.

—Debió haber sido muy duro para usted. Basilio perdió a su esposa el año pasado.

—Lo comprendo.

—¿Lo encuentra usted atractivo?

Annabelle sabía a dónde quería ir a parar. Fortunato no había perdido el tiempo.

—Creo que todos los hombres italianos son muy atractivos. ¿No le parece? —respondió Annabelle muy diplomáticamente, guiñándole un ojo.

Cellina pareció al principio sorprendida, pero luego sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí —replicó ella algo sorprendida, con una sonrisa.

—Cuénteme cosas de usted y de su familia —le dijo Annabelle —. Me gustaría ponerme un poco al corriente antes de la fiesta que Guilio piensa dar el sábado.

Las dos mujeres se pusieron a charlar durante cerca de veinte minutos y luego Cellina dijo que tenía que irse a casa a hacer la cena. Annabelle se despidió de ella, complacida de haberla conocido. Al menos Cellina ya no sería una extraña para ella el día de la fiesta.

Lucca aún no había regresado, ni la había llamado tampoco por teléfono. Incapaz de soportar la soledad por más tiempo, salió de casa y se fue a dar un paseo. Aún hacía mucho calor en la calle y decidió volver por el sombrero para protegerse la cara del sol.

A última hora de la tarde, se tomó un refresco y se encaminó hacia la colina que llevaba a la casa de Lucca. Por el camino, sonó el móvil. ¡Era Guilio!

—¿Hola?

—¿Annabelle? Eres un pozo de sorpresas, pero te perdono de todo corazón por haber ayudado a mi hijo a recuperarse.

—Deberías habernos visto la noche que él se cayó en el pasillo

—replicó ella algo nerviosa.

—Sí, ya me lo ha contado.

—Supongo que debes estar muy emocionado sabiendo que ha vuelto y que va a quedarse ahora para siempre, ¿no? —dijo ella sin tratar de ocultar su propia emoción.

—No lo sabes bien.

—¿Dónde está ahora? ¿Está contigo?

—Le dejé en su casa hace un rato —replicó Guilio—. Yo estoy ahora aquí en la villa con María.

—Todo bien, ¿no? —exclamó ella apretando el móvil.

—No podrían ir mejor las cosas. Y, en gran parte, te lo debemos a ti. Gracias por guardarme el secreto. Su llegada prematura ha venido a trastocar un poco mis planes. Ya no puedo adelantar la fecha de la presentación oficial que tenía prevista en agosto, pero puedo rendirle un homenaje durante la fiesta familiar. En vez del sábado será ahora el miércoles por la noche. Llamé a Mel para que cambiase el vuelo. Todos los reportajes tienen que estar acabados para entonces. Daremos una especie de mini presentación en honor de mi hijo en el curso de la cual presentaremos a la chica Amalfi.

Sólo quedaban dos días… Había pasado todo como en un sueño. Algunas imágenes se agolpaban en su mente: aquella casa que había llegado a considerar casi su hogar y donde había vivido con Lucca por extrañas circunstancias, las habitaciones, el pasillo… la terraza, la cocina… Todos esos lugares estaban para ella cargados de recuerdos entrañables.

—Ya te contaré todos los detalles —prosiguió diciendo Guilio—

. Pero antes de colgar, quiero darte una vez más las gracias. Lucca me ha dicho que le has estado cuidando mejor que cualquiera de las enfermeras que ha tenido en el hospital. Te lo agradezco en el alma. Sé de buena fuente que le gustaría que te quedaras con él hasta que te marcharas.

Annabelle se sintió decepcionada al oír esas palabras. Había esperado que Lucca hubiera dicho que no quería que ella se marchara nunca. Pero parecía que él sólo la veía como una enfermera, no como una mujer.

—Me siento muy halagada —replicó ella.

—Lucca me ha dicho que cuando vuelvas a Los Ángeles retomarás tu carrera de enfermera y que quizá te especialices en el cuidado de veteranos de guerra como él. Mi hijo siente una gran admiración por ti.

—Bueno, la verdad es que aún no le he dicho nada a Mel —respondió ella con la mirada perdida—. Tendré que hablar con él

antes.

—Supongo que a Mel no le va a gustar, pero te prometo guardarte el secreto. *Ciao*, Annabelle.

—*Ciao*.

Annabelle colgó el teléfono y lo apretó contra el pecho, sintiendo que se esfumaba en un instante la felicidad con la que había soñado.

Lucca escuchó unos golpes insistentes en la puerta. No podía tratarse de Annabelle, porque ella tenía una llave y habría entrado sin llamar. Al llegar, hacía unos minutos, había visto su coche fuera, por lo que se imaginó que habría salido a dar un paseo.

La tenía constantemente en su pensamiento. Por eso se había disgustado cuando no la había encontrado en casa al llegar.

—¿*Signorina* Marsh? —dijo una voz familiar.

Era Fortunato de nuevo. Era un buen chico, a pesar de todo. Tenía algo de malicia, pero era simpático. Vendría a ver a Annabelle seguramente. No se podía negar que tenía buen gusto.

De sus cinco sobrinos, era el que mejor le caía. Fortunato pensaba irse también al ejército cuando fuera mayor, aunque la idea no le hacía feliz a ninguno de su familia.

Cuando abrió la puerta, vio la cara de sorpresa de Fortunato.

—Hola, ¿cuándo has llegado? —preguntó el chico, decepcionado al no ver a quien esperaba.

—Vine la otra noche.

—¿De veras? —exclamó el muchacho muy sorprendido.

—Sí —replicó Lucca con una sonrisa—. Pero venga, pasa y choca esos cinco.

—Bueno —respondió el muchacho, chocando las manos en alto con su tío a modo de saludo.

—¿Cómo te va la vida? —le preguntó Lucca sacando dos ciruelas del frigorífico.

—Bien —dijo el chico mirándolo fijamente—. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar esta vez?

—Esta vez, me voy a quedarme para siempre —dijo Lucca, dándole una de las ciruelas.

—Pensé que ibas a seguir en el ejército hasta que te licenciases —dijo el chico algo perplejo.

—Yo también lo creía, pero cambié de planes.

—¿Por qué?

—Resulté herido en un combate y llegué a la conclusión de que quería hacer algo diferente en la vida.

—¿Sí? ¿Como qué?

—Como ser agricultor.

—¡Estás bromeando! ¿Tú, un piloto de combate, agricultor?

—Eso es. He pasado ya bastante tiempo en el aire. Ahora quiero quedarme en el suelo y tocar la tierra con mis propias manos.

—Eres increíble, tío —dijo el chico echándose a reír, y luego añadió tras echar una ojeada alrededor, mientras Lucca se terminaba la ciruela—: He visto en la entrada el coche de la *signorina* Marsh. ¿Está en casa?

—Si te refieres a la americana que tu abuelo ha contratado, supongo que estará por ahí en algún sitio charlando con sus compañeros de trabajo.

—¡Oh! —dijo su sobrino, algo desilusionado—. La conocí el otro día.

—El abuelo me dijo que trabajaba de modelo publicitaria.

—Sí, eso es lo que yo he oído también —replicó el chico—. Es muy guapa.

—Un poco mayor para ti, ¿no te parece?

—Apuesto a que no tiene más de veinte y cinco —dijo Fortunato algo azorado—. No se pierde nada intentándolo.

—No. Tienes razón.

Lucca ya lo había intentado, pero no con la suficiente convicción.

Pensaba decirle a Annabelle lo que su sobrino había dicho de ella. Le iría bien a su maltrecha autoestima, después del desprecio que le había hecho su exmarido.

Fortunato arqueó las cejas. Era un gesto que había heredado de su padre, Ruggero.

—Creo que ya hay un tipo rondándole.

—¿Cómo sabes eso?

—Vi su ropa tirada en la cocina el otro día. Ya sabes… como si hubieran estado en una orgía de ésas… Es un tipo con suerte. Si yo tuviera sólo unos años más…

—Pero no los tienes —le dijo Lucca, atusándole el pelo con la mano.

—*Mamma* piensa que tal vez pueda ser Basilio.

—Supongo que todo es posible.

—*Papa* dice que Basilio está *gaga* para ella. Creo que no se habla de otra cosa en el trabajo.

—¿Qué se dice?

—Lo bella que es. Deberías verla, tío Lucca. Incluso a ti te podría dar un infarto.

Sí. Había estado a punto de darle algo parecido aquella primera noche en que se le había aparecido como una tigresa rubia platino dispuesta a atacarle con el bastón.

—Incluso a mí, ¿eh? —dijo Lucca a su sobrino, con una sonrisa.

—Bueno, *mamma* dice que tú puedes tener a cualquier mujer que se te antoje.

Lucca deseó que aquello fuera cierto, porque deseaba a Annabelle más que a nada.

—¿No trabajas en la tienda este verano?

—Sí, voy todas las mañanas. Bueno, será mejor que me vaya. *Mamma* tendrá ya lista la cena.

Lucca se dio cuenta de que Fortunato estaba hecho ya todo un hombre. Tenía que decirle a Annabelle que se había erigido en el icono erótico de su sobrino. Y de él también.

—Por cierto…

—¿Sí? —exclamó el muchacho, camino ya del coche.

—Yo soy el tipo afortunado cuya ropa viste tirada por la cocina.

Cuando Annabelle volvió a casa, Lucca la recibió con un abrazo.

—Por fin has llegado. Me has tenido preocupado. ¿Dónde has estado?

—Dando un paseo.

—Me lo imaginaba —dijo él besándola en la boca con pasión.

Annabelle no podía negar que le deseaba tanto como él a ella. Lucca estaba soltero y no sería un hombre si no deseara disfrutar de su enfermera mientras estuviera en casa. Pero quizá él no sintiese lo mismo que ella. Nunca había estado casado, por lo que quizá viese la relación entre un hombre y una mujer de forma distinta que ella. Guilio ya se lo había dicho esa tarde por teléfono. Lucca apreciaba mucho la ayuda médica que le había presado, pero eso era todo. Lo mejor que podía hacer era comportarse de la forma más sensata posible hasta que todo terminase y regresase de nuevo a California.

Ella se apartó unos centímetros de él, los suficientes para mirarlo a los ojos, y le acarició las mejillas con las dos manos.

—Me gustaría saber cómo te fue con tu padre. Sé que te quiere mucho.

—¿Puedo contártelo luego? —replicó él mirándola en la penumbra del recibidor—. Si te soy sincero, en lo único que soy capaz de pensar en este momento es en ti.

Volvió a besarla con tanta pasión como ella nunca había sentido en la vida. Estar con Lucca era como renacer. Él comenzó a llevarla, entre besos, al dormitorio. Pero pensó que estaba jugando con

fuego. Quizá él sólo quería pasar un buen rato y no sintiese lo mismo que ella.

Suavemente, se soltó de sus brazos.

—¿Por qué te apartas de mí?

—No he tomado nada en todo el día. ¿Por qué no salimos a cenar y me lo cuentas todo?

—Perdona, debí haberme dado cuenta. Pero cuando te vi entrar por la puerta, sólo tuve un deseo —dijo él clavando sus ojos en ella —. ¿Necesitas hacer algo antes de marcharnos?

—Voy a refrescarme un poco. No se te olvide esta vez llevarte las píldoras.

—Estoy deseando que llegue el día en que no las necesite nunca más.

Lucca volvió a besarla una vez más y luego ella se fue corriendo a la habitación para cambiarse y cepillarse un poco el pelo. Se puso la misma blusa naranja sin mangas que había llevado el día anterior. Hacía mucho calor esa noche y el lino transpiraba mejor.

Cuando salió a los pocos minutos vio a Lucca caminando hacia ella, sin signos aparentes de cojera. Llevaba unos pantalones de color beige y una camisa de sport blanca de seda.

Sintió el corazón latiéndole a toda velocidad. Estaba increíblemente atractivo. Trató de controlarse. Salieron de casa juntos y se dirigieron al coche. Ella se puso al volante y él se sentó a su lado. Parecía absorta en sus pensamientos.

—Hola —dijo él inclinándose hacia ella y besándola en el cuello —. ¿Me recuerdas?

Eran las mismas palabras que ella le había dicho la noche que le despertó de su pesadilla.

—Sí —respondió ella con la voz entrecortada.

—No me atrevo a hacer lo que me gustaría porque me temo que no saldríamos nunca.

—Tal vez deberías pasarte al asiento de atrás —dijo ella de forma desenfadada.

—No, prefiero quedarme donde estoy. Desde aquí te veo mejor. Pero, dime, ¿qué te apetece cenar esta noche?

—Cualquier cosa que a ti te guste. Sorpréndeme —respondió ella poniendo el coche en marcha.

Annabelle no se atrevió a mirarlo porque sabía que, de hacerlo, acabaría en sus brazos.

—Te encuentro algo cambiada esta noche.

Lucca tenía una especie de radar que raras veces le fallaba.

—Tal vez me dio demasiado el sol, durante el paseo.

—Entonces necesitarás hidratarte. Conozco un buen sitio no muy lejos de aquí.

Fueron a un lugar muy romántico, sobre el mar. Tomaron un refresco en la barra y luego se fueron a la terraza y se sentaron en una mesa. Había un ambiente muy íntimo. Las mesas estaban separadas unas de otras por plantas con flores que llenaban el aire de una fragancia especial. Sobre un pequeño estrado, una orquesta tocaba viejas canciones de amor.

Después de unos apetitosos entremeses, ella lo miró detenidamente. Lucca sostuvo su mirada con sus ojos verde grises, bajo aquellas pestañas tan sedosas como su camisa.

—Sé por qué te fuiste al ejército, Lucca. Pero si yo hubiera nacido en esta tierra, creo que no me habría marchado nunca de aquí. Esto es un paraíso.

—En la costa del sur de California tenéis sitios tan maravillosos como éstos —respondió él, saboreando una de las aceitunas que el camarero les había llevado.

—No. Lugares tan famosos como Laguna Beach o La Joya no se pueden comparar con Ravello. Esta tarde, paseando, me detuve en Villa Rufolo. Es un lugar increíble, con unos jardines de ensueño que despiertan la fantasía. No es de extrañar que Wagner se inspirara en él para su Parsifal —dijo ella tomando un sorbo de café —. Por cierto, creo que el festival de Bayreuth es el próximo mes de julio. Qué suerte deben tener los que viven allí.

—Yo prefiero escuchar a Wagner cuando la ciudad no está tan saturada de turistas.

—Te comprendo —dijo ella con una sonrisa—. California del Sur está siempre plagada de gente. Por eso le dije a tu padre que prefería alojarme en una casa de campo tranquila antes que en un hotel lujoso. Incluso las villas italianas, aun siendo tan bonitas, las encuentro demasiado grandes. Tu casa me parece más acogedora. Los árboles frutales y las flores que la rodean son como retazos de nubes, que la mantienen protegida y a cubierto. Si yo fuera una artista, la pintaría a todas las horas del día.

—¿Quieres decir como Monet, que pintaba los mismos chopos de manera obsesiva en distintos momentos del día y del año, para captar los distintos gradaciones de luminosidad?

—Es justo lo que quería decir —dijo ella con una sonrisa.

El camarero llegó entonces con una parrillada de pescado.

—Creo que llevas una artista en el alma —dijo Lucca cuando se quedaron solos de nuevo.

—Una cosa es saber apreciar la belleza y otra muy distinta

crearla. Pero dime, sinceramente, ¿cómo te fue el día con tu padre?

—Nos hemos reconciliado. Ahora apoya totalmente mi idea de hacerme agricultor. Va a hacer una fiesta de bienvenida en mi honor este miércoles. Estoy muy emocionado.

—No he visto nunca a un padre tan orgulloso de su hijo —dijo Annabelle.

—Cuando volví a casa tuve una visita que se sorprendió mucho cuando le abrí la puerta. ¿Adivinas quién era?

—¿Fortunato?

Lucca asintió con la cabeza.

—Odio tener que decirte esto, pero los últimos chismorreos te han emparejado con Basilio.

Ella se echó a reír.

—Si tu sobrino se hubiera fijado mejor, se habría dado cuenta de que la camisa y los pantalones que vio en la cocina difícilmente podrían ser de un hombre como Basilio.

—Estaba demasiado ocupado mirándote como para darse cuenta de esos detalles. Me temo que está colado por ti. Le dije que yo era el hombre que estaba contigo la otra noche, pero no sé qué conclusiones habrá sacado. Según él, tú no puedes tener más de veinticinco años.

—¿Eso dijo? —exclamó ella echándose a reír.

—Estás muy guapa cuando te ríes. Para tu información, te diré que mi sobrino está deseando tener unos años más para poder salir contigo sin que se note la diferencia.

—Creo que está en esa fase de la adolescencia por la que hemos pasado todos.

—¿Y quién era la fantasía erótica de la *signorina* Marsh, si puede saberse?

—Mi profesor de arte del instituto. Tendría unos cuarenta años, pero yo pensaba que ésa era la edad perfecta para un hombre. Se le veía tan maduro y seguro de sí mismo… Todos los chicos me parecían patéticos comparados con él. Solía buscar cualquier excusa para hacerme la encontradiza después de clase. Supongo que a él no le debería hacer mucha gracia tener a una mocosa pegada a él a todas horas —dijo ella muy sincera, y luego añadió viendo las risas de Lucca—: Bueno, ahora te toca a ti.

Capítulo 7

—¿Cuál de mis fantasías eróticas te gustaría oír primero? ¿La de la secretaria de mi padre o la de la madre de uno de mis amigos del instituto?

—¡Válgame Dios! —exclamó Annabelle escandalizada.

—No hay fantasía mayor que la que uno lleva dentro.

Lucca la miró con mucha intención, mientras ella tomaba otro sorbo de café.

—Bueno, y ¿qué hiciste una vez que Fortunato se marchó?

—Estuve repasando la lista de cosas que tenía que arreglar en la casa.

—Sí, te vendrá bien estar ocupado en algo, pero no hagas tampoco ningún gran esfuerzo hasta que no estés recuperado del todo.

—Hay un montón de cosas que me gustaría hacer, si no fuera por esta pierna.

—Estás mejorando de día en día. Tengo la impresión de que la paciencia no ha sido nunca tu virtud principal, pero lo superarás, ya verás.

—Me gustaría sacarte a bailar, pero lo tengo prohibido por el médico, lo mismo que ponerme al volante de un coche. Me gustaría a empezar a hacer cosas y a poner en marcha mis proyectos.

—Lucca, ¿no has escuchado lo que te he dicho? Es pronto todavía —dijo ella apurando la taza de café—. Recuerda que tienes una placa metálica en el fémur que te ayudará a recuperarte antes.

—¿Por qué?

—Vives en un estado de continuo dolor y puede que tengas algo de artritis. La placa que te colocó el traumatólogo te está ayudando a soportar el peso, pero está anulando toda la tensión del hueso del fémur, lo que no es del todo conveniente.

—¿Tratas de decirme que el médico no sabía lo que estaba haciendo? —dijo él muy serio.

—No, no eso Lucca… Después del accidente, necesitabas una operación urgente para evitar cualquier complicación. Lo que te quiero decir es que el hueso necesita una cierta tensión para fortalecerse a medida que va sanando, y esa placa protectora ha originado algunos efectos secundarios, como el dolor que sientes, por ejemplo.

—Cada vez me lo estás poniendo peor.

—Te aconsejaría que consultases a un traumatólogo que valorara la posibilidad de quitarte la placa. Tendrías más capacidad de movimiento para hacer las cosas a las que estás acostumbrado y te verías libre del dolor. Mejoraría tu calidad de vida, notablemente.

—Me estás devolviendo las esperanzas que creía perdidas.

—Es muy importante conservar la esperanza. Pero si el médico no lo aconseja porque juzga que, en tu caso, podría dejar el hueso con una debilidad residual, tendrás que asumirlo y aprender a vivir con ello. Para eso eres un héroe de guerra.

—Está bien. Tú eres la experta. ¿Quieres algo de postre?

—Después de esta cena tan fabulosa, creo que ya no me cabe más.

—Entonces volvamos a casa, a menos que prefieras quedarte en Casa Claudia.

Ella no quería ahora dejar solo a Lucca. Le había abierto la esperanza de que podría hacerse algo para mejorar la pierna y era lógico que él quisiera hablar de ello y saber más cosas.

—No. Creo que estoy enamorada de tu casa. Y de ti, se dijo ella para sí.

—Me alegra oírlo, porque cancelé esta mañana tu reserva en el hostal y pagué la cuenta.

Annabelle escuchó aquello con gesto de sorpresa, mientras él se levantaba de la mesa. Ella hizo lo propio y miró a Lucca fijamente. Vio que había un nuevo brillo en su mirada.

—Mi padre me ha traído una cosa esta mañana y me gustaría que me ayudaras a bautizarla.

—¡Qué misterioso te pones! —dijo ella algo desconcertada.

—No es un colchón, aunque ésa es una de las primeras cosas que tengo previsto comprar.

Lucca echó un rápido vistazo a la factura que acababa de dejar el camarero y dejó unos billetes sobre la mesa. Luego salieron del restaurante y se dirigieron al coche.

—Me tienes intrigada. La palabra bautizar tiene para mí un significado muy claro.

Él apoyó la mano en el reposacabezas y le pasó el brazo por el encima del hombro.

—Para mí, es indicativa de algo nuevo en la vida.

A ella se le ocurrió pensar en el coche que Guilio iba a lanzar en los próximos días, pero no tenía la cabeza para adivinanzas. Le flaqueaban las piernas sintiendo la mano de Lucca en el cuello. Consiguió arrancar el coche a duras penas.

—¿Te refieres quizá a esa nueva vida que empezó para ti cuando pensaste que todo se habría terminado al ser alcanzado tu avión? Fue un milagro que consiguieses sobrevivir.

—A eso y a otras cosas más —susurró él, muy misterioso.

—Podemos pasarnos por Salerno para comprar una *torta,* ¿qué te parece? —dijo ella con voz temblorosa, deseando hacer cualquier cosa para contrarrestar la tensión que tenía dentro.

—¿Te da miedo quedarte en casa a solas conmigo? Prometo no hacer nada que tú no quieras.

No se le escapaba una, pensó ella.

—No podemos dormir juntos, *signore* Cavezzali —exclamó ella con la voz entrecortada.

—Si pretendes decir con eso que no me deseas, creo que no estás siendo muy sincera.

—Te deseo mucho —confesó ella con toda franqueza—. Pero estoy segura de que tu médico te habrá prohibido hacer ese tipo de cosas después de la intervención.

—Si lo hizo, no me enteré. Estaría quizá demasiado sedado para escucharle.

—Entonces, razón de más para que vayas a consultar al traumatólogo. No querrás echar a perder todos los progresos que has conseguido hasta ahora. No vale la pena correr el riesgo. Podemos dar gracias a Fortunato de que se presentase el otro día en el momento oportuno, antes de que las cosas hubieran pasado a mayores.

Cuando llegaron a casa, ella detuvo el coche frente a la puerta y apagó el motor. Antes de que él pudiera acercarse más a ella, Annabelle salió del auto y se fue corriendo a casa, ansiosa por descubrir qué era aquella cosa misteriosa que Lucca quería bautizar.

Lucca fue detrás de ella y abrió las puertas francesas de la terraza.

—Ahí está.

Ella miró a su izquierda, en la dirección que él le indicaba con la mano.

—¡Un columpio!

Sí, era un columpio muy grande, como para cuatro personas. Parecía muy cómodo. Estaba acolchado y tenía cojines en el asiento, en los brazos y en el respaldo, tapizados con una tela estampada con motivos florales que hacían juego con los colores del jardín y la huerta.

—¡Es perfecto para ti!

—Para nosotros —le corrigió él—. Si te sientas a un lado, podré

tumbarme a lo largo para estirar la pierna y descansar además la cabeza en tu regazo.

Lucca parecía un reyezuelo allí tumbado, ocupando casi todo el columpio. Pero ella estaba feliz de verle con la cabeza acunada sobre sus piernas como si fuera un niño.

Lucca le agarró las manos y se las besó tiernamente.

—Éste es nuestro lugar favorito de la casa. Por eso pensé que sería el mejor sitio para ponerlo. Mi familia tenía también uno hace muchos años, pero tuvimos que tirarlo de viejo que estaba.

Estando Lucca junto a ella, cualquier lugar le parecía maravilloso.

—Acércate un poco más, Annabelle.

Ella no se hizo de rogar, a pesar de que estaba algo incómoda en aquella posición.

—Tengo una idea mejor. Incorpórate un momento —le susurró ella mientras se bajaba del columpio—. Ahora túmbate otra vez. Así podré besarte sin hacerte daño en la pierna.

Annabelle se puso de rodillas en el suelo delante del columpio, con la cara pegada a la de Lucca y le pasó los brazos alrededor del cuello. Sus bocas se fundieron al instante en una explosión erótica de deseo y ella se sintió transportada a un mundo mágico de pasión y felicidad en el que nunca había estado antes.

—Te comería viva, Annabelle —dijo él con la voz apagada, hundiendo las manos entre su pelo.

—Tú relájate y déjame a mí, de eso ya me encargo yo. Tienes suerte de que tenga que volver pronto a California, si no, no saldrías vivo de aquí —replicó ella bromeando, aunque estaba deseando, con toda su alma, que él le dijese que se quedase a su lado para siempre.

—¿Volver? ¿Para qué? —dijo él con gesto de contrariedad, pero sin dejar de acariciarle el pelo.

—Para volver a mi trabajo con Mel. Aunque tendrá que ir haciéndose a la idea de que acabaré volviendo a mi empleo de enfermera —dijo ella besándolo dulcemente en los labios—. Quédate ahora aquí tranquilo descansando, mientras yo me cambio para acostarme.

—No es tarde todavía —replicó él con el ceño fruncido.

Lucca necesitaba compañía. Pero ella necesitaba algo más que eso.

—Quizá no lo sea para ti, pero sí para mí. Mañana tengo que estar en Capri temprano. A la vuelta, me pasaré por una tienda y compraré algo para cenar. ¿Qué te parece?

—¿Me prepararás algo típico de tu tierra? —preguntó él, tratando de ocultar su angustia.

—Sí, la especialidad de mi madre —respondió ella, besándolo en la barbilla.

—¿Cuándo crees que estarás de vuelta? —preguntó él, un poco más animado.

—No estoy segura. Capri está a poco más de treinta kilómetros de aquí, pero dependiendo del tráfico, lo mismo puede ser media hora que dos —dijo ella, besándolo ahora en la boca—. Te prometo que volveré lo antes posible.

—Tienes llave, así que podrás entrar en casa si yo no estoy cuando llegues.

—¿Necesitas algo antes de irme a la habitación?

—Sólo a ti —dijo él, besándola apasionadamente hasta dejarla casi sin respiración.

Lo más fácil, para ella, sería olvidarse de todo, montarse en el columpio y balancearse abrazada a él toda la noche. Pero reprimió el impulso. Se levantó del suelo y se frotó las rodillas que tenía algo entumecidas después de haber estado tanto tiempo en aquella postura.

—Quédate ahí un poco más y disfruta de esta noche tan hermosa —ella se dio la vuelta para irse al dormitorio, pero él la agarró de la mano—. Por favor, no más caricias por esta noche.

—Sólo un beso más de buenas noches. No me importa tener una pesadilla si sé que te tengo cerca para que me despiertes con una de tus caricias.

—¡Oh, Lucca!

Ella perdía la voluntad cuando él le decía esas cosas tan bonitas. Se inclinó hacia él y le abrazó, poniendo en aquel abrazo todo el amor y la ternura que había en su corazón.

Cuando se incorporó finalmente, sentía un deseo tan grande que, si él se lo hubiera pedido, se habría quedado con él toda la noche a pesar de todas sus buenas intenciones. Pero Lucca no le dijo nada… Nunca podría dejar de ser ese italiano, luchando por preservar su independencia.

—Buenas noches, Lucca —susurró ella, dándole un pequeño impulso al columpio.

—Que duermas bien, *bellissima*.

El deportivo Amalfi estaba aparcado en Marina Piccolo, la bellísima bahía del sur de la isla de Capri. Su color azul metálico resplandecía bajo los rayos del sol. Los barcos de vela surcaban el mar, salpicando de pequeños puntos blancos la gran masa azul

verdosa. No hacía falta ser un profesional para ver que aquél era el escenario ideal para un reportaje fotográfico.

Annabelle estaba encantada, tanto por el lugar como por el vestido que Marcella había elegido ese día para ella. Era un *cheongsam* oriental de seda blanco, estampado con motivos florales de diversas tonalidades azules. Una preciosidad.

—*Mamma mia* —exclamó Giovanni al verla bajar de la camioneta—. Nunca te he visto tan radiante como hoy.

—*Bellissima, signorina*. ¡Bravo, Marcella! El vestido es veramente bello —dijo Basilio con una amplia sonrisa—. Annabelle, quiero que te pongas delante del coche y te apoyes en el capó con la mano, de forma que se te vea el brazalete. Mira hacia el barco con expresión anhelante, como si viniera en él el amante que has estado esperando.

Annabelle adoptó la pose que Basilio le pedía y miró hacia el velero. Hubiera dado cualquier cosa porque fuera Lucca el que estuviera a bordo. Así, cuando terminase la sesión, iría nadando hasta el barco y se besarían hasta olvidarse del mundo.

—¡Perfecto! ¡Ésa es la mirada! —exclamó Giovanni unos instantes después—. ¡No te muevas!

Esa mañana, Annabelle era una mujer plenamente enamorada. Giovanni no iba a tener ninguna dificultad en captar en ella la mirada que quería y en sacar todas las fotos que quisiese, sin importar el ángulo desde el que las tomase.

—Con estas fotos, a Guilio le van a quitar los calendarios de las manos —dijo Giovanni moviéndose alrededor de ella y disparando su cámara una y otra vez entusiasmado.

—¿Me estás tratando de adular, Giovanni? —dijo ella muy sonriente—. Si es así, te felicito, lo estás haciendo muy bien.

—Aunque no seas una modelo profesional, eres con la que he trabajado mejor y más a gusto.

—No, no lo soy, ni quiero serlo. Estoy haciendo esto sólo por Guilio.

—Cuando su hijo Lucca vea estas fotos se enamorará de ti en el acto.

Tal vez. Pero ella no buscaba un amor pasajero sino algo mucho más profundo y duradero. Y a Lucca no le había oído nunca hablar en esos términos.

Después de un buen número de fotos, Basilio dio por terminada la sesión.

—Muy bien. Esto ha sido todo. Quedamos mañana en Vietri a las nueve, antes de que abran las tiendas y se llene todo de turistas.

Será nuestra última sesión.

Annabelle se quedó pensativa. Por una parte, no quería que aquello terminase, eso significaba regresar a Los Ángeles y dejar a Lucca. Pero por otra, se alegraba de dejar aquel trabajo de modelo, con el que había disfrutado mucho, pero que sabía que no era lo suyo.

Subió corriendo a la camioneta a cambiarse y quitarse el maquillaje. Tenía que darse prisa para ir a la tienda de comestibles y comprar las cosas para la cena. Cuando Giovanni la vio bajar de la camioneta con los vaqueros y una camiseta rosa, puso un gesto de contrariedad.

—Una mujer con tu clase no debería ir por ahí vestida como una turista.

—Dentro de unos días estaré de nuevo en California trabajando en mi antiguo empleo.

—¿Sabes cuántas chicas venderían su alma por poder hacer de modelo como tú?

—Me lo imagino. Por cierto, ¿alguno sabéis dónde hay un supermercado por aquí cerca?

—Sí —respondió Basilio—. Hay uno en la via Matermania.

Basilio le indicó por dónde tenía que ir y ella le pagó con un par de besos en las mejillas.

—Gracias, Basilio. Adiós a todos. *A domani, a tutti!*

—*Prego?* —dijo Lucca respondiendo a la llamada que acaba de recibir en el móvil.

—Le llamo de la clínica del doctor Cozza. El doctor quiere hablar con usted.

—*Grazie.*

—*Signore* Cavezzali?

—Sí.

—Disculpe, ante todo, por llamarlo a estas horas. Estoy informado de su operación y de los dolores que tiene, que bien podrían ser debidos a la irritación del tejido por la placa metálica que tiene implantado y que probablemente le está ocasionando una tendinitis. También podrían tener otros orígenes. Para poder hacer un diagnóstico más preciso habrá que hacerle algunas pruebas radiológicas. Tengo un hueco el próximo lunes, ¿cómo le va?

—Bien —respondió—. Pero, ¿ve factible que me puedan quitar la placa?

—Sí. Si, como parece en su caso, el dolor proviene únicamente por la irritación causada por la placa metálica, su eliminación sería la solución más eficaz para resolver todos los problemas. Sin

embargo, si el dolor es más generalizado, y tiene otros orígenes, la terapia a aplicar ya no sería tan clara y habría que llevar a cabo pruebas adicionales.

—Comprendo —dijo Lucca, apretando el móvil con fuerza—. Y, ¿cuáles son los riesgos?

—Es obvio que pueden surgir algunas complicaciones. El problema más común es que al eliminar la placa se produzca un debilitamiento del hueso. A veces pueden producirse pequeñas fracturas alrededor de los orificios donde están alojados los tornillos de sujeción. Pero no creo que eso ocurra en su caso. El lado positivo es que el hueso al verse libre, además de no ocasionarle dolores, se verá sometido a una cierta tensión muy beneficiosa para la regeneración y fortalecimiento del tejido óseo —era lo mismo que Annabelle le había dicho, pensó Lucca—. Mi enfermera se pondrá en contacto con usted para concertar la cita. Nos veremos entonces. Un saludo.

—Gracias, doctor.

Lucca colgó el teléfono, deseando poder contarle a Annabelle las noticias en cuanto llegase. Se había pasado la mayor parte del día hablando con contratistas y proveedores solicitando presupuestos para las obras que pensaba llevar a cabo en la casa. Había estado vacía durante quince años y se necesitaban reparar muchas cosas.

Sonó entonces el teléfono. Casi dio un salto de alegría al ver que era ella.

—¿Annabelle?

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Deseando verte. ¿Cuándo vas a venir?

—Acabo de hacer las compras para la cena y voy de camino a casa.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a tardar?

—Unos cuarenta y cinco minutos. Pero trataré de llegar lo antes que pueda.

—Pero no corras. Eres muy buena conductora, pero no olvides que estás en Italia.

Media hora después, Annabelle paró el coche frente a la puerta. Él se bajó del columpio, salió a recibirla y la ayudó a llevar a la cocina las cosas que había comprado.

—Ya era hora de que llegaras.

Lucca puso las bolsas en la mesa. Luego se volvió hacia ella y la agarró por la cintura. Debió pillarla por sorpresa, porque dio un pequeño grito como si se hubiera asustado.

—Sé que he llegado un poco tarde, pero no creo que sea para

tanto. ¿Qué te pasa? ¡Vaya forma de recibirme! Casi prefiero la forma en que me recibiste la noche que llegaste a casa.

Lucca estaba así porque sabía que la necesitaba más que el aire que respiraba. La estrechó contra su pecho y la besó con ardor. Luego apartó un poco la cara y la miró fijamente. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida. No podía dejar de mirarla.

—¿Qué te ha llevado tanto tiempo?

—El maíz. Parece que aquí en Italia, el maíz no se vende en los tiendas de alimentación porque sólo se usa para los cerdos.

Tuve que pararme por el camino en una granja y convencer a la dueña para que me lo vendiera. Cuando salí, la oí murmurar algo acerca de los gustos de los americanos. Estoy segura de que no serían halagos.

Lucca se echó a reír.

—¿No me digas que vas a hacerme para cenar esas espigas que parecen tan duras como leños?

—Se llaman mazorcas. ¿No las has probado nunca?

—No, pero tenía en la escuadrilla de vuelo algunos compañeros americanos que soñaban con el día en que pudieran volver a comerlas.

—Entonces, va a ser para ti algo muy especial.

—¿Puedo ayudarte?

—Necesito una olla grande llena de agua hasta la mitad. Búscame también una cacerola y la echas agua como hasta la tercera parte. Luego me hará falta una sartén y un pasapurés para las patatas. ¿Podrías poner también un poco de harina en un bol y dejarme a mano el aceite de oliva, la pimienta y la sal?

Lucca se puso muy voluntarioso a ayudarla en todo. No recordaba la última vez que se lo había pasado tan bien. A los pocos minutos, ella se puso a freír el pollo y a pelar las patatas. Cuando ya estaba todo haciéndose, le tocó el turno al maíz.

—Tendré que hacer por lo menos cuatro mazorcas. Yo me comeré dos.

Lucca miró fascinado cómo ella iba pelando las mazorcas. Cuando el agua de la olla empezó a hervir las echó dentro con un poco de sal.

—Compré mantequilla y un poco de nata para mezclarlo con las patatas. En unos minutos estará la cena lista. Mientras cenamos quiero que me cuentes lo que has hecho durante el día.

Se sentaron en la mesa de la terraza. Ella lo miró con cara de interés, mientras él probaba el pollo y el puré de patatas, esperando su veredicto.

—Ahora, unta el maíz con un poco de mantequilla, échale un poco de sal y a morder —ella lo miró de nuevo muy sonriente hasta que él se hubo comido la mitad del maíz—. Bueno, ahora que ya te has estrenado con la comida americana, dime, ¿qué te parece?

—Te diría que deliciosa, aunque no lo pensase. Pero la verdad es que sí, eres una cocinera excelente.

Annabelle esbozó una sonrisa tan radiante que podría haber iluminado el universo.

—Gracias. Es verdaderamente halagador, viniendo de un chef tan afamado como tú —dijo ella disponiéndose a probar su segunda mazorca—. Bueno, dime cómo te ha ido el día. A juzgar por tu estado de ánimo, ha debido ser muy productivo.

—Sí, la verdad es que sí —respondió él, sirviéndose un poco más de pollo, puré de patatas y maíz—. Antes de que me lo preguntes, te diré que estuve hablando por teléfono con el traumatólogo del hospital de Nápoles y me ha dado cita para el lunes.

—Es la mejor noticia que podías darme.

—Si al final puede operarme para quitarme la placa, quiero que te quedes conmigo y seas mi enfermera. Comprendo que Mel Jardine quiera que te reincorpores al trabajo, pero yo te necesito más que él y estoy dispuesto a pagarte lo que me pidas.

Era la segunda vez que Lucca le decía que la necesitaba como enfermera. Empezaba a pensar que eso era lo único que él deseaba de ella. Pero quizá era aún pronto para asegurarlo.

—¿Por qué no hablamos de eso después de que el médico haya emitido un diagnóstico? Mientras tanto, acuéstate en el columpio para que descanse la pierna. Yo recogeré los platos.

—Deja que te ayude.

—No, no. ¿Ya has olvidado la regla? En esta casa, el que cocina friega los platos.

Nada más bajarse del coche, Annabelle comprendió por qué a Vietri le llamaban la perla de la costa de Amalfi. Era un pueblo precioso, dominado por la monumental iglesia de San Giovanni del siglo XVII, con su elegante cúpula de mayólica destacando sobre el paisaje.

La riqueza de su colorido hacía del templo un verdadero símbolo del arte de Vietri. Sus cerámicas eran muy codiciadas por los coleccionistas de todo el mundo.

Guilio estaba supervisando en persona aquella última sesión fotográfica. Annabelle estaba admirada de la belleza del jarrón que habían colocado en el asiento del acompañante del lujoso deportivo

Amalfi. Estaba profusamente decorado en colores verdes, naranjas y ocres, sobre un inmaculado fondo blanco. Debía costar varios miles de dólares.

El rutilante verde esmeralda del jarrón hacía juego con la pintura verde metalizada del descapotable Amalfi, tapizado por dentro en un tono beige tostado que contrastaba admirablemente con el color de la carrocería.

Annabelle llevaba un vestido etrusco estampado sin mangas con una capa atada a la espalda, que tenía una caída muy elegante y le daba un aire majestuoso al andar. El conjunto había sido diseñado expresamente para que coordinase con el jarrón y el deportivo. Llevaba unas sandalias beige de aguja, de más de diez centímetros, con una correa atada al tobillo.

Le habían moldeado el pelo, al modo de las antiguas mujeres etruscas, con unas trenzas que llevaba recogidas por debajo de la nuca con un broche de oro, a juego con las pulseras que llevaba en las muñecas.

Todo el equipo se quedó mudo de admiración al verla bajar de la camioneta.

—Querida Annabelle —dijo Guilio dirigiéndose a ella—, tienes un pelo tan maravilloso que rivaliza con las joyas que llevas. Sabía que serías la modelo ideal para esta campaña de lanzamiento, pero has sobrepasado con creces todas mis expectativas.

—No me digas esas cosas que se me va a correr el maquillaje.

—Imagínate que acabas de salir de una tienda donde has comprado este tesoro de jarrón.

—Por favor, no me pidas que pose con él en la mano. Me daría un infarto si se me cayese.

—No te preocupes, haz como si acabaras de dejarlo en el asiento del coche.

Giovanni se puso a sacar fotos desde todos los ángulos mientras Marcella aprovechaba las pausas para recolocarle la capa a fin de que conservase la caída correcta.

Los turistas se habían arremolinado alrededor y pugnaban por acercarse a ella para verla más de cerca. Después de más de una hora, cuando Giovanni anunció que podía darse por terminada la sesión, la multitud rompió a aplaudir de forma espontánea. Muchas personas querían acercarse a ella para pedirle un autógrafo, pero Guilio, arropado por el personal de seguridad, se lo impidió muy amablemente con una sonrisa.

Annabelle subió corriendo como otras veces a la camioneta, se cambió de ropa y se quitó las joyas y el maquillaje. Miró luego el

móvil, por si Lucca la había llamado. Pero debía haber estado ocupado toda la mañana con los trabajadores que había contratado para las obras.

Bajó de la camioneta y vio que Guilio la estaba esperando.

—Ven conmigo. Aunque ya es algo tarde, déjame que te invite a comer. Tenemos muchas cosas que hablar. El marisco aquí es excelente. Iremos andando a ese pequeño restaurante que ves ahí junto al muelle.

Se despidieron de todo el equipo y en unos minutos llegaron al lugar.

Guilio pidió unos langostinos y unas vieiras para los dos.

Luego la miró muy afectuosamente.

—¿Has visto la acogida que has tenido entre el público? Vamos a tener tantos pedidos de coches que no vamos a ser capaces de satisfacer tanta demanda.

—Nada me haría más feliz.

—Lo sé —replicó él sirviendo un poco de vino en las dos copas —. Ahora hablemos de negocios. Marcella irá mañana a la villa con su equipo para ayudarte. Te pondrás el vestido que llevaste durante la sesión que hicimos en el aeródromo de Roma. He decidido hacer el lanzamiento de la campaña en dos fases. La principal tendrá lugar en agosto, en la fecha prevista, con la presencia de todos los medios de comunicación, pero, mañana por la noche, antes de la cena, daremos un anticipo sorpresa ante todos los distribuidores y miembros de la familia, entre los que, por descontado, estará Lucca. Daré un pequeño discurso en su honor. Lo haremos en la sala de presentaciones proyectando las diapositivas que te han sacado a lo largo de estos días. De entre todas, seleccionaremos las mejores para el calendario que publicaremos en agosto. Al acabar, te presentaré como la chica Amalfi que protagonizará el lanzamiento oficial de nuestro deportivo en el mes de agosto. Hemos hecho reproducciones, en tamaño postal, de tu foto junto al avión de combate MB-Viper, donde apareces tan seductora. Las repartiremos entre todos los asistentes. Me temo que vas a tener que firmar un buen número de ellas.

—No será ningún problema —dijo ella muy segura de sí.

—María me llamó por teléfono mientras te estabas cambiando. Me dijo que Mel está ya en la villa. Estoy seguro de que tendréis muchas cosas del trabajo que contaros. Ya que rechazaste la oferta que te hice para que trabajaras conmigo, supongo que querrás regresar con él. Si de mi dependiera, no te dejaría marchar, pero respeto tu decisión.

Guilio llamó al camarero y pagó la cuenta con la tarjeta de crédito.

—¿Nos vamos? Tengo que ultimar aún un montón de detalles para mañana.

Se le notaba emocionado. Ella también lo estaba, pero sabía que cuando aquello terminase, volvería a la rutina de siempre.

Cuando Lucca se levantó el miércoles por la mañana, Annabelle ya se había ido a la villa de su padre. Supuso que la habría invitado a la fiesta como modelo de su campaña publicitaria, pero estaba algo decepcionado de que ella no le hubiera dicho nada. Había pensado en ir de compras con ella, pero era evidente que ya no iba a volver a verla hasta la fiesta.

Estaba deseando que aquello acabase y ella dejase de una vez de hacerse fotos publicitarias. Quería pasar los días enteros con ella. Entre otras muchas cosas, quería pedirle su opinión sobre cuál sería el mejor lugar para añadir otra habitación a la casa.

Fortunato vino a recogerlo a mediodía. Lucca quería comprarse un traje nuevo y aprovechó la ocasión para que le llevara en el coche a un centro comercial. Lucca hacía mucho que no se había comprado un traje. No le gustaba ir bien vestido a menos que fuera necesario. Guilio se había desesperado más de una vez con él, viendo su forma tan informal de vestir. Quizá por eso, Lucca había decidido darle una sorpresa esa noche, presentándose de punta en blanco.

Aconsejado por Fortunato, se pasó por todos los departamentos y se probó trajes, corbatas, camisas, zapatos… Cuando volvieron a casa cargados de bolsas, estaba agotado. Le dolía mucho la pierna. Así que cuando su sobrino se marchó, prometiendo volver a recogerle más tarde para llevarle a la fiesta, Lucca se tomó varias pastillas para asegurarse de que podría pasar toda la velada sin que nadie se diese cuenta de sus molestias.

—Estás impresionante, chico —le dijo Lucca a su sobrino en broma cuando volvió a recogerle a eso de las seis.

—¿Sí? Tú tampoco tienes mala pinta.

—Gracias. Supongo que a tus padres no les importará que me lleves en tu coche, ¿no?

—No, claro que no. Dicen que yendo contigo voy más seguro.

Pero, ¿y tú?, ¿cuándo te vas a comprar un coche?

—No lo sé. Aún estoy pensando qué modelo me gustaría.

—Yo me compraré algún día un deportivo que corra mucho. Conducir es lo que más me gusta.

—Además de las chicas, ¿no?

—Sí, eso también.

—Así me gusta, sobrino —dijo Lucca dándole una palmadita cariñosa en el hombro.

—Ella va a estar allí esta noche. Estoy deseando verla. Yo también, se dijo Lucca.

Cuando llegaron a la villa, no vio a Annabelle por ninguna parte. Después de un buen rato de buscarla sin ningún éxito, se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

La familia salió a darle la bienvenida en masa, al igual que los empleados de la empresa a los que su padre había invitado. Cuando María y Guilio se abrieron paso entre la gente, al verle, él se acercó a ellos y les dio un fuerte abrazo a los dos.

Advirtió el gesto de satisfacción de su padre al verle con el traje nuevo.

—Ahora que ya estás aquí, podemos empezar. Iremos primero a la sala de presentaciones y luego tendremos el catering en el jardín.

Lucca presentía que algo grande iba a suceder. Veía a su padre bastante nervioso, algo muy poco habitual en él. Se dirigieron a una gran sala donde había instalada un pantalla gigante. Era el lugar de trabajo de Guilio donde proyectaba sus diseños de coches. Esa noche parecía un pequeño auditorio con alrededor de sesenta sillas para acomodar a los invitados.

—Siéntate aquí delante, Lucca —le dijo su padre, indicándole una de las sillas de la primera fila.

Lucca vio sorprendido cómo se iba llenando la sala de gente y cómo todos parecían mirarlo con mucha atención.

Guilio se volvió hacia la concurrencia, pidiendo silencio con las manos en alto.

—Me complace deciros que tengo un doble motivo para la celebración de esta noche. El primero es la satisfacción que siento de que mi hijo Lucca haya vuelto sano y salvo de la guerra y haya decidido quedarse para siempre con nosotros.

Hubo exclamaciones de sorpresa y felicidad por parte de todos miembros de la familia sentados alrededor de Lucca.

—El segundo tiene que ver también con el primero. Llevaba planeando todo el año darle una sorpresa para cuando viniera a verme en agosto, pero dado que por diversas circunstancias está ahora aquí con nosotros, he tenido que adelantar un par de meses esa fecha para rendirle el homenaje que tenía previsto.

Lucca no entendía nada de lo que estaba pasando.

Capítulo 8

—Llevo soñando desde hace años con el diseño de coches deportivos. Era un sueño que sólo mis esposas, Donata y María, conocían. Todo mi equipo hemos trabajo duro para conseguir un prototipo perfecto y al fin lo hemos conseguido —Guilio dirigió entonces la mirada a Lucca—. Lo he bautizado con el nombre de Amalfi MB-Viper, en honor del avión de combate que Lucca ha estado pilotando en la guerra. Quiero expresar con ello a mi hijo lo orgulloso que me siento de que haya servido a su patria con valor y lealtad. Es para mí un gran honor ser tu padre, Lucca. Si tu madre pudiera estar aquí esta noche…

La sala estalló en aplausos. Todo el mundo se puso de pie y rompió en aclamaciones que parecían no tener fin. Lucca se quedó sentado sin saber qué hacer ni decir.

—*Grazie, papa,* me siento abrumado —dijo al fin con voz temblorosa.

—Bienvenido a casa, *figlio mio.*

Lucca se puso de pie y se acercó a donde estaba su padre. Lleno de gratitud, lo besó en las mejillas. Luego le pasó el brazo por el hombro y se dirigió a la audiencia.

—Todos deberíamos tener un padre como Guilio Cavezzali.

Mi madre no se sorprendería de todo lo que has logrado. Siempre se sintió muy orgullosa de ti. Tanto como yo me siento ahora. Soy un hombre muy afortunado por tener un padre como tú y estoy muy feliz de estar de nuevo en casa con María y contigo.

Padre e hijo se dieron unas palmadas en la espalda y Lucca volvió a su sitio.

Después de unos minutos de grandes aplausos con la gente puesta en pie, se hizo de nuevo el silencio y todos se volvieron a sentar. Guilio se aclaró la garganta un par de veces.

—Esta noche vamos a asistir a la presentación del Viper a través de una serie de diapositivas. Estas fotografías aparecerán en los calendarios que todos los distribuidores recibirán en agosto, cuando nuestro deportivo salga al mercado. A todos los clientes que compren nuestro coche se les regalará un calendario. Estoy convencido de que este calendario va a ser nuestra mejor publicidad —Guilio miró de izquierda a derecha a todos los asistentes con cara de satisfacción—. El lanzamiento tendrá lugar en Milán ante todos los medios de comunicación. Lo de esta noche va a ser sólo un

anticipo. Enviaré a todos los concesionarios un póster con la portada del calendario. Y ahora, Basilio, por favor, apaga las luces. Vamos a empezar.

La sala quedó a oscuras y en un par de segundos apareció en la pantalla una foto a todo color de un espectacular deportivo blanco descapotable estacionado frente a un avión de combate.

La carrocería tenía una línea muy elegante. Era una verdadera obra maestra.

Pero Lucca sólo tenía ojos para la hermosa mujer que, medio sentada en la lujosa tapicería color perla del interior, miraba hacia el avión, curvando de forma seductora el cuerpo, como si estuviese esperando que se bajase de él el piloto y se acercase a ella para darle un beso.

¡Annabelle!

Creyó oír el sonido de su corazón bombeando la sangre alocadamente.

Podría casi asegurar que la foto había sido tomada al atardecer en la base aérea de las afueras de Roma. Recordó, sin saber por qué, su encuentro con ella en el pasillo, aquella noche que volvió a casa, y las cosas tan desagradables que se dijeron.

Llevaba un vestido de noche de color púrpura de tirantes y un collar de brillantes. En la muñeca lucía una pulsera de brillantes a juego. Su pelo rubio platino caía como una cascada de plata sobre uno de los hombros y sus ojos violeta parecían dos rutilantes amatistas.

Estaba tan deslumbrante que se quedó estupefacto. Igual que todos los presentes. Se hizo un silencio absoluto en toda la sala. Nadie parecía respirar. Después de unos instantes alguien soltó un «¡Bravo!» que fue coreado inmediatamente por la mayoría, y al que siguió luego una lluvia de aplausos con toda la gente puesta en pie.

Cuando volvió la calma, los distribuidores bombardearon a Guilio a preguntas. Querían saber dónde tenía escondido el coche, quién era la modelo y si podría ir a hacer una visita a sus concesionarios o posar para sacarle fotos y ponerlas en sus páginas web.

Mientras Lucca estaba aún tratando de recuperarse de la emoción del momento, apareció una nueva diapositiva en la pantalla. Era ella, tal como la había visto aquella primera mañana en la terraza, con el sombrero de ala ancha y la camiseta y los pantalones blancos. La foto parecía tomada en Positano. Aparecía sentada en un deportivo negro con tapicería de piel también en color negro. Su naturalidad despertó la ovación espontánea de la

concurrencia.

Mientras Lucca se unía a los aplausos, apareció una tercera foto en pantalla. Era en Furore. Annabelle trataba de alcanzar un racimo de uvas en un viñedo, junto a la carretera. La escena estaba llena de glamour. Parecía la versión italiana de los jardines colgantes de Babilonia.

Ella daba la sensación de estar aún más deliciosa que las uvas moradas que hacían juego con sus ojos. Llevaba un vestido plisado de color crema y se apoyaba en un lateral del deportivo de color verde mar. Todos los hombres de la sala estaban como hipnotizados por su belleza. Probablemente, más de un hombre compraría el coche sólo por tener una foto suya.

Luego se vio a Annabelle, junto a un deportivo de color yema de huevo, llevando una cesta de girasoles. Parecía tomada en Sorrento. Llevaba un traje de color hueso con ribetes dorados.

A Lucca, le recordó aquella mañana que ella había salido a cortar margaritas, como solía hacer su madre en otro tiempo. Se sintió lleno de la presencia de aquella mujer que en apenas unos días había conseguido formar parte integrante de su vida. Se le hacía insufrible la idea de tener que pasar el resto de sus días despertándose por la mañana sin verla a su lado.

La foto tomada en Vietri le dejó clavado en el asiento. Con aquellas hermosas trenzas rubias, parecía una exótica princesa etrusca regresada a la vida. Viéndola, uno podría creer que aquel deportivo color verde esmeralda era su carro triunfal.

Se produjo un nuevo coro de bravos entre la multitud.

Aún ensimismado de tanta belleza, pudo ver una nueva foto de ella. Era en Capri. Llevaba un *cheongsam*. Estaba apoyada en un deportivo de color azul metálico y parecía estar mirando al mar como si esperase a alguien. Él había estado en China muchas veces y había visto muchas mujeres con *cheongsams* o *qipaos*, pero nunca había visto una belleza como la suya.

Con cada dispositiva, la sala se había ido cargando de electricidad.

—He dejado la foto de diciembre para el final —dijo Guilio.

Hubo una serie de exclamaciones de admiración al ver a una novia al pie de la escalinata de la iglesia de Amalfi con el deportivo color rojo fuego aparcado junto a ella. La explosión de entusiasmo de la sala alcanzó su cota máxima. Todo el mundo se puso en pie y acudió a felicitar a Guilio. Todos menos Lucca, que no parecía poder moverse de la silla. Estaba como hipnotizado contemplando a Annabelle con aquel traje de novia y aquella mantilla de encaje. No

podía emitir una palabra. Le habían hecho un chequeo completo en el hospital antes de darle el alta, pero se preguntaba si su corazón podría resistir tantas emociones.

—Basilio, vuelve a dar la luz por favor —dijo de pronto su padre —. Quiero ahora presentarles a todos a la modelo del reportaje.

Cuando las luces se encendieron, Lucca vio a Annabelle haciendo su entrada por la parte de atrás de la sala. Llevaba un vestido de noche de color púrpura de tirantes y un collar de brillantes. Toda la sala se puso en pie y rompió a aplaudir mientras ella se acercaba a Guilio que la esperaba muy sonriente.

Lucca la recorrió con la mirada de arriba abajo, desde su espléndido pelo rubio platino hasta sus piernas de infarto. Guilio le pasó un brazo por el hombro cuando llegó junto a él.

—Annabelle Marsh es de Los Ángeles, California, y trabaja para Mel Jardine, mi mayor distribuidor en Estados Unidos y que está aquí con nosotros. Annabelle ha dejado esta noche de ser mi arma secreta. Ella va a ser el símbolo del deportivo Amalfi MB-Viper. ¡Damas y caballeros, tengo el gusto de presentarles a la chica Amalfi!

Cuando se acallaron finalmente los aplausos, Guilio tomó de la mano a Annabelle y se la llevó por una puerta lateral para que escapara del acoso de la multitud. Una vez fuera de la sala, ella le dio un abrazo.

—Me siento feliz de haber podido ayudarte. Sé lo mucho que esta noche significaba para él.

—No sólo para él sino también para mí. Gracias de nuevo por haberme guardado la sorpresa. Ha sido un verdadero milagro que Lucca no lo haya descubierto.

—Has tenido una idea brillante con este avance de la presentación. El reportaje, ha quedado sensacional. Te estuve escuchando desde dentro y me ha dado la impresión de que todos los distribuidores están deseando tener el deportivo Amalfi cuanto antes en sus concesionarios.

—Esperemos que se refleje en las ventas —dijo Guilio llevándola hacia una mesita que había cerca de la terraza—. La hemos puesto aquí para ti, para que puedas firmar los pósters y las fotos. Mira, la gente empieza ya a venir. Te dejo. Estaré de vuelta en unos minutos.

Annabelle se sentó y contempló el jardín de la villa. Era muy hermoso. Estaba todo iluminado. Parecía salido de un cuento de hadas. Habían colocado el nuevo modelo deportivo de Guilio sobre

una plataforma elevada. Era el de color rojo fuego. Los distribuidores podían examinarlo, montarse en él y llevarse un folleto con las especificaciones técnicas.

Mientras ella estaba buscando a Lucca con la mirada, uno de los distribuidores se acercó a la mesa y le pidió que le firmara un póster de la chica Amalfi. En un instante se vio asediada por una multitud, la mayoría hombres. Tuvo que responder a docenas de preguntas y firmar infinidad de fotos. Con tanto alboroto, casi llegó a perder la noción del tiempo.

—Fírmeme la mía, por favor. Póngame «de *Annabellissima*» —le dijo de pronto una voz profunda, muy querida.

Cuando alzó la cabeza, vio los ojos verde grises de Lucca mirándola fijamente. Estaba increíble con aquel traje gris claro y la corbata. Nunca había pensado que un hombre pudiera ser tan atractivo. Vio cómo Lucca la miraba de arriba abajo, sin perderse un solo detalle de sus curvas. Sintió un intenso rubor subiéndole por las mejillas.

—Lucca… —susurró ella con la voz apagada, apretando con fuerza la pluma que tenía en la mano para firmar—. Estoy muy contenta de que todo haya salido bien. Tu padre quería que esta noche fuera perfecta para ti.

—Sí, ha sido perfecta. Tú la has hecho perfecta. Ahora quiero que me firmes la foto.

Ella le firmó un póster y él lo enrolló y se lo metió debajo del brazo.

—No sabes lo que me ha costado ocultarte la sorpresa que tu padre te tenía preparada. No te lo tomes a mal, pero, dadas las circunstancias, fue una suerte que no pudieras conducir…

—De otro modo te habría seguido cuando salías por las mañanas. No puedes imaginarte la curiosidad que tenía. Mi padre sabía muy bien lo que hacía cuando te contrató. Después de lo que he visto esta noche, estoy convencido de que podrías llegar a ser una *top model f*amosa.

—Es muy halagador, pero eso son palabras mayores. Por ahora prefiero ser la ayudante de Mel Jardine hasta que decida volver a mi verdadera profesión de enfermera.

Estaba dispuesta a marcharse de Italia con una sonrisa, aunque por dentro estuviese muriéndose de angustia. Mirando los ojos del soldado italiano que llevaba tan dentro de su corazón, pensó que ya estaba empezando a morir de amor.

—¿*Signorina* Marsh?

—¡Hola, Fortunato! —dijo ella con una sonrisa, al ver al sobrino de Lucca.

—¡Qué fotos más fantásticas! ¡Está estupenda en todas! ¿Le importaría firmarme estos pósters? Voy a repartirlos entre mis amigos. Se van a morir de envidia cuando se enteren de que la conozco personalmente.

—Eres muy galante, Fortunato. Te los firmaré encantada.

—Gracias —dijo el chico recogiendo los pósters, y luego añadió volviéndose hacia Lucca—: Tío, ¿quieres que te lleve a casa ahora?

Ella contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta de Lucca.

—Te lo agradezco mucho, pero no tienes por qué molestarte, Annabelle me llevará. Toma una propina por lo de hoy —dijo Lucca, dándole unos billetes que sacó del bolsillo.

—¿Por qué me das esto? —preguntó el chico, mirando el dinero con extrañeza.

—Por hacer de chófer de tu viejo tío Lucca y ayudarme a comprar la ropa. Te veré luego.

—*Ciao* —dijo Fortunato, mirando a los dos con aire receloso antes de salir.

—Es un encanto de chico —dijo Annabelle.

—Mi hermano Ruggero dice que es incorregible, pero yo creo que no podría tener un sobrino mejor —hizo un pequeño gesto de dolor al cambiar el peso del cuerpo sobre la pierna mala—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No, ya he terminado. Paso un momento a cambiarme y te veo en el coche en diez minutos.

—Que sean cinco. Estoy deseando estar en casa contigo. Me he guardado algunas cosas del catering de la fiesta para tomárnoslas cuando lleguemos.

Annabelle se levantó de la mesa y entró en la casa a toda prisa. Marcella la recibió con un abrazo de felicitación y la ayudó a quitarse la ropa y las joyas, agradeciéndole la fama que iba a dar a su tienda de Roma. Luego ella se quitó el maquillaje, se recogió el pelo en una coleta, se puso unos pantalones de sport y una camiseta de algodón azul y salió corriendo. Lucca le estaba esperando en el coche con la puerta abierta. Estaba impresionante con su traje nuevo.

—Como puedes ver, la chica Amalfi ha dejado de existir.

—No —dijo él, recorriéndola de arriba abajo con la mirada—. La verdadera chica Amalfi la tengo delante de mí, es la misma que vio mi padre cuando fue a California. Además de un gran hombre de

negocios, siempre tuvo su lado visionario.

—Ya me di cuenta —dijo ella poniendo el coche en marcha. Lucca apoyó la mano en la rodilla de ella y le dio un leve apretón.

—Estaba deseando hacerlo. Después de ver cómo te devoraban con los ojos todos los distribuidores, quería sentirte como algo mío. Desde que volví a casa, hemos vivido en un mundo propio en el que sólo tú y yo parecíamos existir y tenía ya ganas de volver a él.

Lo que acababa de decir la dejó muda. Se hizo un silencio que vino a romper una llamada en el teléfono de Lucca. Annabelle supuso que sería Guilio.

Eran sólo las diez de la noche, pero ella sabía que después de tantas horas en la fiesta, comenzaría a dolerle la pierna a Lucca de un momento a otro.

Sintió que él le daba otro apretón en el muslo antes de contestar a la llamada. Esperaba oírle hablando afectuosamente con su padre, pero vio que escuchaba en silencio sin decir una palabra. Lo miró de reojo y tuvo una mala premonición. Le oyó decir algunas frases con la voz muy apagada, sin conseguir entender lo que hablaba.

Después de colgar, esperó en silencio, llena de ansiedad, a que él le contara lo que había ocurrido. Acaban de llegar a casa.

—Era la madre de Stefana Beraldi, llamándome desde el hospital de Nápoles. Al parecer, Stefana tuvo una hemorragia esta mañana y está en urgencias. Han tratado de salvar al bebé, pero no ha sido posible. Ella sigue en el quirófano. La están sometiendo a algún tipo de tratamiento especial.

—Sí, una sesión de dilatación y raspado del endometrio. A veces, tras un aborto, quedan restos de tejidos en el útero y es necesario eliminarlos para evitar el peligro de infección.

—Su madre me dijo que estaría en el hospital aún veinticuatro horas. Tengo que ir a verla.

—Yo te llevaré, pero antes voy a entrar un momento por tus píldoras. Quédate aquí y no te muevas.

Cuando volvió al coche un minuto más tarde con las pastillas y un par de refrescos de cola, Lucca había sacado ya unos sándwiches de queso con jamón de la bolsa que había llevado y le dio uno con una servilleta.

—Después del día que has pasado, necesitas comer algo si quieres tener fuerzas para conducir.

Ella se tomó el sándwich y la mitad del refresco y volvió a poner el coche en marcha. Lucca, por su parte, se comió cinco sándwiches seguidos y se bebió entero su refresco. Luego se echó hacia atrás en el asiento y suspiró profundamente.

—¿Por qué tiene que pasarle esto a ella? —exclamó él consternado.

—Un ginecólogo me dijo una vez que un aborto involuntario puede ser debido, en ocasiones, a malformaciones del bebé. Aunque comprendo que eso no le sirva a Stefana de consuelo.

—¿Sabes que mi madre tuvo cuatro abortos antes de nacer yo? Comprendo lo que Stefana tiene que estar pasando ahora. Sus últimas esperanzas se han desvanecido.

—Tiene que sentir mucho la pérdida de su bebé, máxime tiendo en cuenta lo reciente que tiene lo de su marido Leo. Pero acabará superándolo. El tiempo todo lo cura.

—No sé qué decirla cuando la vea.

—No hay nada que decir. Los tópicos y las palabras convencionales no sirven de nada en estos casos. Lo único que ella necesita es tener a gente como tú a su lado. Eso le hará bien. Querrá que le hables de su marido. Tú fuiste el que estuvo con él hasta el final. Acompáñala en su dolor. Uno encuentra mucho consuelo así. Se sobrepondrá, estoy segura.

Lucca apoyó el brazo en el respaldo de Annabelle y le acarició la nuca con los dedos.

—¿Te sientes bien, Annabelle? Hay quien dice que, para algunas mujeres, el divorcio es aún peor que la muerte.

Ella sintió deseos de decirle que ya no estaba en ese grupo de mujeres desde que le había conocido. Pero no quería abrirle el corazón hasta que no oyese de sus labios las palabras que necesitaba escuchar.

—Es cierto que mi divorcio me dejó un vacío, pero ahora me siento bien. ¿Quién querría a un hombre desarraigado que no es capaz de amar? Tú fuiste el que me lo enseñaste, ¿recuerdas?

—¿Tenías mucha ilusión por tener un hijo suyo? —le preguntó Lucca agarrándole la mano.

—Pensaba que sí, pero ahora me doy cuenta de que no querría criar a un hijo yo sola. Con el tiempo, Stefana conocerá a otro hombre y tendrá hijos con él. Ya lo verás.

Annabelle no le dijo que eso era el sueño de toda mujer. Tener un hijo un día con el hombre que amaba y verle luego jugando con él muy sonriente por el jardín.

Su mayor felicidad sería casarse con Lucca y tener un hijo que se pareciera a él. Pero empezaba a tener la impresión de que eso no iba a suceder nunca.

Eran las siete de la mañana, cuando Annabelle detuvo el coche a

la entrada de la casa. Lucca estaba exhausto del viaje a Nápoles. Al salir del hospital, se había tenido que tomar tres pastillas para aplacar el dolor de la pierna. Hacía diez minutos que se había quedado dormido. Ella misma había estado a punto de quedarse dormida al volante.

Consiguió reanimarle y llevarle al dormitorio. Una vez allí, tumbado en la cama, le quitó los pantalones del traje, los zapatos y los calcetines. Luego le puso un par de almohadas entre las piernas y le tapó con una colcha ligera.

—No te vayas —le dijo él, medio en sueños, agarrándola de la mano—. Te necesito a mi lado.

Se echó en la cama para apaciguarle y se acurrucó junto a él. Lucca le pasó el brazo por encima, con la misma naturalidad que si hubieran estado durmiendo juntos toda la vida.

Ella se quedó en estado de duermevela sin tener noción del tiempo, hasta que oyó el móvil que había dejado en la repisa del pasillo, al entrar. Se bajó con mucho cuidado de la cama para no despertarle y se fue de puntillas hasta allí.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana de la cocina. Echó un vistazo rápido a la pantalla del móvil y vio que era su jefe el que la estaba llamando.

—¿Mel? ¡Hola! ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Cómo está la chica Amalfi esta tarde?

Ella miró el reloj. Era la una. Había estado durmiendo casi seis horas. Lucca seguía en la cama y no despertaría probablemente hasta última hora de la tarde.

—La chica Amalfi ha cumplido ya su trabajo. Ahora vuelvo a ser la señorita Marsh.

—Nada más y nada menos —replico él en tono de admiración—. Pero me agrada escucharlo. Te he echado mucho de menos en el trabajo. Guilio y yo tuvimos una larga conversación durante el desayuno. Me dijo que no te necesitaría hasta agosto y que se sentía culpable de haberte apartado de mí todo este tiempo. Pero creo que no lo decía del todo en serio — dijo él, con una sonrisa—. Mi vuelo para Los Ángeles sale de Nápoles esta tarde a las cinco. Si quieres volver a casa conmigo… ¿Annabelle? ¿Estás ahí?

—Sí.

—Pensé por un momento que se había cortado la línea. Bueno, si te decides a venir conmigo, tendremos que estar en el aeropuerto a las tres, como muy tarde. Guilio me ha aconsejado que vayamos con una hora de margen por si está muy mal el tráfico. Él nos llevará al aeropuerto. Por el camino te contaré las cosas tan

maravillosas que se dicen por aquí de ti.

No. No. No. No. Ella acababa de volver precisamente de Nápoles. Había pasado toda la noche con Lucca. ¿Cómo podía marcharse así?

«¿Y por qué no, Annabelle? ¿Alguna vez te ha dicho ese hombre que te ama?», le dijo una voz interior.

Había terminado su trabajo unos días antes de lo previsto. Lucca se había reconciliado con su padre y ahora necesitaba tiempo para consolidar esa nueva relación. Tenía planes para hacer remodelar la casa. Tenía una cita el lunes con el traumatólogo para que le viera la pierna. Tenía, en suma, una nueva vida por delante y ella no parecía formar parte de sus planes.

Hasta ahora sólo se había interesado por ella como enfermera. Si alguna vez le hubiera dicho que estaba enamorado… Si alguna vez le hubiera dicho que no podía vivir sin ella…

Ocasiones no le habían faltado. Decidió dejarle una nota en la mesa de la terraza.

Queridísimo Lucca.

He disfrutado de nuestro inesperado interludio mucho más de lo que quizá te puedas imaginar. Pero los interludios, como su nombre indica, siempre tienen un final. Para el nuestro, ese final ya ha llegado, pero nunca te olvidaré. La chica Amalfi se despide hasta agosto, en que reaparecerá ante todos los medios de comunicación. Espero verte entonces.

Annabelle.

Venciendo el deseo de volver a la habitación a darle un beso de despedida, salió de casa en silencio con el corazón destrozado. Llevó el equipaje al coche pensando una vez más en él. Aunque ella se fuese, estaría bien atendido, tenía a toda su familia para cuidarle.

Antes de dirigirse a la villa de Guilio, decidió llamar a sus padres. Teniendo en cuenta la diferencia horaria, estarían viendo la televisión en ese momento, antes de irse a la cama. Con los ajetreos de la fiesta, llevaba un par de días sin hablar con ellos. Se pusieron muy contentos cuando les dijo que volvía a casa. Su madre le pidió que se quedara con ellos unos días, pero Annabelle le dijo que tenía que reincorporarse al trabajo el lunes por la mañana.

Annabelle adoraba a su familia, pero sentía ahora un gran dolor por tener que dejar a Lucca como para pensar en otra cosa. Cuando colgó el teléfono, puso en marcha el coche y se dirigió a la carretera. Sentía una angustia tan grande que se vio obligada a parar en el arcén para evitar un posible accidente. Las emociones

que había estado reprimiendo a lo largo de los últimos días le estaban pasando ahora factura.

A pesar de que habían estado juntos sólo una semana, se había sentido más unida a Lucca que a su marido en todo el tiempo que había estado con él. Cuando remitió el ataque de ansiedad, pensó que necesitaba seguir adelante. Por primera vez desde que estaba en Italia, sintió deseos de tener a Marcella y a la estilista cerca de ella para que pudieran darle una nueva cara y un aspecto más presentable cuando llegase a casa de Guilio. Pero todo eso había terminado. A partir de ahora, tendría que arreglárselas ella sola. Igual que Stefana.